

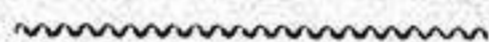


AÑO 12.

NUM. 135.

LA

ESPAÑA MODERNA



Director: JOSE LAZARO

—
MARZO, 1900
—

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

Calle de Blasco de Garay, núm. 9.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEO BARCELONÉS

SENDAS PELIGROSAS

(NOVELA)

(CONCLUSIÓN).

A la mañana siguiente todo era movimiento en Hauslunde y sus cercanías.

Los campesinos se congregaron en Landsvy, y á las diez fueron en procesión á la pradera del castillo. Lindal, su familia y sus amigos asomáronse á las ventanas para ver aquella muchedumbre, imponente en verdad. Iban primero los músicos y después los mozos campesinos á caballo, con ramos de flores en el pecho, y cintas y ramas de árboles en el sombrero. Marchaban luego muchos niños con ramos en las manos. Cerraba la comitiva una cohorte de jóvenes de las cercanías, todos á caballo, con cascos y corazas de cartón dorado, plumas, bandas y escudos con diversas divisas.

Por último, tras esa legión brillante iban aún muchos hombres y mujeres con niños pequeños; eran tan numerosos, que no pudieron entrar todos en el patio del castillo. Los demás formaron círculo delante de la casa, y tres veces diferentes resonó el aire con sus vivas. El jefe de la cabalgata, guapo y vivaracho labriego, avanzó escoltado por dos bailios de las parroquias, descubrióse la cabeza, y con voz sonora pronunció la arenga siguiente:

—Nosotros, labradores y obreros de los dominios de Hauslunde y de Klostergaard, nos reunimos aquí por invitación de nuestro amo, para celebrar alegres la festividad de Pentecostés. Damos gracias á nuestro buen señor y á nuestra señora. Desde el año último más de uno entre nosotros ha experimentado la generosidad de nuestro señor y la de su noble esposa, que visita á los enfermos y consuela á los afligidos. No hay un amo semejante en el reino entero. ¡Viva nuestro buen señor, el Comandante Lindal, y viva su noble mujer! ¡Dios les dé largos años de alegría, y que su hijo sea digno de ellos!

Después de tales palabras resonaron á lo lejos nuevos gritos, mientras los aldeanos tiraban al aire los sombreros y las ramas de árboles. Lindal y su mujer, conmovidos por tal testimonio de cariño, bajaron la escalera seguidos de un criado que conducía en una bandeja vino y cerveza.

Sofía ofreció por sí misma un vaso al orador; después fueron invitados los otros á tomar parte en el refresco.

Toda aquella multitud se retiró enseguida en el mismo orden al son de la música, y los jinetes dirigiéronse al lugar que á cada uno le estaba señalado.

Habíase hecho un gran circo con pequeños postes, donde se entrelazaban cintas. Allí tenían que correr la sortija los jinetes, llevarse á punta de lanza unas águilas de cartón puestas encima de perchas, combatir con floretes y tirar al blanco con escopetas y pistolas; en el borde de ese circo había gradas para los espectadores. Alzábase una tribuna sombreada por ramaje de árboles y guirnaldas de flores. Era el sitio reservado para las señoras, para los jueces del torneo, para Antonio y otro niño de su edad, vestidos de pajes y encargados de entregar los diferentes premios á Anita, constituída por Sofía reina de la fiesta, y que en tal concepto debía de coronar á los vencedores. El Comandante hubiera querido entrar en la liza, pero le pareció que sus deberes de dueño de la casa no le permitían luchar contra sus convidados, y se resignó á desempeñar con Adalberto la tarea de juez del combate.

Bien pronto aparecieron en el circo los jinetes con sus escudos y emblemas. A la cabeza de ellos iban Fernando y Sardes, aquél con una rosa y un letrero en derredor de ella, que decía «*Hiere y encanta*»; éste con unas cintas azules y una estrella de oro, al pie de la cual veíase esta leyenda: «*Inexpresable é intangible*». Venía luego el joven oficial que trató de conocer el color favorito de Sofía; llevaba cintas blancas, una violeta en el escudo, y esta divisa tomada de Luis XIV: «*Cuanto más se esconde, más hermosa.*» Lo mismo que la señorita de Lavallière, Sofía descubrió con su rubor la inclinación secreta de su corazón, cuando su hermoso caballero Sardes la saludó al pasar por delante de ella. También el señor de Ruth se había puesto armadura, y fiel á su carácter de negociante, hizo pintar en su escudo un barco con este letrero: «*¡Viva el comercio, la navegación y el amor!*»

Fernando y el caballero blanco se distinguieron en las primeras justas; también algunos campesinos ganaron premios. En cuanto uno de los competidores lograba una victoria, iba al son de la música á arrodillarse delante de Anita, besábala la mano, y recibía su recompensa. Sardes no había tomado parte en esos ejercicios; pero así que llegaron al asalto de florete lanzóse al palenque, desarmó á varios de los que entraban en lucha con él, y, por último, atacó al caballero blanco, emprendiendo una lucha tan seria y ardiente, cual si fuera un verdadero duelo. Ambos eran en extremo ágiles y duchos, durando largo tiempo el combate. Lindal hacía votos por el caballero blanco, al paso que Sofía miraba con zozobra todas las evoluciones de los dos adversarios, temblando quedase vencido Sardes.

Viéronse al cabo cumplidos sus deseos: Sardes hizo volar el florete de manos de su competidor, y fué á recibir de las de Anita el lazo de cinta que había jurado conquistar. Prendióselo con altivez en el hombro, y cruzó con Sofía una expresiva mirada, que advertida por Lindal le afectó profundamente. Sardes cogió una pistola, y maravilló á los espectadores con su habilidad.

Después del torneo, sentáronse los campesinos á unas largas mesas con blancos manteles, servidas en abundancia, y tras de lo cual dieron los músicos señales de dar comienzo al baile. Anita lo abrió con el jefe de la banda de campesinos. En vez de mezclarse en esas ruidosas danzas, algunas personas preferían pasear por las calles del jardín y por los senderos del bosque, sobre los cuales proyectaban rayos luminosos las fogatas de las cercanías, las arañas y los candelabros encendidos en el pabellón.

Sardes, sin poder alejarse de Sofía, paseaba también con ella de un lado para otro, y al llegar junto al obelisco de mármol, notó que ese monumento estaba adornado con una corona reciente.

—¡Ah!—dijo Sardes.—Usted es quien ha colgado esas flores; usted no se olvida de los muertos ni de los ausentes. Este pensamiento será muy pronto mi consuelo.

Sofía le miró con profunda expresión melancólica.

—¡Ay de mí!—prosiguió Sardes.—Sin embargo, soy feliz y estoy orgulloso.

—¿Por qué?—dijo la joven bajando los ojos.

—Por el recuerdo de la hora en que lloraba usted, pensando en mí.

Así, encontraba á cada instante ocasiones de dirigirle algunas palabras conmovedoras, é iba turbándole el corazón cada vez más.

Después de media noche, todos cuantos habían tomado parte en la fiesta estaban de regreso en sus respectivos domicilios.

Al entrar Sofía en su cuarto, que daba al jardín, oyó los sonidos de una guitarra. Era Sardes, cantando una de sus romanzas españolas. Adelantóse ella al balcón, complaciéndose en escuchar de nuevo las melodías que había ya más de una vez oído, cuando Lindal se acercó á ella y la cogió de pronto un brazo exclamando:

—¿No hemos tenido bastante música hoy? ¡Cargue el de-

monio con todos esos instrumentos extraños, y con todas las gentes que no pueden dejar á los demás que descansen!

Sofía se retiró en silencio; pero aún resonaban en su oído los sonos de la guitarra y se unían con sus ensueños. En cuanto á Lindal, en vano trató de dormirse. Las fatales impresiones que sufrió durante el día y se había esforzado en reprimir, fatigaban de nuevo su espíritu. Descontento de sí mismo y de los demás, atormentado por los celos, pasó la noche formando toda clase de proyectos, de los cuales ni uno solo le devolvía la tranquilidad.

A la mañana siguiente, las campanas de la iglesia anunciaban la festividad religiosa. El Comandante y su familia no podían dejar de asistir á la función, y á pesar de las fatigas de la víspera los campesinos acudieron en montón.

En aquel templo no se veía ningún banco más elevado que los otros; el banco señorial que existe en la mayor parte de las iglesias adscritas á dominios nobiliarios, Lindal lo había hecho quitar, diciendo que en la casa de Dios no puede haber distinciones de clases. Tomó asiento en medio de los fieles, quienes, según costumbre del país, se dividían en dos grupos: los hombres á un lado y las mujeres al otro. Cuando oyó resonar las graves notas del órgano, parecíale que una voz consoladora iba calmando poco á poco la tempestad de su corazón. Frente á él estaba sentada Sofía, con vestido blanco y los cabellos partidos hacia las sienes, un poco pálida, pensativa, seria. Contemplábala Lindal, y decía para sus adentros: «¡Cuán graciosa y modesta es; qué pura y religiosa fisonomía! No; es imposible que bajo semejantes facciones se esconda un carácter pérfido; no, esta mujer no puede manchar la honra de un hombre. Está llena de delicadeza y de dignidad; pero, ¿me basta con eso? No; ella le ama y esto es lo horrible, pues ahora reconozco que la amo con una pasión que ya no creía sentir más; amo á esta mujer, cuyos testimonios de ternura recibía yo con frialdad hace pocos meses. Entonces ¡ah! era dichoso, demasiado dichoso, y mi felicidad me había llenado

de presunción. Yo sólo soy el culpable. ¡Qué conversación tuve con ella una noche! Lloraba y no supe consolarla con una frase de cariño; ahora me parece que esas lágrimas corren como fuego en mi conciencia. ¿Qué le decía yo? ¡Que nadie puede responder de su corazón! Y, sin embargo, eso es verdad. ¿Puedo acusarla porque buscó consuelo en otro cuando yo la rechazaba? ¡Y este otro la adora! Pues yo le pediré cuentas de ello á ese traidor que ha destruído la felicidad en mi hogar. Allí está, cerca de mí; no puedo verle sin horror..... Pero, ¿cómo, qué ha hecho? ¿No me conduje yo así también en mi juventud? ¿Es, pues, tan culpable por amarla? No hay entre ellos sino una especie de ensueño ó una recíproca inteligencia muda, que sólo mis celos adivinan, y que una imprudencia mía es capaz de hacer que estalle. ¡Cuántas veces me he burlado de los maridos celosos! ¿Iré yo mismo á aumentar su número? No; la pérdida del cariño de aquella á quien se ama, es un dolor mortal; los celos son el más horrible de los tormentos; pero yo soy la causa de mi desventura, y ahora sólo me queda soportarla con firmeza varonil. Eso haré: conquistaré la estimación de Sofía, venceré á mi rival con mi generosidad. Conozco á Sofía, puedo fiarme de su natural noble; dentro de pocas semanas se marchará Sardes para no volver más. Cuando esté lejos, trataré de recuperar el amor de mi mujer. Hasta entonces me conduciré con ella como un amigo. Pero, ¿tendré fuerzas para guardar esa actitud? ¿Podré reprimir los tempestuosos impulsos de mi corazón? ¡Oh, Dios, acude en mi auxilio, sostenme en las sensatas ideas que sin duda me has inspirado, ayúdame á llevar á cabo mis resoluciones!»

En aquel momento terminaba la función religiosa. Juntó las manos Lindal, y levantóse con lágrimas en los ojos.

Los forasteros que se habían reunido en Hauslunde abandonaron poco á poco aquella mansión hospitalaria. Adalberto y su hijo adoptivo permanecieron aún allí otro par de semanas, dirigiéndose después á Fenitenberg; pero como en este último punto estaban á breve distancia de la casa del Coman-

dante Sardes, les hacía frecuentes visitas. Desde que descubrió los sentimientos de Sofía, su amor había adquirido un carácter nuevo; parecíale haber conquistado con eso sagrados derechos que nadie podía disputarle. Celoso de cuantos se la aproximaban, ávido al mismo tiempo de no inferir el menor agravio á la honra de la joven casada, era presa perpetuamente de las ideas más contradictorias, creándose á sí propio y á Sofía penosos cuidados.

Con suma habilidad inventaba todos los medios posibles de sentarse á la mesa, junto á Sofía, darla el brazo en paseo y llevarla en coche cuando los demás habitantes del castillo salían á pie ó á caballo. A cada momento le cogía la mano al descuido, ó murmuraba á sus oídos algunas palabras tiernas. Si Sofía intentaba reprimir esas libertades, en el mismo instante entristecíase ó se irritaba él. Estando á solas con ella, aún era más grave la cosa. Algunas veces la cogía con tal ímpetu entre sus brazos, que ella le rechazaba con miedo. Prorrumpía entonces Sardes en quejas, improperios ó sollozos, y Sofía estaba tan confusa que ni siquiera podía calmarle con sus palabras.

Tan penosas se le habían hecho tales escenas, que al ver venir á Sardes experimentaba una especie de terror. Pero como tardase algunos días en volver, suspiraba y desesperábase con la idea de su próxima partida. A veces, también Sardes aparecía humilde y tímido, como pidiéndole perdón; después hablaba de morir, y de esta suerte destrozaba aún más el alma de aquella por cuyo descanso hubiera vertido con gusto su sangre.

Ambos sufrían mucho con esta situación. Notábala también Lindal, sufriendo lo mismo, pero sin decir nada. Con frecuencia se iba de casa y permanecía días enteros en Kloster garden ó visitando á los diversos propietarios de los alrededores. Durante las pocas horas que pasaba en su domicilio, dominábase de un modo pasmoso; había en él una dignidad que le sentaba perfectamente. Sofía decía para sí: «No sé si

será efecto de mi imaginación, pero me parece que Lindel tiene un temple sin igual.»

¡Ay de mí! ¿Por qué no ha podido amarme? Su amor me hubiera preservado de una situación que tanto me hace sufrir. A menudo he tenido envidia de las mujeres que inspiraban una pasión ardiente. ¡No sabía yo con qué tormentos expían su gloria!

En honor de ambos amantes, preciso es decir que nadie advirtió nada vituperable en sus relaciones; sólo Anita, sospechando la verdad, no tuvo ya ningún miramiento en cuanto creyó haberlo descubierto; reñía á su hermana aun en presencia de Lindal, enfadábase luego contra su infeliz prometido, lloraba después y concluía por decirse enferma y meterse en la cama. Pero esta impresión no fue duradera; bien pronto volvía á creer que Sardes la amaba, y para obligarle á declararse ponía en juego todas las artimañas de la coquetería, y trataba de darle celos manifestándose muy afecta al Señor de Ruth.

Sardes no puso la menor atención en esas maniobras, pero el negociante alemán, que las tomó por lo serio, iba de continuo á Hauslunde y desesperaba á Fernando.

Entre tanto Sardes tenía que abandonar muy pronto á Dinamarca. Un día, después de hacer un viaje á Copenhague, se presentó á Sofía y le suplicó que le concediese una entrevista á solas. Nada más fácil: Lindal, Anita, hasta el niño Antonio no estaban en casa en aquel momento. Sofía condujo á Sardes á su cuarto, y le dijo:

—Si tiene usted algún secreto que confiarme, cuente con mi cariño como cuento yo con el suyo.

Tomó Sardes una silla, y poniéndola á alguna distancia, respondió:

—Quiero sentarme aquí, lo más lejos posible de usted, y hablar con tanto sosiego y aplomo como pueda; suplicola que me escuche de igual modo y no me interrumpa sin necesidad. Sabe usted que la amo, y es harto formal y justa para creerse

ofendida si un hombre le consagra su corazón y su alma. Sólo en usted pienso, y todo el mundo desaparece para mí ante este pensamiento. La vida lejos de usted me parece más cruel que la muerte. Por tanto, puede imaginarse lo que sufro, si considera que debo abandonarla muy pronto para no volver á verla sino dentro de algunos años, y acaso nunca. En esta fatal perspectiva, la suerte me ofrece un medio de salvación. Un amigo mío me propone un empleo en Dinamarca; el cargo no es brillante, pero me permitirá vivir en el mismo suelo que usted. En sus manos pongo mi destino.

—¿Su destino?—exclamó Sofía con una mezcla de gozo y perplejidad. Pero el Conde, que ha hecho para con usted las veces de padre.....

—Me he conducido con él como un hijo. Dos veces tuve la suerte de salvarle la vida. No puede exigir que renuncie al único lazo que me une con la existencia.

--Le echará de menos, no podrá vivir sin usted.

—Si así fuese, ¿por qué no viene también á residir en Dinamarca? Ha manifestado ya el propósito de dejar los negocios y retirarse junto á Burdeos en una de sus posesiones.

—Pero, á su edad—replicó Sofía—¡abandonar su país, sus bienes!.....

—Si le importan más sus bienes que yo, el cariño que me tiene no es comparable con mi amor á usted. Pero se duele usted del Conde y no se inquieta por mí; quiere usted desterrarme de su presencia, aunque yo no pueda vivir lejos de usted.

—¡Ay de mí, Sardes!—respondió Sofía,—bien sabe usted que no le vería partir sin profundo dolor, y que le echaría de menos mientras viviese.

—¿Es verdad?—exclamó Sardes.—¿Es posible tal felidat y tal honor?

Echóse á los pies de ella, y levantándose en seguida dijo:

—No, quiero estar sereno; de ningún modo quiero aventurar el fallo que ha de pronunciar usted, aunque haya en ello para mí una cuestión de vida ó muerte.

—¿Un fallo?—replicó Sofía.—¡Me asusta usted!

—Sí, la amo y la respeto; antes moriría que inferirla la menor injuria; pero no soy un ángel como usted, soy un hombre. Algo debe usted conceder á un amor sin igual, una prenda de cariño como la que una joven da á su prometido. Hasta ahora, ¿qué razón tengo para creerme, respecto á usted, más que cualquiera otro amigo, más que Fernando, por ejemplo? No; debe usted corresponder á mi amor y darle una garantía con una confianza de la cual no abusaré nunca. Por esa felicidad sacrificaré con gozo todas las perspectivas de fortuna, obedeceré la menor señal suya, romperé todos los lazos que no me unan con usted.

—Olvida usted que pertenezco á otro—respondió Sofía en tono grave.

—¡Ah, qué crueles palabras! ¿Qué entiende usted por pertenecer á otro? Si su corazón no es de usted, ¿por qué ha de ser usted suya? No la ama y yo la adoro. ¡Por una vana preocupación quiere usted renunciar á todos los encantos de la vida! Tanto valdría que se enterrara en un claustro con la esperanza de hacerse agradable á Dios, que es el amor mismo.

No pudiendo ya resistir más tiempo esas emociones, cubrióse el rostro con las manos Sofía y se deshizo en lágrimas.

—¡Ah, Sofía, tenga compasión de mí!—prosiguió Sardes, arrodillándose ante ella.—Lo que le imploro no perjudicará á nadie, y me dará una felicidad celestial. No me deje partir desesperado; y si debo marcharme, no me aliente en mis deseos.

—¿Qué puedo contestarle?—replicó Sofía volviendo hacia él su rostro bañado en llanto.—Páreceme razonable lo que me dice; y, sin embargo, en mí hay un sentimiento que no puedo explicar y que se opone á sus deseos.

—Pero, querida amiga, ese sentimiento ¿no es un prejuicio arraigado desde la infancia, no es una idea jamás discernida por la razón? ¡Y esta idea ha de separarnos! Sin embargo, me he prometido dejarla obrar libremente y según su volun-

tad. No me responda hoy nada; aguarde algunos días, examine el fondo de su corazón, piense en sí misma y no en mí. Pasado mañana volveré á que me notifique la sentencia..... Pero no, no tendré alientos para venir en persona; enviaré á mi criado y él me entregará una señal de la resolución. Aquí hay dos libros que me pertenecen, uno de viajes y otro las poesías de Ovidio. Si me sentencia á partir envíeme ese libro de viajes, si es lo contrario, este poeta del amor. Adiós ahora; no volveremos á vernos nunca si así lo quiere. Una palabra más: el buque que ha de conducirme está dispuesto para ir á Inglaterra, desde donde nos dirigimos á Francia. ¡Adiós, amadísima Sofía! Mire, me alejo sin atreverme siquiera á besar su mano.

Salió, y Sofía, desconsolada y temblorosa, oyó resonar el paso de su caballo, que se le llevaba á galope. Quedóse inmóvil como una estatua, absorta en sus pensamientos, hasta que Anita regresó con las personas que la habían acompañado á paseo. Erále difícil ocultar su agitación, y por la noche halló un pretexto para quedarse sola.

Salió Anita de nuevo, cogiéndose del brazo del señor de Ruth, quien le propuso ir á dar un paseo por agua. Cerca de un obelisco había un barquichuelo, atado ligeramente á un pilar. Bajó allí el señor de Ruth, cogió los remos, alargó la mano á Anita, y antes de que Fernando, el cual presenciaba con tristeza aquella escena, tuviese tiempo de entrar en la barca, alejóse el señor de Ruth, riéndose con la joven, y Anita se reía como él. Fernando se retiró en silencio y se marchó á Flintenborg para pasar allí con Sardes algún tiempo. Sin embargo, Anita comprendía lo inconveniente de la broma del señor de Ruth, y le reprendió por ello; pero él tomó ocasión de eso para representar lo absurdo de su compromiso con Fernando: «Ese pobre muchacho—decía—que sólo puede ofrecer una choza ó agua á la más hechicera de las mujeres.» Añadió que él, por el contrario, daríala en Berlín una vida brillante y sería su primer esclavo.

Anita, en realidad, no estaba muy satisfecha de su noviazgo, pero tampoco podía asociarse al proyecto del señor de Ruth; la imagen de Sardes interponíase entre ella y el negociante.

La tarde siguiente Sofía salió sola. Lindal regresó á su casa, después de varios días de ausencia, y se sentó debajo de una enramada muy espesa al pie del balcón; encendió un cigarro y se puso á meditar. Pensaba con satisfacción que había sabido dominarse, como se lo propuso, y que muy pronto pasaría ya su época de prueba. El buque estaba dispuesto y su rival iba á marcharse. De pronto le distrajo de sus reflexiones el sonido de dos voces, reconociendo en ellas la de Fernando y la de Anita, que hablaban juntos en el aposento próximo al balcón. Iba á alejarse, cuando le dejó clavado en su sitio una exclamación de Anita, quien decía:

—¿De qué tienes que acusarme? ¿Tengo yo la culpa si Sardes me ama?

—¡Sardes!—exclamó Fernando.—No me refiero á Sardes; te hablo del señor de Ruth y de tu conducta de ayer, que fue muy ofensiva para mí.

—¡Ah! El señor de Ruth es un hombre sin consecuencia, bien lo sabes. Pero tú eres falso, hace mucho tiempo que lo he advertido; no puedes sufrir que Sardes me corteje, esa es la verdad de las cosas.

—No, no tengo por qué ocuparme de Sardes; ni te ama ni te corteja.

—¿Lo sabrás mejor que yo?—replicó Anita.

—Preciso es que te ciegue mucho el demonio de la vanidad, para creer que eres tú quien ocupa la imaginación de Sardes.

—¿Qué quieres decir? ¿Supones que ama á Sofía?

—Nada supongo, y no he venido aquí hoy para hablar de semejantes cosas. Pretendo tener contigo una explicación decisiva, y devolverte tu palabra, si, como pienso, quieres romper nuestra unión. En mi primer impulso de ira, quise desa-

fiar á ese mercader; pero reflexioné que lo mismo para tí que para mí lo mejor era romper nuestras relaciones. Dios sabe cuánto te he amado, Anita; ahora está agotada mi paciencia..... Pero, en nombre del cielo, escúchame con tranquilidad. ¿Por qué sollozas, te retuerces las manos y golpeas el suelo con el pie? Contéstame.

—No—exclamó Anita;—no responderé á lo que acabas de decirme; eso es lo que menos importa; ya volveremos á hablar de ello más tarde. Pero lo que has dicho de Sardes es horroroso. ¡Que ama á Sofía, á una mujer casada! Eso es lo que subleva. ¿Y será ella tan miserable que corresponda á ese amor?

—No he dicho ni una sola palabra de todo eso—respondió Fernando con frialdad,—y no se trata de.....

Interrumpióle Anita y le dijo:

—Sí; con frecuencia se me ha ocurrido la idea de que Sofía le amaba, pero no creo que Sardes esté enamorado de ella; por el contrario, tengo plenas razones para creer que es á mí á quien ama, y que su amistad contigo fue el obstáculo único que le impidió declararme su pasión. Es un espíritu caballeresco y por eso se ausenta.

—No, quizá no se vaya; le han ofrecido un empleo en Dimarca y está casi resuelto á aceptarlo, aunque así renuncie á un brillante porvenir.

—¿Qué dices? ¡Conque Sardes no parte! ¿Es posible? ¡Y yo sin saber nada! ¡Dios mío, ahora lo adivino todo! Ayer vino aquí por la tarde y tuvo una entrevista particular con Sofía. Ahora no tengo ya ninguna duda: en ello hay alguna cosa indigna, y sin embargo me ha amado; estoy segura de ello. ¡Qué horror!

—¡Dios tenga piedad de tí, Anita! En verdad te digo que estás loca.

—¡Cállate, no vengas á predicarme moral, tú que representas un papel tan feo! ¿No debías advertir á tu hermano en vez de ocultarle lo que debe conocer?

—Mi hermano no tiene nada de tonto—respondió Fernan-

do;—nada tengo que revelarle ni por qué hablarle de una cosa que quizá sepa mejor que yo, en la cual no debo meterme.

—Eso no tiene sentido común—replicó Anita.—Si Lindal no estuviese ciego como la mayor parte de los maridos, de ningún modo aguantaría tal vergüenza. Si no quieres hablarle de este asunto, debieras pedir satisfacción á Sardes.

—¡Cómo! ¿Quieres que vaya á provocar á mi amigo por un hecho del cual sería ridículo que yo me ocupase? Mi hermano es un hombre inteligente, y él mismo sabrá lo que debe hacer. Aparte de eso, de ningún modo quisiera yo afligir á Sofía, y estoy segurísimo de que es inocente.

—¡No, no es inocente!— exclamó Anita fuera de sí.—Es más coqueta que yo, es hipócrita y astuta; ella misma es quien ha seducido á Sardes, á pesar suyo: yo he visto qué miradas le echaba y cómo le daba la mano por debajo de la mesa.

—¡Vergüenza para tí, Anita!— dijo Fernando.—Y si no quieres callarte, al menos no grites tan alto, en nombre del cielo.

Lindal no pudo oír ya más; metióse en casa y se encerró en su cuarto.

No tratemos de pintar el estado de este infeliz. Tras larga lucha acabó por poner algo en orden sus turbulentas ideas, determinando batirse con Sardes y diciendo para sí: «El honor lo exige, pero haré todo lo posible por ahorrar disgustos á Sofía. Si ella es culpable, debo confesar que yo mismo soy causa de la falta que ha cometido. Nadie sospechará el motivo de este duelo. Si muere Sardes, me odiará Sofía; pero abandonaré este país para no volver más. Si quedo muerto, lo cual es probable cuando recuerdo la increíble habilidad de mi adversario, éste se verá obligado á huir y se acabaron sus relaciones con Sofía: ese es mi consuelo. No puede convertirse en marido de Sofía, padre de Antonio y señor de Hauslunde. ¡Animo, pues! No será la vez primera que arrostro la muerte.»

Sosegado con esta resolución, bajó Lindal al comedor, donde encontró á Sofía y algunos forasteros. Anita envió recado

de que se sentía enferma y acababa de meterse en cama. Fernando entró con aire enloquecido, y llamando aparte á su hermano, le contó que después de una violenta disputa, había roto sus relaciones con Anita.

—Te felicito por ello —respondió Lindal.—Es un consuelo para mí el saber hoy esa noticia.

—Pero... ¿qué tienes?—dijo Fernando, mientras observaba con inquietud la alterada fisonomía de su hermano.

—Nada, absolutamente nada: mañana por la tarde iré á Flintenborg; espero encontrarte allí.

Partió Fernando, y Lindal se puso á la mesa con sus huéspedes. Nadie advirtió en él el menor cambio, excepto Sofía, que le interrogó con inquietud. Respondió á su mujer que necesitaba concluir varios asuntos apremiantes; se excusó por abandonar á sus convidados más pronto que de costumbre, y retiróse á su cuarto. Allí añadió á su testamento (preparado ya desde larga fecha) varias disposiciones ventajosas para Sofía. Con objeto de librarla de toda sospecha injuriosa, la escribió una carta en la cual decía que una disputa con Sardes acerca de asuntos políticos, había terminado por verse ambos en el caso de batirse. Rogaba á su mujer le perdonase los pesares que le había producido, y expresábala con las frases más tiernas el amor que le había profesado. Al releer esta carta, escrita con profunda emoción, dijo para sí: «No debe saber lo que conmigo pierde; es preciso que se consuele de mi muerte y sea dichosa si es posible.»

Rompió entonces esta carta y escribió otra nueva, en la cual sólo refería el pretense motivo de su duelo: también escribió á Fernando y al Conde. Puso á las tres cartas la fecha del día siguiente y se las metió en la cartera para llevarlas consigo á Flintenborg, donde iba á pedir explicaciones á Sardes y batirse con él, si el joven se empeñaba en quedarse en Dinamarca.

Inspeccionó luego las pistolas, cogió dinero para el caso de verse obligado á huir, y terminados todos los preparativos

experimentó tal tranquilidad, que se metió en la cama y durmióse muy apaciblemente: por la mañana, de nuevo fue presa de una violenta agitación. Para distraerse fue á Landsvy, diciendo que no regresaría hasta la hora de cenar.

No menos agitada estaba Sofía. Desde la entrevista que tuvo con Sardes, no cesó de pensar en su situación. La idea de la desesperación que iba á producir en Sardes como lo desterrase de su lado; el pensamiento del hondo vacío que quedaría en ella cuando él partiese; el temor de que la olvidara ó de que llegara á morir; el recuerdo de los malos días pasados por ella, hasta aparecérsese él como un ángel de consuelo; el convencimiento suyo de la indiferencia de Lindal para con ella, todas estas consideraciones obraban á la vez sobre su espíritu. No adivinaba lo que había pasado desde hace algunos meses dentro del corazón de su marido, atribuyendo la aparente calma de éste á su indiferencia. Fiábase, además, de las promesas hechas por Sardes. A la postre, vencía el amante; la resolución de la joven estaba tomada.

Aquel día fue para la casa de Lindal uno de los Tycho-Brahe (1). Apenas se levantó Sofía, lleváronle una carta de Anita; al mismo tiempo le dijeron que su hermana había salido á caballo muy temprano. Anita anunciaba en su carta que después de su ruptura con Fernando no podía permanecer en Hauslunde, donde corría el riesgo de encontrársele á diario; que iba á casa de su prima Lota, donde se quedaba por tiempo indefinido. Inquieta Sofía al pensar que la loca joven se puso en camino sola, iba á enviar un criado tras ella, cuando un campesino trajo otra carta de Anita, diciendo que devolvía el caballo por haberse encontrado en el camino con el señor de Ruth, quien la llevaba consigo á Copenhague en su coche.

Esta última noticia no pudo menos de producir honda pena.

(1) Tycho-Brae dejó en Dinamarca, su patria, el recuerdo de su creencia supersticiosa en ciertos días nefastos.

á Sofía; pero bien pronto se distrajo de ese dolor con sus propias preocupaciones. Tomó los dos libros de Sardes; y aunque habíase ya decidido, tenía empero ambos libros en las manos, como si se viese precisada á meter una bola blanca ó una bola negra en la urna del destino. Antonio, que en aquel momento estaba junto á ella, tenía particular predilección por uno de aquellos tomos, por las poesías de Ovidio, á causa de los grabados que lo adornaban. La madre quiso recogerlo, y el hijo tuvo empeño en conservarlo.

—Es de Sardes; necesito devolvérselo—dijo Sofía.

—Querida mamá—exclamó el niño,—envíale este libro de viajes, que también le pertenece.

—No, no; este es el que quiere tener.

—Te lo suplico—dijo Antonio llorando,—no se lo dés; ¡me producirá tanta pena!

Ese ruego conmovió por un instante á Sofía; sin embargo, añadió:

—Mucho más afligido se pondrá Sardes si no recibe este libro.

Al decir estas palabras, arrebató el tomo de las manos del niño, quien se puso á gritar y se tiró al suelo. A pesar de esta especie de advertencia providencial, Sofía envolvió en un papel las poesías de Ovidio para remitirlas á Sardes. En el mismo instante entraron á anunciarle que el Conde Adalberto quería verla. Corrió al salón donde la aguardaba él, y le dijo cuánto sentía que el Comandante no estuviera en casa, pero que se proponía ir por la tarde á Flintenborg. Adalberto respondió que se alegraba mucho de encontrarla sola para hablar con ella, si tenía á bien permitirsele, de un asunto al cual daba la mayor importancia, así como pedirle su ayuda.

—Las mujeres (hablo de las mujeres distinguidas como usted)—añadió—tienen un tacto y una delicadeza que nosotros los hombres en vano tratamos de adquirir. La cuestión que me atrevo á someter á su juicio, no concierne á usted personalmente, pero cuento con el interés que usted se digna tomarse por la suerte de sus amigos.

A pesar de este preámbulo, Sofía presintió que el asunto era hartó personal para ella; subiósele la sangre al rostro. Para disimular su turbación interrumpió al Conde, dándole gracias por la confianza de que quería darle testimonio, y le rogó permitiese que ante todo le hiciera servir algún refresco necesario después de la caminata que acababa de darse con una temperatura tan calurosa. Al decir estas palabras, salió con premura y encontró en la antecámara al criado de Sardes, quien saludándola de parte de su amo, dijo que venía en busca de un libro y de una romanza italiana, cuyo primer verso estaba escrito en la nota que le entregaba. Sofía tomó el papel y leyó estas palabras: «Ten compasión de mí y no me dejes morir de angustia».

Conmovióla profundamente esta invocación escrita con mano temblorosa, esa súplica tomada de una romanza que Sardes había cantado más de una vez delante de ella. Fué corriendo á su cuarto, entregó al criado el libro decisivo, dispuso un refrigerio para el Conde y regresó junto á éste.

Después de renovar Adalberto sus excusas y cumplimientos con su habitual galantería, anunció como un hecho, aún ignorado por ella, la oferta de un empleo á Sardes, y que con gran pesar suyo veía dispuesto á su hijo adoptivo á permanecer en Dinamarca, añadiendo:

—No cabe duda de que el pequeño país de ustedes, comparativamente con su población, es uno de aquellos donde existe mayor número de hombres distinguidos; pero en él no pueden adquirirse el mismo esplendor y la misma fortuna que en otras naciones. Sardes se distinguirá en Francia, donde puede seguir una brillante carrera; por el contrario, aquí pasará inadvertido, con tanto mayor motivo cuanto que el cargo que le ofrecen sólo exige un trabajo asídúo de segundo orden. De ninguna manera vale para semejante faena. Desde hace mucho tiempo tengo otros proyectos acerca de él.

Cuando lleguemos á Francia, pienso darle mi apellido y legarle mi herencia. Es verdad que no tengo capital en metáli-

co; pero las haciendas que poseo cerca de Burdeos bastarán para asegurarle una independencia honrosa.

--En verdad—dijo Sofía—bien merece usted que le quiera y sacrifique como un hijo.

—Sí, es cierto; y en estas circunstancias podría acusarle de destruir mis esperanzas mejores, si no pensara que algún grave motivo le decide á abandonarme. Tiene rectitud de juicio, pero imagino que en este momento su razón y su juicio están subyugados por una pasión ardiente. Digo «en este momento,» porque ninguna pasión dura mucho. Tarde ó temprano recobra el hombre la cordura, y con tanta mayor prontitud, cuanto mayores fuesen los sacrificios que hizo en su embriaguez.

Sofía callaba pasando verdaderos apuros, y Adalberto continuó:

—No sólo la profunda estimación que Sardes tiene por usted, sino también mi propio sentimiento, me inducen á creer que las reflexiones de usted le producirán mucho más efecto que todas las de los demás. Por tanto, desearía que tuviera usted la bondad de iluminarme acerca de sus verdaderos intereses. Paréceme que un consejo salido de los labios de usted ha de ser irresistible.

Adalberto sostuvo en francés esta conversación; y con su talento diplomático, habíase valido hábilmente de las delicadezas de este idioma.

Sofía le comprendió á las mil maravillas, sin que él hablase á las claras de su secreto. Sin embargo, el Conde se atrevió á decir algunas otras frases significativas. Elogiando las cualidades de la joven, sus virtudes como madre y esposa, alabando el mérito de su amigo, le recordaba sus deberes. En seguida contó que Lindal le destinaba la propiedad de Klostergaarden, y que todos los embellecimientos hechos recientemente en ese dominio eran por ella. Este descubrimiento produjo dolorosa impresión en Sofía; apenas pudo contener las lágrimas. Su emoción no se escapó al diplomático, quien

despidiéndose entonces de ella la dejó en un estado moral que no podía explicarse. Fué á buscar un refugio en el jardín, en su sitio favorito, debajo de los arbustos, donde Sardes la había sorprendido á su regreso. Sentóse allí; para disipar sus tetricos pensamientos, recordó el gozo sentido por ella al volver de pronto á ver á su amigo. Pero en el mismo instante la asaltó también el recuerdo de las exigencias de Sardes, el ardor de su pasión, el pavoroso brillo de su mirada. Ante esta idea experimentaba un miedo indefinible; luego, en el mismo momento, veía ante sí la imagen melancólica de Lindal y despertábase en su corazón el amor que éste la había inspirado. Entonces sólo se le aparecía Sardes como un extraño, y estaba á la vez avergonzada y temerosa de la senda donde la había arrastrado él.

La hora de la comida la interrumpió en sus perplejidades. Mientras estaban á la mesa, un criado trajo al Comandante una carta que leyó éste con visible emoción. El criado le dijo que el mensajero aguardaba la respuesta.

—Allí estaré por la tarde—contestó Lindal:

Volvió á leer de nuevo la carta, y la puso en el bolsillo.

Después de comer, así que estuvo solo con Sofía, dijo:

--Toma esta carta, y léela; tanto se dirige á tí como á mí.

Era de Carolina, la hermana del Comandante, la cual contaba que había abandonado á su marido, y que estaba con sus hijos en las cercanías de Hauslunde. Añadía con humildad que, después de la reputación que le habían creado, no se atrevía á ir directamente á casa de su hermano, sino que estaba refugiada en la de un sacerdote, cuya mujer era una de sus más antiguas amigas.

—En verdad—dijo Lindal cuando Sofía le devolvió la carta—que Carolina no merece mi cariño ni mi estimación; sin embargo, iré á verla y á informarme de sus proyectos. ¿Quieres venir conmigo? No hay mucha distancia desde aquí al presbiterio.

Pusiéronse en marcha silenciosos. Sofía estaba preocupada

con el recuerdo de su cuñada, á quien en otro tiempo había conocido tan vivaracha y risueña.

Cuando llegaron á casa del sacerdote, salióles al encuentro Carolina, con aire modesto, pero no sin cierta dignidad, y les presentó sus hijos. El más joven, un muchacho de la edad de Antonio, no manifestaba cuidado ninguno; pero sus hermanas mayores parecían comprender dolorosamente la situación de su madre. La mayor de todas, una linda niña de trece años, aproximóse con los ojos bajos, y como Sofía la acariciase, se arrojó á su cuello y se deshizo en llanto. Carolina palideció al ver esto, mandó á sus hijos que saliesen, y dijo á su hermano:

—Aquí me tienes ante tí como una pecadora; y tú, mi querida Sofía, tengo que bajar los ojos ante tu pura mirada. El mundo me ha condenado; pero espero en Dios Todopoderoso, quien sabe cuánto he sufrido, que me concederá su gracia. Mis pobres hijos, ruborizándose de su madre, son mis acusadores más crueles; pero tendré fuerzas para redimirme de mis culpas. Hace cuatro años no he vuelto á ver al único hombre á quien he querido; nos hemos separado para siempre.

Lindal le rogó que contase con entera confianza los sucesos que no conocía él aún. Carolina tomó la palabra é hizo el relato siguiente:

—Ya sabes cómo me ví obligada á casarme con un hombre que me era odioso. Acababa de cumplir diez y seis años, y no sabía cómo librarme de la obligación que me imponían. Mi mayor culpa fue el consentir en ese matrimonio; de ahí vinieron las demás. No te pintaré los vicios de mi marido, y los sufrimientos que me ha ocasionado. Una doncella de labor, que le dominaba, había llegado á ser la verdadera señora de mi casa. Un día que maltrató á mi hijo menor, amenacé á aquella miserable con ponerla de patitas en la calle. Acudió entonces á su padre, y le dijo que yo había sostenido relaciones ilegítimas, y que ella podía dar las pruebas. Pocas horas después el Barón entró con ella y con un testigo en mi cuarto, y la in-

vitó á repetir delante de mí y de mis hijos su acusación, lo cual hizo con el mayor descaro. Irritada por tal maldad, hice una confesión completa. Entonces, mi marido me llenó de injurias de las más groseras. Declaré que quería separarme de él, y abandonar inmediatamente su casa. Mis hijas me abrazaban llorando, y me conjuraban á que no tomase tal determinación. Un sacerdote, á quien también llamó mi marido, trató en vano de sosegar la tempestad. El Barón estaba hecho una fiera; con la rabia que tenía, cogió de un brazo á mi hijo y lo tiró contra la pared. Por último, el sacerdote, auxiliado por el otro testigo, me llevó á una casa respetable é hizo pronunciar la separación de cuerpos; después de esto salí para Hauslunde.

—¡Dios mío!— exclamó Lindal. — ¿Cómo has podido caer en tal abismo y entregar á tus hijos al desprecio del mundo? Una mujer inteligente como tú, ¿no debía resistir á una fatal impresión, arrancar de su alma un sentimiento ilícito antes que dejarlo crecer?

—Quien pueda hacer tal sacrificio—respondió Carolina—comprará probablemente su victoria á expensas de una pena duradera y yo la honraría como á una mártir. Pero los maridos nos condenan, ¿y no es con frecuencia el marido mismo quien empuja á su desdichada mujer al borde del precipicio? Vosotros que no sabéis renunciar á ninguno de vuestros vulgares placeres, ¿tenéis derecho á exigirnos el más penoso de todos los sacrificios?

—Sí, porque no es á nosotros sino al honor á quien debéis ese sacrificio; al honor, al cual dedicamos nuestros votos más queridos, nuestro bienestar, y á veces hasta nuestra existencia. Lejos de mí la idea de defender á ese Barón, á quien siempre he despreciado profundamente; ni siquiera trataré de excusar á otros maridos culpables. Pero el peor de todos, confía, sin embargo, su honor á una mujer el día en que se casa con ella; porque la infidelidad de esa mujer le entrega al escarnio de los malvados. Un seductor no preserva á la mujer de la ver-

güenza, con que la castiga, no protege el santuario del hogar, no educa á los hijos y no les da su nombre. Vosotros nos acusais de tiranía y no comprendéis qué dignidad os conferimos al imponeros esa austera reserva, al comprometer nuestra honra en la menor mancha caída en vuestra pureza..... Pero no sé por qué se me ocurre dirigirte todas estas observaciones; perdóname, querida Carolina, y dime cuáles son tus proyectos para el porvenir.

—Me propongo dirigirme á Hamburgo, á casa de mi tía —dijo Carolina.—Después de morir su marido me hizo una visita, y viendo que sufría yo, sintió un gran remordimiento por la participación que había tomado ella en mi matrimonio. Desde esa época no cesó de inducirme á que me retirase á su casa con mis hijos, asegurándome que me trataría como hija suya y que sería su heredera.

—¡Alabado sea Dios! ese es un buen refugio. Pero necesito abandonarte. Te dejo con Sofía; cuéntale todo lo que te inquieta, todo lo que desees; aceptaré lo que con ella decidas.

Al decir estas palabras, abrazó cordialmente á su hermana y alejóse. Sofía ofreció á Carolina recojer á su hijo, el cual no debía quedarse con la madre según la sentencia del divorcio. Carolina aceptó esta proposición con júbilo, y dió las gracias á su cuñada con tierna efusión. Convínose en que Sofía iría en seguida á buscar á esos pobres afligidos, y que permanecerían en Hauslunde hasta que saliesen para Alemania. Iba á salir del aposento, cuando la detuvo Carolina diciéndole:

—Dos palabras más. No puedo dejarte marchar sin hacerte una pregunta. Fuimos muy buenas amigas durante nuestra infancia; en nombre de esa amistad, dime cómo me juzgas.

—¡Ay de mí! querida Carolina—respondió modestamente Sofía,—estoy lejos de condenar un noble sentimiento amoroso. Paréceme que el alma debe ser independiente de todas las restricciones humanas; y para ser franca contigo, añadiré que creo posible abandonarse á tal sentimiento y saborear su encanto sin cometer una infidelidad.

—Pero si esa tendencia no es un sueño—prosiguió Carolina—si aquél que es objeto de ella la comparte, ¿crees tú posible disimulárselo?

—No, creo eso muy difícil y quizá imposible.

—¡Ay! querida amiga—exclamó Carolina;—una vez entregado el corazón, está dado el primer paso y muy pronto se dan los demás.

—No, eso no puede ser; un hombre que ama de veras, respetará á la mujer á quien ha entregado su corazón. La felicidad de saber que es amado debe bastarle.

—Así dicen—replicó Carolina, riéndose;—los amantes lo aseguran mientras no están ciertos de nuestro cariño; pero en cuanto se lo confesamos, no tardan en manifestarnos sus exigencias, y crecen éstas cada día. Se lucha, se llora, se apela á su generosidad, y al cabo en un momento fatal.....

—No, no—exclamó Sofía;—tal momento no debe llegar nunca.

—¡Ah! hija mía, créeme; lo mejor es no exponerse al combate. Mi hermano está en lo firme; la primera impresión es lo que se necesita dominar.

Sofía abrazó á Carolina, asegurándole su amistad y estimación, y diciéndole:

—Has sido demasiado infeliz; gracias á Dios, ya estás libre.

—Sí, me alegro de ello; en Hamburgo nadie me conoce; mi tía se trata con poca gente; puedo vivir en paz en su casa y cumplir con los deberes de madre.

—Pero dime, con franqueza—replicó Sofía;—¿no echarás tú nada de menos para tu felicidad? ¿Podrás vivir sin aquel á quien amas?

—Sí; es una sensatez que se adquiere con la desgracia. Cuando el amante se toma los derechos del marido, se convierte para nosotras como en un marido; pero que no puede ocuparse de nosotras cada día ni rodearnos á cada instante con su protección. Además, entre él y nosotras existe una frontera constante: lo que es nuestro no es suyo, y lo que es

de él no es de nosotras. Ninguna seguridad nos da el sosiego apetecido. Lo que en ello había de nuevo y de inesperado desaparece en esa clase de relaciones, para ceder el puesto al hastío. Si hubiese podido casarme con aquél que me sedujo, creo que nos habríamos amado siempre, y que, luego de pasar los ardores del primer amor, nos hubiera quedado un cariño bastante fuerte y dulce para llenar nuestro corazón; cariño que habríamos conservado hasta el sepulcro, como Filemón y Baucis, esos modelos de la vida conyugal. Pero, á causa de mis hijos, no puedo pensar en ese matrimonio; y créeme, desde hace algunos años he llegado á encontrarme muy bien con mi aislamiento Pero, ¿qué tienes, querida Sofía?..... ¡Lloras!

—Tus palabras me han conmovido vivamente—replicó Sofía;—te doy las gracias, y ten la seguridad de que te has justificado del todo en mi pensamiento.

Dejó á su cuñada, para volverse á Hauslunde; pero antes quiso recoger á su hijo de casa del sacerdote, donde iba diariamente á proseguir sus estudios. Con gran sorpresa supo que no había parecido por el presbiterio; que, habiéndose encontrado á uno de los hijos del sacerdote, le entregó sus libros, diciéndole que pronto volvería; por último, que echó á correr y no se le había visto más.

Sofía le buscó en casa de algunos labriegos, donde á veces se metía, y, no hallándole, dirigióse á escape á Hauslunde, con la esperanza de que habría vuelto. Allí encontró á Lindal, intranquilo también al no verle. Sofía corrió trastornada por el jardín con Lindal, llamando á voces á su hijo; enviaron á los criados á diferentes sitios en busca suya; uno de ellos averiguó que habían visto al niño corriendo al borde de la ensenada. Al saber esta noticia, sintió Sofía un miedo horrible: su hijo podía haberse ahogado. Lindal, pálido como la muerte, la cogió en brazos y la condujo á su aposento, prodigándole los nombres más tiernos; después, confiándola á los cuidados de una criada, salió nuevamente en busca de su hijo. Dirigióse hacia el mar; no sabía qué senda seguir, cuando, de

pronto, vió al anciano pescador que traía en su barca á Antonio y le dejaba en la orilla. Lleno de gozo, el Comandante echó á correr hacia su hijo, lo cogió en brazos, y, sin detenerse, fué á ponerlo en manos de Sofía. Al ver esto, la joven se deshizo en lágrimas, y apoyó su rostro en el de su marido.

—Necesito marcharme—dijo el Comandante con voz temblorosa;—mi caballo, ensillado desde hace mucho tiempo, no puede permanecer quieto en su sitio, y se advierte en la atmósfera barruntos de una tempestad, que no tardará en estallar. Buenas noches, Sofía; buenas noches, hijo mío.

Cuando estuvo en el quicio de la puerta, volvióse, besó de nuevo á su mujer y á su hijo, y lloró.

—¡Lindal!—exclamó Sofía.—¡Quédate, te lo suplico!

—No puedo quedarme—respondió él.

Y haciendo un violento esfuerzo, precipitóse fuera de la habitación, montó á caballo y se alejó á galope.

Antonio estaba fatigado; á las preguntas de su madre respondió que se había perdido en el bosque y que, por último, había llegado junto á la cabaña del viejo pescador, quien le trajo en su barca.

No pudo obtener de él ningún otro detalle más preciso. Le condujo al aposento donde dormía junto á ella, le metió en la cama y se retiró al balcón. El día había sido muy tempestuoso, resonando de continuo los truenos en el horizonte. El viento, precursor de la tempestad, agitaba las copas de los árboles, que se encorvaban gimiendo. Acababa de ponerse el sol, y á cada instante desaparecía la luna tras densas nubes. Sofía no advirtió nada de ese trastorno de la Naturaleza; todos sus pensamientos estaban reconcentrados en su propia situación. Habíase producido en ella un gran cambio desde por la mañana. La conversación que tuvo con Carolina, las reflexiones que hizo después de ver en qué abismo había caído su cuñada, le inspiraron la resolución de romper con Sardes. Esta resolución producíale ya más reposo. Daba gracias á Dios por el incidente providencial que le había abierto los ojos. El último momento

pasado con Lindal afirmó su resolución. «¡Ay, me sentía tan tranquila en sus brazos oyendo su voz cariñosa!—decía para sí.—Carolina tiene razón, sí; junto á un buen marido es donde se encuentran el sosiego y la felicidad; por atractiva que nos parezca cualquiera otra situación, causa zozobras. ¡Y yo, á quien Dios ha dado fortuna, felicidad doméstica y un hijo querido, estaba á punto de renunciar á todos estos bienes! ¡Ah, bendito sea Dios, todavía no soy culpable! Pero ¿qué digo? ¿No he enviado á Sardes el libro que deseaba? ¿No le he confesado así mi desdichado amor? Está dado el primer paso, como dice Carolina, pero no iré más lejos. Tendré una explicación franca con Sardes, y se marchará. ¡Ay! Cuando llegue triunfante con mi respuesta; cuando vea sus facciones, que ejercen tanto poder sobre mí; cuando vea sus ojos chispeantes de alegría; cuando tenga que anunciar á ese hombre en su arrobamiento la nueva decisión que he tomado; cuando oiga sus quejas y gemidos y me dé el postrer adiós..... ¡Oh! ¿Qué he hecho?.....»

Arrodillóse, y alzando las manos al cielo, exclamó:

—Dios mío; tú, que te compadecistes de las mujeres débiles, que no rechazastes á María Magdalena, me postro á tus pies, como ella, con dolor y con fe; ¡ten clemencia para mí, sálvame de este peligro!

Un movimiento que oyó en el cuarto hizo que volviese la cabeza. Antonio se había aproximado á ella, diciendo querer suplicarla que le perdonase una falta por él cometida y que no le dejaba dormir. Refirió entonces que por la mañana, en cuanto hubo salido su madre, había envuelto el libro de viajes en el papel preparado por ella, y había escondido las poesías de Ovidio; luego sintió remordimientos, y cogiendo este último libro echó á correr, con la esperanza de encontrar al criado de Sardes para entregárselo, extraviándose entonces durante ese trayecto. Añadió que al ver á su padre se había apresurado á esconder el tomo detrás del obelisco de mármol, y que quería ir en su busca por miedo á que la lluvia lo echase á perder. Besóle su madre con un agradecimiento que no podía disi-

mular; le mandó que se volviese á la cama, diciéndole que no tuviese ya ningún cuidado, pues ella misma iba á buscar el libro. Fué allí, en efecto, y lo cogió con una dicha inexpressable. Estaba salvada, y salvada por su hijo.

—¡Dios del cielo—exclamó,—has oído mis plegarias, y me has dado una advertencia que jamás olvidaré!

Un relámpago surcó el cielo y dejóse oír el trueno; iba Sofía á volverse á casa, cuando de pronto vió á Sardes en pie delante de ella.

—No se asuste usted—dijo éste—viendo al amigo á quien ha hecho tan desventurado; soporte usted que aquel á quien destierra se le aproxime una vez más.

En aquel momento salía la luna á través de las nubes, iluminando el rostro descompuesto del joven. Sofía estaba silenciosa é inmóvil. Sardes reparó en el libro que ella tenía en la mano, y dijo:—Lleva usted ahí el trofeo de su victoria, horrible libro que debía ser para mí la estrella de la felicidad.

Y al decir estas palabras lo arrojó á las olas.

—Escuche usted, Sardes—replicó Sofía con firmeza.—Hace dos días me suplicó usted que le oyese tranquila sin interrumpirle; así lo hice y ahora le dirijo el mismo ruego. ¿He de mirar á usted como un amigo ó como un enemigo? ¿Qué significa esa especie de extravío que estalla en sus palabras y en su conducta? Me indujo á sondar el fondo de mi corazón, y lo he hecho; no puedo aceptar el vínculo que quiere usted establecer entre nosotros. Me he casado por amor con Lindal, y siento que aún es de él mi corazón. Si ha cesado de amarme, yo no puedo alejarme de él. La Providencia me ha iluminado por más de un medio. Esta tarde temblamos juntos Lindal y yo por miedo á perder nuestro hijo, y nos estremecemos con el mismo gozo al volver á encontrarlo. No podemos separarnos el uno del otro, créame usted; hay lazos que nada en el mundo puede romper.

Al notar un fuerte movimiento que Sardes acababa de hacer, añadió:

—No me asuste usted, deje penetrar en su corazón mis palabras; es un corazón noble, lo sé. Perdona usted la pena que le causo. Le agradezco el cariño que me demostró, nunca lo olvidaré ni á usted tampoco.

—¡Oh, Sofía!—exclamó Sardes, arrodillándose delante de ella.—¡Oh, dulce voz; querida hechicera, no me despida usted! En el primer acceso de mi desesperación prometí al Conde partir con él, pero una seña de usted bastará para hacerme romper todo compromiso.

—No, no—dijo Sofía;—también tiene usted deberes que cumplir con ese hombre que ha llegado á serle como un padre, y no puede vivir sin usted. Parta usted, y para consuelo mío dígame que se va usted en paz.

—¿Y con tales razones cree usted sosegar mi pasión?—exclamó impetuosamente Sardes.—De modo que ¿cree usted romper el lazo que nos une? Porque usted me ama, lo sé.

—No, no le amo á usted—respondió Sofía ofendida;—si en mi débil corazón hubiera un sentimiento parecido, lo desvanecería usted en este instante.

—Se engaña usted, ó pretende engañarme—replicó Sardes fuera de sí.—Pero ya sé lo que pasa: usted se sacrifica y me sacrifica por un vano prejuicio: quiere usted permanecer fiel á un hombre á quien nada le importa su confianza, y me roba usted el amor á que sólo yo tengo derecho.

Sofía pugnaba por alejarse, pero cogiéndola por un brazo Sardes, exclamó:

—¡No, no te irás de aquí de esa manera! Me marcharé, y me ves ahora por última vez. Pero esta vez saborearé la felicidad que no me atrevía á pedirte: te tendré entre mis brazos, te meceré en mis rodillas y sentiré palpitar tu corazón bajo mis manos.

La desventurada Sofía le rechazó espantada haciendo un violento esfuerzo; escapándose de entre sus brazos, saltó encima de las gradas del obelisco y exclamó:

—¡Lejos de mí; me causa usted horror!

Sardes se apartó algunos pasos y Sofía se aprovechó de aquel momento para meterse por la espesura, desde donde se arrojó á la barca que estaba cerca de ella. En un abrir y cerrar de ojos la desató de la anilla, cogió un remo y empujó la embarcación hacia las olas.

En aquel instante estalló la tempestad; rayos y truenos se sucedían con rapidez. La primera idea de Sardes fue arrojarse al agua; pero reflexionó que no sabiendo nadar, en vez de socorrer á Sofía no haría sino exponerla á mayores peligros por el terror que la causase. Tomó el partido de correr por el jardín dando vuelta á la ensenada para llegar á la barca del pescador. Así que hubo llegado vió que Sofía era cada vez más arrastrada por las aguas hacia el mar adentro, á pesar de las desesperadas fuerzas con que bogaba; algunas veces desaparecía la barca entre las olas. Sardes pidió socorro con mortal angustia. El infeliz seguía corriendo á lo largo de la orilla, con los ojos siempre fijos en el agua. De repente oyó resonar el paso de un caballo, y con inexpresable júbilo vió que Fernando acudía á galope por el borde de la playa. Le llamó agitando al aire el pañuelo; por fortuna, Fernando le comprendió; apeóse del caballo, se precipitó dentro de una barca que providencialmente estaba cerca de él, dirigióse á escape hacia donde estaba Sofía y consiguió alcanzarla y traerla á tierra. Unióseles palpitante y sin alientos Sardes, é inclinándose ante ella, dijo:

—¡Ah, perdóneme usted; acabo de expiar mi culpa con una angustia sin igual; déme usted la mano en señal de reconciliación!

La joven le dió la mano, Sardes se la llevó á los labios.

—Ahora, adiós, adiós—dijo—y se alejó.

Habíase calmado la tormenta, pero llovía á cántaros; Fernando quiso acompañar á Sofía á su casa, y ella exclamó:

—No, conozco el camino y me volveré sola.

Le dió las gracias con calor por el auxilio que la había dado, y se despidió de él. Así que Fernando alcanzó á su ami-

go, miróle con sorpresa y sin pronunciar una palabra, hasta que por fin dijo:

—En verdad, creo en los presentimientos: esta noche no podía dormir. El estado en que ayer tarde ví á mi hermano aumentaba mi inquietud, y cuando hoy te ví partir después de comer, un esfuerzo irresistible me arrastraba hacia Hauslunde. ¡Gracias á Dios he cedido á ese impulso!

—Sí—respondió Sardes,—has sido nuestro salvador.

A petición de su amigo, contó Sardes entonces con sinceridad todo lo que había pasado, su angustia al ver el peligro que amenazaba á Sofía, y sus remordimientos.

—Escucha—respondió Fernando,—permíteme alegrarme de lo que llamas tu desventura, porque si hubiese perdido el elevado concepto que tengo de Sofía, hubiera experimentado un pesar más grande que el que tuve por el desvío de mi novia. Te ruego me dejes contar á mi hermano lo que me has confiado.

—¡Tu hermano! No pronuncies su nombre.

—Bien me equivoqué, si no tenía él algunas sospechas acerca de su mujer—prosiguió Fernando.—Ayer por la tarde estaba sumamente agitado; cuando le encontré esta tarde me preguntó dónde podría encontrarte, y lo hizo con un tono que me chocó.

Toda esta historia podía tener un terrible desenlace.

—¿Qué dices?—exclamó Sardes.—¿Piensas que quería batiirse conmigo? Eso es lo que yo desearía.

—¿Es posible?—replicó Fernando.—¿Con que quisieras perder á Sofía, destruir para siempre su reposo? ¡Así quieres agradecerle el cariño que te ha demostrado! Si hizo mal en sostener ese cariño, ¿te corresponde á tí castigarla por ello?

—Con mucho gusto muriera por Sofía—respondió Sardes.

—Y mi hermano, ¿qué te ha hecho?—prosiguió Fernando.—Te recibió como amigo en su casa, no te ofendió jamás, y tú.....

—Basta, basta—respondió Sardes,—consiento en todo.

Cuando llegó Sardes á Flintenborg, se metió en su cuarto; Fernando llamó aparte al Comandante y sostuvo con él una larga conversación. Sofía regresó á Hauslunde durante la lluvia; en el camino se encontró al veterano ayuda de cámara de Lindal, que iba en busca de ella con un farol y su abrigo. En la antecámara encontró á su criada, aguardándola con impaciencia. Dió las gracias á esa buena gente por su solicitud, se inclinó sobre la camita de su hijo y metióse en su lecho. Sin embargo, los acontecimientos de aquel día perturbaron su sueño. Al día siguiente se levantó con el alba y salió al balcón. La atmósfera estaba pura y sereno el cielo; los pájaros cantaban en el jardín y un ligero vapor se cernía sobre el cielo. Sofía, igual que la Naturaleza, había sufrido la víspera una tempestad, y lo mismo que la Naturaleza también había recobrado la calma. Su amor á Sardes desapareció con las nubes tempestuosas y con el libro fatal tragado por las olas. «A Dios gracias—pensaba—puedo contemplar en paz mi hermosa residencia, complacerme en ver sus árboles y flores, en oír sonar la campana de la iglesia, y mis oraciones se elevan con sus toques religiosos hacia el cielo, que me ha salvado de tan gran peligro. ¡Qué felicidad! Ahora puedo aspirar al regreso de Lindal y saludarle con júbilo.»

En esa feliz disposición de espíritu estaba, cuando apareció de pronto Lindal junto á ella.

—¡Oh, mi querida Sofía! — exclamó abrazándola.— Lo sé todo; te doy las gracias; estaba impaciente por arrojarme á tus pies; ¿puedes perdonarme mis errores y mi frialdad aparente? ¡Ay de mí! Dios sabe cuán castigado he sido por ello, pues mucho tiempo te he adorado sin atreverme á acercarme á tí. No me rechaces; no te aflijas por nuestra reconciliación. Sé que no tengo los dones seductores de Sardes, pero comprendo mejor que él, y que cualquier otro, lo que vales tú.

Sofía abrazó á su marido llorando y dirigiéndole las más tiernas palabras. Confiáronse el uno al otro lo que habían ex-

perimentado; se dijeron sus pensamientos, y temblaron al ver á qué catástrofe se habían expuesto.

—Mi querida Sofía—prosiguió Lindal; — me das una felicidad que no había sentido aún. ¿Qué podré hacer agradable para tí? En el camino pensaba en distraerte con un viajecillo. ¿Quieres que llevemos á Carolina y sus hijos á Hamburgo?

Sofía le dió las gracias y le dijo que había ofrecido á Carolina hacerse cargo de su hijo, añadiendo después:

—Puesto que tan bueno eres conmigo, tengo que hacerte una súplica. Fernando está triste, creo que echa de menos á Anita; debieras proporcionarle medios para hacer un viaje de algunos meses. Tú has sido muchas veces para él como un padre, y aceptará de tí este servicio; dile que se vaya con Sardes á Inglaterra y Francia. Otra cosa más: conozco la generosa intención que te ha guiado á recorrer Klostergaarden; pero aborrezco esa hermosa residencia al pensar que me la has destinado para después de tu muerte. Para hacérmela agradable, permite que la ocupe nuestro hermano; confíale la administración de ese dominio, como te lo rogué un día, cuando ignoraba tus cariñosos proyectos para conmigo.

—Sí, mi Sofía, se hará lo que quieras. ¿Cómo podré negarte lo que me pides con tales palabras, tal voz y tales ojos?

Iba subiendo el sol, y sus rayos alumbraban á la feliz pareja. Lindal mandó á su criado que sirviera el café en el balcón.

—¿Recuerdas, querida Sofía—dijo—que en este mismo sitio tomamos también el café al día siguiente de casarnos? También entonces éramos felices.

—No tanto como hoy—respondió Sofía.

—Tienes razón; entonces era el primer día de nuestro enlace; hoy es el paraíso reconquistado.

Por la tarde Sofía fué en busca de Carolina, y anunció á Fernando lo que se había resuelto en favor de él. Agradeciéronselo ambos con viveza, diciéndole que había adivinado sus más recónditos deseos.

Muy pronto quedaron hechos los preparativos para el viaje

á Hamburgo. La víspera de su partida, el Comandante fué á Flintenborg para despedirse de su amigo. El Conde le dijo con extraordinaria emoción, que después de pasar varios días y noches con la más penosa inquietud se marchaba con ánimo alegre, añadiendo:

—¿Y sabe usted á quién debo esta felicidad? A la angelical mujer que la Providencia le ha entregado á usted. Ella es quien ha defendido mi causa, amigo mío; siga usted honrándola y ofrézcala usted el homenaje de un viejo, que experimenta por ella un vivo sentimiento de respeto y de cariño. En memoria del servicio que me ha prestado, tenga usted la bondad de entregarla este collar de perlas, esta reliquia de una mujer á quien amé en mi juventud.

Al decir estas palabras, presentó al Comandante un estuche que contenía unas perlas de rara hermosura. En el momento de ir á retirarse Lindal, entró Sardes en la habitación. El Comandante fué á su encuentro, y cogiéndole la mano le dijo:

—Permítame que también le diga adiós; y tenga la seguridad de que deja usted en Hauslunde un amigo y una amiga.

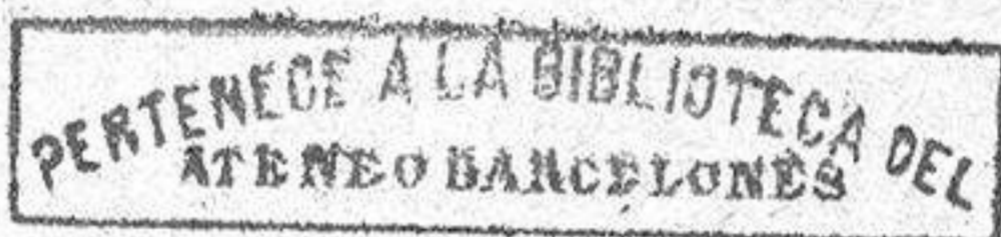
Poco tiempo después, un velero brik se aproximaba con viento favorable á las costas inglesas. En el puente estaba sentado Adalberto, meditabundo, arropado en su abrigo, con la cabeza apoyada en ambas manos. A poca distancia Sardes, recostado en un mástil, contemplaba á su padre adoptivo. Acercándose á él Fernando y dándole un golpecito en el hombro, le dijo:

—¿Cómo estás, querido Carlos?

—Mejor; paréceme que esta costa me da esperanza y ánimo. Mira —añadió—indicando al Conde; mira á ese anciano sentado allí como una sombra. Dios mío, si hubiese yo abandonado á este hombre que reemplazó á mi padre, su imagen me hubiera perseguido noche y día y no me hubiera dejado sosiego ninguno. Sí, Sofía tiene razón: hay vínculos que nada puede romper en el mundo.

L. HEIBERG.

RETOS Y DESAFIOS



MONSALVES Y MAZARIEGOS.—En la primera mitad del siglo XVI existía en Zamora una congregación de caballeros hijosdalgo, que hacían sus Ayuntamientos constitucionales en la iglesia de Santa María la Nueva. El día de Reyes del año de 1530, asistiendo á esta Junta, tratóse de algunos puntos disciplinarios, sobre que hubo acalorado debate. Entre los concurrentes se hallaba Francisco de Monsalves, anciano de más de setenta y cinco años, y su deudo Diego de Mazariegos, joven, y lleno de las arrogancias de la edad. Monsalves, no sólo por el peso de sus años, sino por otros padecimientos, tenía quebrada la salud, el cuerpo flaco y enfermizo, y desamparado de las fuerzas corporales, andaba apoyado en una caña. Como Mazariegos entrase en la cuestión, antes de que otros de mayor edad hubieran hablado, Monsalves le dijo: «Señor sobrino, dejad hablar en este negocio á los caballeros hijosdalgo más antiguos, que después hablaréis vos.» Respondió Mazariegos, interpretando mal la frase de su deudo: «Yo soy mas antiguo caballero hijodalgo que vos.» Monsalves replicó: «Reportaos, caballero, que yo no trato de la antigüedad de la nobleza; que bien notoria es la mía; sino de la edad. Están aquí muchos caballeros de más edad que vos, y sería bien que todos oigamos sus pareceres.» Mazariegos, cada vez más obcecado, volvió á decir: «Yo soy caballero y más antiguo hijodalgo que

vos, y no hay aquí quien lo sea más que yo.» Monsalves dijo: «*Vos mentís como mal caballero.*» Asíó Mazariegos de la caña que Monsalves traía en la mano, y con ella le dió dos ó tres golpes. Aunque los asistentes se interpusieron, Mazariegos era gallardo, y uno de los más bien dispuestos caballeros de Zamora y se le respetaba así por el valor de su persona, como por la estimación de su linaje, siendo en realidad hombre muy principal y rico, y mayorazgo de los Guadalupe, teniendo otros tres hermanos de la misma gallardía y gentileza. Monsalves no tuvo quien saliera en su defensa, y apesadumbrado y melancólico se retiró á su casa, con tal amargura en el alma, que le entró una fiebre aguda, de que se sintió morir. En esta congoja escribió su desdicha en una carta muy sentida á un hijo que tenía, capitán en las huestes del Emperador, y el mismo día murió de la vergüenza.

Estaba el capitán Monsalves en Coron, ciudad de Grecia, que acababa de ser ganada á los turcos, sirviendo de soldado aventajado del Maese de Campo Machicao, y eran allí sus camaradas Alonso de Sosa, hermano de D. Pedro de Vivero, natural de Toro, Bernardo Sotelo, comendador de la Orden de San Juan, natural de Zamora, y Alonso de Cisneros, de Benavente, tres hombres muy principales de Castilla, y soldados de mucho valor. En presencia de estos le fue entregada la carta de su padre, cuya lectura le produjo un desmayo. La carta decía así: «Muy magnífico señor: anteayer, día de los Reyes, hubimos ciertas palabras el Sr. Diego de Mazariegos y yo, y á las que me dijo, por ser demasiadas y falsas, me obligó á desmentirle. Tomóme un pedazo de una caña que yo tenía en mi mano, y dióme con ella de palos; que como me han desamparado las fuerzas corporales para resistir y satisfacer á tan gran deshonor é insulto, y me ha quedado la memoria de mi obligación y pasados, me ha causado tal dolor que me ha quitado muy aprisa la vida. He querido dar cuenta de este miserable suceso á vuesa merced, para sólo suplicarle que de aquí adelante no se llame ni tenga por hijo mío, si-

no de Francisco de Monsalve, mi señor y mi padre, que acabó su vida tan honradamente como vivió, y no de quien ha sido tan desventurado, que la naturaleza le ha quitado las fuerzas y la fortuna y la honra, todo á un tiempo, y olvidado de mis injurias por sólo Dios, por el mismo suplico á vuesa merced que en este negocio no se hable ni trate más, como si no hubiera sucedido; que yo perdono al Sr. Diego de Mazariegos, porque Dios me perdone mis muchos y graves pecados. Fecha en Zamora 8 de Enero de 1530.» Con esta carta escribieron á Diego Monsalve algunos deudos y amigos suyos, haciéndole saber cómo su padre había fallecido tres días después del suceso.

Cuando sus tres camaradas se impusieron del motivo de su dolor le aconsejaron la venganza, y Bernardo de Sotelo, á nombre de los otros, le dijo: «Bien sabéis que en este saco de Coron hemos ganado ocho mil ducados: creed que nos los ha dado Dios con mucha causa y misterio, habiendo vivido pobres y con muchos trabajos toda la vida: con ellos, y el mucho valor de vuestra persona, andad á que se restaure la honra de vuestro viejo y honrado padre. Todos los entregamos y donamos para que de ellos, y de más, dispongáis á toda vuestra voluntad; que os prometemos y hacemos pleito homenaje como caballeros hijosdalgo de os seguir y acompañar hasta que á mucha satisfacción vuestra recuperéis la honra de vuestro padre.» Diciendo así, juraron quitarle la vida si en término de dos años no la había recobrado, haciendo unos en las manos de los otros los homenajes referidos. Hecho público el suceso, todos los del campo le ofrecieron de igual manera sus personas y sus haciendas, y el Maese Machicao le expidió la licencia para venir á España con sus camaradas, expresándole que sentía mucho no poder venir con él. Todos los cabos del ejército le visitaron, y le acompañaron hasta dejarle embarcado en el mar.

La noticia de su llegada á España cayó como un rayo sobre Mazariego, sus parientes y sus amigos; pero fue mayor su

turbación al recibir por mano de Juan de Monsalve, hermano menor de Diego, una carta que decía: «Muy magnífico señor: En Coron, en la Grecia, me dieron aviso y supe la diferencia que vuesa merced tuvo con Francisco de Monsalve, mi señor y mi padre; y porque, como vuesa merced vió, é estaba tan impedido y acabado que apenas podía sustentar su cansado y flaco cuerpo si no era arrimado á una caña, que vuesa merced tomó por instrumento de tan miserable suceso, he venido yo desde Grecia á que vuesa merced entienda que, siendo quien es, no podrá dejar de mostrar que era indigno de imaginar tan temerario atrevimiento como vuesa merced usó con él: y no pudiéndose averiguar este negocio, si no es entre la persona de vuesa merced y la mía, le suplico me haga merced que nos veamos en una isla que hace el Duero junto á Farisa, entre Portugal y Castilla, con una espada y una daga, señalando vuesa merced el día que será servido hacerme esta merced; y si vuesa merced quisiere traer en su compañía uno, dos ó tres caballeros podrá escogerlos, que hasta este número fuere servido, que á él llevaré yo el que vuesa merced fuese servido y señalará, que á eso están aquí conmigo los Sres. Alvaro de Sosa, Bernardo de Sotelo y Alonso de Cisneros, que vuesa merced conoce y sabe quienes son. Y si otro sitio ó armas le pareciere á vuesa merced más á propósito, lo podrá escoger como fuese servido: y respuesta podrá dar vuesa merced al señor Cisneros de Sotelo, vecino de esa ciudad, que yo cumpliré lo que por él vuesa merced me mandare.»

El informe original manuscrito de este desafío, que consta entre los papeles que al advenimiento de los Reyes de la casa de Borbón pasaron de los archivos reservados de los Reyes de la casa de Austria á formar parte de los fondos de la antigua Biblioteca Real, hoy Nacional, dice que cuando Mazariegos recibió de sorpresa esta carta, olvidado de que hubiese Monsalves en el mundo, sufrió tan notable alteración, que echáronla de ver su hermano mayor Alonso González de Guadalajara y otros caballeros que se hallaban presentes, y añade que

aunque los dos hermanos se empezaron á disponer á la respuesta, como caballeros, queriendo acudir á su deber, algunos otros se apresuraron á dar noticia del hecho al Corregidor de la ciudad para que lo impidiera la justicia. En efecto, se trató de prender á Diego de Monsalves por mano armada en los lugares próximos á la ciudad, donde se suponía oculto, pero aunque se puso mucho interés en la realización de este arbitrio, los amigos de Monsalve le avisaron para que resguardase su persona. En esta disposición de las cosas, y no llegando la contestación de Mazariego, á los pocos días apareció en los sitios públicos de Zamora el correspondiente cartel, en que hecha exposición del agravio, y copiada la carta de Monsalve, denunciada la persecución por mano de la justicia, y atribuyéndole la responsabilidad del cobarde procedimiento, con las protestas de ritual, se emplazaba al retado, dentro de los dos primeros meses, al combate personal, esperando la contestación en la ciudad de Miranda, de Portugal, donde Monsalve quedaba constituido; mas si en el plazo otorgado Mazariego no contestaba, «me satisfaré de la manera posible con armas aventajadas, arrojadizas ó de fuego, ó de otra cualquier manera, aunque sea con tósigo ó ponzoña, indigna cosa de poner en memoria de los hombres».

Pasado el término del emplazamiento y llegado el domingo de Ramos, cuando la justicia se hallaba en la procesión de las Palmas, se pregonó á vista de todos, por pregón público, que cualquier persona que diese noticia á Diego Monsalve de la persona de Diego de Mazariegos en parte donde aquél pudiera hablarle, recibiría 500 ducados de albricias de manos de Gregorio de Sotelo, residente en Zamora. El pregonero y los que le acompañaban, á uña de caballo escaparon para Portugal, y aunque se prendió á Sotelo, éste declaró que él no tenía noticia de lo que el pregón decía; pero que se tenía por tan amigo de Diego de Monsalve, que daría los 500 ducados á la persona que habiendo cumplido con él, le trajese la cédula suya. Pocos días después la familia de Mazariegos de-

nunció como sospechosa una casa cercana á la en que vivía el retado, en continua compañía y custodia de muchos de sus deudos y amigos, y que por permanecer cerrada siempre les infundía temor. La casa fue reconocida, y se encontraron azadones, picos, esportillas y mucha tierra sacada de una mina que iban haciendo hacia la casa de Mazariego; con que toda Zamora se llenó de terror ante la idea de que hicieran volar aquellos edificios con pólvora. Para poner al retado más al abrigo de una emboscada, se le pasó al convento de San Benito. Corrieron por la ciudad mil novelas é invenciones, y se dijo que Monsalve, con sus compañeros, en pleno medio día, había asaltado por unas rejas el convento, y registrado las celdas una á una. La sombra de Monsalve apareció entonces ante la imaginación del vulgo, como un fantasma capaz de acometer sin ser visto las más inverosímiles empresas de la audacia, y el pueblo se encendió en disputas y se dividió en partidos. Las disputas pasaron á verdaderas reyertas y contiendas civiles, que provocaban cotidianos desórdenes por si Diego de Mazariegos, siendo un caballero á quien todos reconocían valor, huía de verse con Diego de Monsalve por los remordimientos que en su conciencia labraba la sinrazón que había hecho con su padre, ó por si se había enteramente acoquinado con la fama que de la valentía de su contrario corría por todas partes.

Tomó mano en el negocio D. Fernando de Toledo, Prior de la Orden de San Juan y hermano natural del Duque de Alba D. Fernando, el cual, viendo la progresión de los disturbios públicos, y que habían salido inciertos todos los caminos tomados para encontrar una solución conveniente, resolvió escribir al comendador Bernardo de Sotelo, uno de los camaradas de Monsalve que habían con él venido de Grecia y que con él se mantenía en Miranda de Portugal. Con el seguro de su palabra Sotelo vino á Zamora, y el Prior le dijo qué medios habría para calmar aquellos desórdenes, á lo que el noble soldado contestó que ningún otro que no fuera que Mazariego saliese

á matarse con Monsalve, y que no podía haber otro. El Prior propuso varias soluciones, y el curso de la conversación llegó á punto en que Sotelo dijo: *Ríndasele Mazariego á Monsalve, y estoy seguro que ni le matará, ni pondrá sobre él la mano.*—El de Toledo dijo entonces á Sotelo: *Pues tratad con Monsalve que se contente con eso, que yo me hago cargo de acabarlo con Mazariego.*—A esto repuso Bernardo Sotelo: *Esto no se ha de tratar con Diego de Monsalve, ni él vendrá en ningún género de medio que trato sea; sálgase Mazariego á matar con él y ríndasele, que yo aseguro no pondrá sus manos en él.*—Dijo el Prior: *¿Y qué seguridad puede haber en eso?*—Contestó Sotelo: *Saber yo quién es Diego de Monsalve: no pondrá las manos en un rendido, y cuando lo hiciere, yo me hallaré presente y mataré á Diego de Monsalve.*—Entonces el Prior concluyó la plática diciendo: *Pues, Sr. Bernardo de Sotelo, ordenad vos como se haga esto á vuestro modo: que yo haré por otra parte se haga lo que vos quisiéredes.*—Y dijo Sotelo: *Yo pensaré esta noche en la forma cómo se haya de hacer, y vendré por la mañana á avisar á V. S. de lo que hubiere acordado y me pareciere.*

Sotelo propuso que por auto de justicia se abriera el enterramiento de Francisco de Monsalve, se descubriese el cadáver y que ante él Diego de Mazariego satisficiera el agravio que le había hecho, rindiéndole su espada y amparándose de su protección, diciendo «que á él se atrevió á darle de palos con una caña, por verle viejo, sin fuerzas y sin armas, y que si las trajese ó pudiera traer, no sólo no lo hiciera, mas ni se atrevería á imaginarlo: y que ahora que sabía que de sus cenizas había salido un hijo suyo de tal nombre, que con las armas en la mano representaba el valor de su padre, que por sus años, enfermedades y dolores estaba en él tan amortiguado cuanto estaba resucitado en el señor Diego de Monsalve, su hijo, y que sabía que no podía haber en el mundo ni alcanzar lugar seguro del dicho Sr. Diego de Monsalve donde amparar la vida, por tanto él le rendía la espada en aquel sepulcro do yacía, y le pedía perdón de su temerario y loco atrevimiento,

confesando, como confesaba, todas las cosas arriba dichas y hechas contra razón, y faltando en ellas á lo que debía á caballero tal por los respetos dichos». Lo propuesto por Sotelo se ejecutó con todo su imponente aparato ante las justicias, los caballeros y gran concurso de pueblo de Zamora, y Sotelo, á quien se nombró curador del sepulcro, recibió la espada desnuda de manos de Diego de Mazariego. Entonces le dijo que se holgaba hubiera venido en tan buen convencimiento, y desde el Monasterio de Santo Domingo, donde se verificó la solemne ceremonia, llevando el testimonio de todo lo ocurrido por ante escribano público, más una carta supuesta de Francisco de Monsalve para su hijo Diego, en que le pedía y mandaba fuese amigo de Diego de Mazariego y le sirviese y ayudase en toda cosa como criado que era suyo, se trasladó á Miranda, donde Diego Monsalve y los demás camaradas permanecían ignorantes de lo que en Zamora había sucedido.

Cuanto llegó, anunció que Mazariego le sostendría el campo con una espada y daga, en calzas y camisa, al día siguiente en el Campo de la Verdad, extramuros de la ciudad, donde ya estaba hecha la estacada. Anunció que los padrinos de Mazariego serían el Gran Prior de San Juan, D. Fernando de Toledo y su sobrino D. Enrique Enríquez de Guzmán, que después fue Conde de Alba de Liste. La alegría de todos les hizo no dormir aquella noche, pareciéndoles llegada la suspirada hora de la reparación. Al día siguiente salieron muy gallardos, y Monsalve lleno de plumas y botones de gala para el palenque del desafío, y al llegar á la estaca eligió por padrinos á Alvaro de Sosa y Bernardo de Sotelo. Ya Diego de Mazariegos le esperaba en su puesto, y todos se saludaron muy corteses; se reconoció á los duelistas, hallándoles en armas; se partió el sol y se hicieron los demás preparativos de la batalla. Los alrededores de la estacada habían sido inundados por un gentío inmenso, así de naturales como forasteros. Con todo, la atención y el silencio eran tan grandes, que no parecía había nadie en ellos.

Cuando se hizo la señal, Diego de Monsalve echó mano á su espada y daga, y con gentil y gallardo semblante se dirigió á su rival, el cual le dijo antes de tomar sus armas: *Suplico á vuesa merced lea ese papel, antes de pasar adelante.* Monsalve lo tomó, se apartó á un lado, y, habiéndolo leído, dijo: *Sr. Diego de Mazariego: aquí habla mi padre; pero á vuesa merced cumple de pelear como caballero, porque uno de los dos ha de quedar por bueno en este campo.* Entonces, Mazariego echó mano á la espada, y, tomándola por la punta, dijo: *Suplico á vuesa merced, señor Diego de Monsalve, tome esta espada y haya misericordia de mí, como de su rendido.* Monsalve la tomó por la guarnición y lamió con la lengua por entrambos filos, desde la guarnición hasta la punta, y dijo, en voz que todos oyeron: *Doy muchas gracias á Dios, que ha traído á vuesa merced á este conocimiento. Viva vuesa merced en paz desde hoy en adelante, y si alguno le agraviare, avíseme vuesa merced, que yo desagraviaré y satisfaré á todo mi poder.* Y manteniendo su daga en su vaina, se quedó con entrambas espadas en las manos, siendo uno de los más extraordinarios espectáculos que había habido jamás en España.

Llegó luego D. Enrique Enríquez de Guzmán á pedir á Monsalve la espada rendida, y, presentándole el campeón la suya, le dijo: *Con esta mía serviré á V. S.: que ésta del señor Diego de Mazariegos, fuera de mi poder, no tendrá valor de aquí adelante.* Pesóle mucho á D. Enrique se la hubiera negado, y dijo: *Para eso mejor es mi espada.* A lo que Monsalve contestó: *Esto hasta ahora está por averiguar; pero en parte está V. S. donde lo podrá saber cuando quisiere.* Interpúsose el Prior, y notó á D. Enrique lo mal que hacía en enojar á Monsalve, cuando todos procuraban contentarle para atajar tantas discusiones, y, haciendo que se abrazasen, los sacó del campo con gran solemnidad.

La espada de Mazariego estuvo muchos días colgada debajo del escudo que blasonaba el dintel de la puerta de la casa de Monsalve. Nadie se atrevió á tocarla. Con sus camaradas se

volvió al ejército del César, donde alcanzó por su valor todos los grados de la milicia, hasta el de Maestre de Campo; pero en la voz común siempre se le llamó el Capitán Monsalve. Carlos V honró su pecho con la cruz de Calatrava. Más tarde, al regresar á su patria, de las fronteras de Francia, donde gobernó algunas plazas, casó en Toro con doña María de Ulloa, hija de D. Alonso de Ulloa y de doña Constanza de Quiroga, hermana del Cardenal de Santa Polonia, Presidente del Consejo de Italia, Inquisidor general y del Consejo de Felipe II. Se avecindó en Toro, y tuvo en su casa muchas veces por huésped al Sr. Diego de Mazariego, á quien honró mucho. La espada rendida la cobró Bernardo de Toledo por pleito ante la Chancillería de Valladolid, y cuando Monsalve tuvo hijos se la regaló á éstos como prenda de emulación de las virtudes del que fue á vender la vida al palenque del Campo de la Verdad, por restaurar la honra mancillada de su padre.

*
* *

De la destreza de los españoles en el manejo de las armas, y de la frecuencia de los desafíos, están llenos todos los libros de aquel tiempo, lo mismo los históricos y docentes que los de pura imaginación. La edición de Sevilla de 1522 de las *Sergas de Esplandian*, se encabeza con una estampa que representa dos caballeros peleando en un palenque, y en el fondo, asomados á una ventana, unos como jueces del campo, y como espectadores un rey y otro personaje, que en medio tienen una dama; en los *Claritanes* (Toledo, 1528), la viñeta es un caballero acometido con espada de dos filos; en la *Historia breve del Conde Fernan-González* (Burgos, 1537), el caballero se dibuja en el acto de descargar un mandoble sobre otro que huye. Los retos y desafíos abundan en todas estas leyendas, donde se describen combates fenomenales, pero ninguno como el *Florindo*, de Fernando Basurto, publicado en Zaragoza en

1530, donde, como en su portada se dice, «se contienen defferenciados Riebtos de carteles é desafíos, juicios de batallas, experiencias de guerra» y otras cosas semejantes.

Las ponderaciones ya sobre los actos de valor personal, ya sobre la destreza de las armas, ya sobre el prodigio de fuerzas sobrenaturales se hallan en los autores que disputan el crédito de la mayor veracidad. D. Luis Zapata, en su *Miscelánea*, habla de Juan Fernández Galindo, que cortó á uno á cercén un brazo con una manga de malla; de Ramiro de Cárdenas, caballero de Ecija, que dió á un napolitano una cuchillada sobre el casco, que le abrió el casco y los cascos, y le derribó muerto del golpe; del Duque de Béjar, D. Francisco, que cortaba un pescuezo de toro de una cuchillada, y del Corregidor de Motril, Salguero Menasalbas, que en la guerra de los moriscos de la Alpujarra dió á un moro en el brazo izquierdo, con que hizo reparo, tan brava cuchillada, que le echó á tierra el codo con un gema de cada parte del molledo de arriba y otro gema del brazo abajo hacia la mano; de manera que de un golpe le hizo el brazo tres partes iguales, que, como la cola de la culebra, estu vieron un poco las dos saltando en el suelo. De fuerzas colosales desplegadas en las funciones de la batalla, no hay qué decir. No es menester ascender entre los conquistadores de Sevilla y de Jerez, á la figura sansoniana de Diego Pérez de Vargas Machuca, que, rota la espada, peleaba á caballo sirviéndose de troncos de olivos como de mazas de combate, para canonizar héroes posteriores semejantes. Diego García de Paredes fue uno de éstos: de su nieto D. Hernando de Paredes, y del Capitán Céspedes y el caballero navarro D. Hierónimo de Ayenza, hizo la musa plebeya romances populares, y sonetos cultos la musa de Lope de Vega. Todavía al final del siglo XVII, en la introducción á sus *Ocios de Castalia*, el Capitán de Infantería D. Juan de Ovando Santarén, caballero del hábito de Calatrava, se propuso á sí propio en la medida de estos esforzados gigantescos. Las habilidades de la esgrima era otro de los elementos de la

educación, que llegaron á ponderarse en la graduación de las maestrías, y aunque el flemático y socarrón Rector de Villahermosa, Bartolomé Leonardo de Argensola, que como hombre de ropas largas entendía mal de estos primores, aguzara su sátira contra este arte, cuando vió á Jerónimo de Carranza someterlo á reglas de Euclides, no fueron los gigantes del Parnaso de su mismo parecer. En Sevilla se escribió contra él una censura que le obligó á rectificar sus opiniones, mientras que acudían á celebrar su *Tratado de filosofía de las armas*, en pindáricas estrofas Fernando de Herrera, el capitán Cristóbal Mosquera de Figueroa, Cristóbal de Mesa, el secretario de Felipe II Tomás de Espinosa, y los reputados médicos Matías de Aguilar y el Dr. Juan Jiménez. Del mismo modo, al aparecer las *Grandezas de la espada*, de Luis de Pacheco de Narváez, fue objeto de los elogios líricos de Bartolomé Cairasco de Figueroa, del sargento mayor Lázaro Luis de Iranzo, Hernando de Soto, D. Félix Arias Girón, hijo del Conde de Puñonrostro, D. Diego de Pareja Velarde, el licenciado Gabriel Gómez de Palacios, Luis Ortiz de Padilla, Juan de Centeillas y otros nobles caballeros. Por hombres insignes en la destreza de las armas, Francisco Pacheco retrató con su pincel, y elogió con su pluma, á Juan de Ochoa Ibáñez; Pedro de Mesa, Juan Márquez de Arache y el licenciado Florentino Pancorbo, como D. Jerónimo González de Villanueva á Cristóbal de Sayas y Alfaro, que murió valerosamente peleando contra los moriscos de Granada, y como D. Juan de Ovando Santarén, que ponderó la rara habilidad del Conde de Santisteban del Puerto, señor de las Navas y Capitán general de Guadix, que hizo por sí más con la propia espada que con el tumulto de la gente de armas que mandaba.

Era natural que todas estas habilidades y todas estas virtudes se exaltasen en una época en que la primera condición de la vida social, cualquiera que fuese la cuna en que se naciera, era el valor. Antes que el maestro de gramática enseñase al caballero adolescente, al sacudir los pañales de la cuna,

los rudimentos de la lectura y á garrapatear las letras de su nombre, entraba en el aprendizaje en todos los ejercicios corporales, y sobre todo, en el de la familiaridad de las armas. Si iba á la guerra, no había de llevar otra recomendación que la espada; si le reclamaba la vida cortesana social, la espada le proporcionaba la estimación de su persona, el amor de las mujeres, las lisonjas de la fortuna y los caminos del favor. En todo orden de la vida, la espada era el supremo camino y la suprema defensa: la espada en la justa y el torneo, la espada en la asamblea de los amigos, la espada en los encuentros de la justicia. Siempre la ocasión de esgrimirla se tenía delante de los ojos, y en aquel estado de permanente y quebradiza susceptibilidad en que una palabra indiscreta, un gesto, la mirada de una mujer, el enojo de una broma, cualquier cosa, la más mínima, hería el puntillo de la honra, tras que se emboscaban los endiosamientos del amor propio, suscitaban un duelo, con bastante frecuencia improvisado entre amigos los más íntimos, entre deudos los más propincuos, á veces entre hermanos, la destreza de las armas era de una necesidad tan primaria como el comer y el vestir. Indudablemente, el valor llegó á emplearse en satisfacer emulaciones y enemistades personales, más veces que en casos verdaderos del honor: pero la sociedad imponía con sus costumbres y con sus ideas aquella necesidad de las cosas, y ninguno podía sustraerse al deplorable influjo social, que impulsando continuamente á los hombres bien nacidos á este género de pruebas de su gentileza, honraba con públicas demostraciones de estimación, al valeroso sobre el prudente, y aun entre los mismos que se arriesgaban á la ciega sentencia del combate, al vencedor sobre el vencido.

En el período, que podríase calificar de militar, en las empresas del valor, los retos entre más de dos contendientes debieron verificarse con frecuencia delante de los ejércitos sin lucha. El panegirista del Capitán Diego de Monsalve, el zamorano, de quien se ha hablado antes, dice al hacer relación

de sus méritos, que fue «uno de los caballeros que había escogido el Emperador Carlos V para hacer la batalla con otros doce caballeros, en cuya batalla se entendió se pusieron las pretensiones de los Reyes sobre la paz de Italia». Don Luis de Zapata dice que, siendo General en Lombardía el Duque de Sesa, D. Gonzalo Fernández de Córdoba, nieto del Gran Capitán, y teniendo á sus órdenes al Marqués de Pescara, el mozo, hijo del Marqués del Vasto y sobrino del famosísimo de su título, que á la sazón era general de la caballería; y á vista del ejército de Francia, se concertó, *por gentileza*, un encuentro de tres caballeros españoles y tres franceses. Cada uno debía correr tres lanzas, sin sacar las espadas de las vainas, y sin que hubiese prisioneros de una ni de otra parte. Fue el general de los caballos ligeros franceses con otros dos cabos de igual categoría al lance, que por nuestra parte se sostuvo por el Marqués de Pescara, D. Jorge Manrique y Don Fabricio del Nero, caballero milanés. Corrieron las primeras carreras sin que en ellas ocurriera nada que contar; mas á la segunda, D. Jorge Manrique dió con la lanza tal encuentro á su contrario, que le pasó peto, espaldar y cuerpo, de parte á parte, clavando el duro hierro en el acerado arzón trasero de la silla. El Marqués de Pescara también hirió gravemente á su adversario.

Los desafíos entre soldados de un mismo campo dieron lugar á anécdotas singulares. Siendo Virrey de Sicilia, por el Rey Don Felipe II, Marco Antonio Colonna, riñeron dos Alféreces de su guardia, y se afrentaron á sendos bofetones. El uno era de la compañía del Marqués de Favara, y el otro de la del Barón de Segugliana, que entre sí se trataban con muy continua amistad. Concertado el duelo por las armas, y siendo sus padrinos sus propios jefes, sacáronlos al campo y se pusieron á combatir. Empezada la batalla, el Marqués de Favara dijo al Barón:— *Ea, señor: ¿qué hacemos aquí? ¿Hemos, como leños, de estar mirando?*—Le respondió el Barón:—*¿Pues qué quiere vuesa señoría?*—A lo que replicó Favara:—*Que vue-*

sa señoría y yo nos matemos ambos.—Y el Barón:— *Sea enhorabuena.*—Y sacando las espadas, comenzáronse á descargar. Al estruendo y choque de las espadas, que se arremetían con bravura, los Oficiales desafiados suspendieron su combate por acudir á sus jefes, que se mataban por su causa, y metiéndose entre ellos, á fuerza de cuchilladas se logró la paz, quedando todos amigos. El término feliz de la disputa se celebró en la posada del Marqués de Favara, que á todos los invitó á comer.

La conciencia del propio valor inspiró á veces empresas descabelladas y actos de temeridad, que cuando la prudencia no los templaba, solían dar trágicos resultados. Hallándose en la Provenza el Duque de Alba al frente de las armas del Emperador, salió un día á pasear á caballo, alejándose del campamento más de lo conveniente. De súbito apareció un pelotón de caballeros franceses, en número como de unos cincuenta. El Maestre de campo Juan de Vargas, de Medellín, que acompañaba al Duque, y era soldado de gran ánimo, aunque más atrevido que cuerdo, le dijo:—*Hagamos una burla á aquellos borrachos.*—Dijo el Duque:—*¿Cómo?*—Vargas le contestó:—*Aparecernos hemos por detrás de este cerro: ellos vendrán á nosotros, y revolveremos sobre ellos por detrás del cerrillo, y daremos en ellos por las espaldas, y así habrá lugar la emboscada; y cargando de golpe sobre ellos, harémosles mucho daño.*—El Duque volvió á preguntarle:—*¿Quiénes?*—Dijo Vargas:—*Todos tres: vuestra señoría, yo y ese paje.*—Y, según Juan Rufo Gutiérrez, jamás, decía el Duque de Alba, se acordaba de esto, que no riese del disparate.

En medio del estado especial psicológico que las ideas dominantes creaba en todos los cerebros, en muchos de los cuales la concepción metafísica del valor causaba estragos y producía fenómenos parecidos á la locura, se registran hechos de verdadera caballeresca generosidad. Ni era siempre el dechado de este frenesí aquel Diego García de Paredes, tantas veces aquí citado, que sintiéndose presa de hondas melancolías y fu-

rias espantables, pedía á sus propios compañeros de armas que lo encerrasen hasta pasarle el acceso, por no cometer desatinos; ni aquel Conde de Benavente, D. Alonso, que para domar el humor tercianario que le consumía, se hacía traer la balles- ta, ponía á sus pajes en fila, con las cabezas sobre almohadas, y pasaba del furor á la risa, haciéndoles dar saltos á cada vi- rotada que disparaba sobre sus cabezas, aunque sin hacerles daño, por el matemático acierto de su puntería. Un caballero de la casa de Mendoza, ignorando los resentimientos de otro caballero Manrique, su amigo y camarada antiguo, con su her- mano, vínole á visitar un día y admitió el regalo de su mesa. Concluída la comida salieron á paseo, y á pocos pasos toparon con el hermano agraviado, el cual, poniendo mano á la espa- da, acomete á su enemigo. El caballero Mendoza se pone al lado de D. Alonso Manrique, y dice á su hermano: *Teneos; si no, mataros he: que hoy soy de quien me ha dado de comer, y no vuestro hermano.* El combate cesa, se guardan las espadas, y el hermano obsequiado los reconcilia. Rodrigo de Cárdenas, hijo del Comendador del mismo nombre, y aquel que dió la enorme cuchillada de que antes se habló al caballero napoli- tano á quien desbarató los cascos, había sido en Italia el asi- duo é íntimo camarada de D. Luis de Zapata, su primo. Ve- nidos ambos á España, y al lugar de la Oliva, donde se halla- ba el padre del primero, en una conversación de familia dijo una frase que hirió en su vanidad á Zapata. Ardiéndole las orejas, dijo éste á Ramiro: *Vámonos á Llerena.*—Cárdenas, que ningún mal tenía pensado, respondió: *Cuando mandáre- des.*—Llegados á una venta en el camino, sacó Zapata al Cár- denas muy al descuido paseando, y cuando halláronse en lugar desamparado, le dijo: *¿A qué propósito me dijisteis aquello tal día? Parece que me tenéis en poco, y aquí os habéis de matar conmigo.*—Sorprendido y espantado Cárdenas de aquel inesp- erado movimiento, le dijo: *¿Vos estais loco, ó qué disparate es este tan grande? ¿No sabéis en cuánto yo os tengo, que por vos me mataría con toda España?*—Dijo D. Luis: *No basta eso; vos*

y yo nos hemos de acuchillar.—Cuando Cárdenas, tan gran caballero y tan gentil soldado, vió que sus descargos no sacaban á Zapata de la ofuscación que padecía, sacó por los gavilanes la espada y le dijo: *He aquí mi espada: con la vuestra y con la mía me matad.*—Entonces Zapata, enteramente desarmado, sacó también la suya, y dándosela de punta, las rodillas en tierra, le pidió perdón de haberle enojado sin razón. Abrazáronse ambos, como hermanos, y nunca volvieron á hablar de aquel suceso.

Por desgracia, estos rasgos no fueron los más frecuentes en los lances que provocó, más la soberbia ó la vanidad que el pundonor; y en ellos viéronse á veces desaparecer todos los varones vivos de una de las dos familias combatientes. En Valencia, donde los resentimientos personales siempre palpitaron vivos en la sangre que da aquel suelo ó aquel clima, ó aquella raza entreverada de provenzal, morisca y castellana, sobre una pretensión de un término, mandó D. Ximen Pérez de Calatayud á desafiar á D. Ramón Ladrón de Guevara y á su hijo, empeñándose en que con él y el suyo, D. Luis de Calatayud, habían de salir á matarse dos á dos. Arguyó don Ramón, que teniendo pleito pendiente, y siendo asunto de justicia, no cabía el juicio por las armas; pero que, aun admitiéndolo, no tenían para qué meter consigo los padres á sus hijos, ni los viejos á los mozos, siendo sus solos y únicos herederos de sus respectivos mayorazgos. D. Ximen Pérez replicó que padres é hijos, viejos y mozos, habían de entrar en la estacada, y así muy contra su voluntad, aunque eran muy valientes los caballeros Ladrones, vinieron á la batalla personal con los Calatayudes. Por una y otra parte corrió bien la sangre en una lucha sin misericordia; pero, al cabo, la victoria se decidió por los caballeros D. Ramón y don Baltasar Ladrón de Guevara, dejando muertos en el campo, y extinguida en la ciudad su familia, á los dos caballeros Calatayud.

El teatro caballeresco de estas luchas no se circunscribió á

los ejércitos y á los caballeros de la corte y de las ciudades populares, sino que trascendió á las Universidades, donde estudiaban gran número de caballeros segundogénitos de las casas grandes, tituladas y amayorazgas, y que llevaban al farrago de las escuelas las ideas dominantes en las exigencias de la sangre y de la cuna. De algunos de estos duelos trató en su *Arancel político* Gaspar Caldera de Heredia, que en sus juventudes tuvo fama de pendenciero entre los más pendencieros, y que nos conservó la memoria de algunos de estos desafíos, así como la de otros que él presenció en Flandes y en Italia, en cuyos ejércitos sirvió con la pica y con la espada. No obstante, Caldera de Heredia escribió viejo y para sus hijos, con el propósito de darles norte y dirección para la vida: de modo, que sólo apunta aquellos hechos de que podía sacar alguna lección moral. De sus propios desafíos habla así: «Si hoy (1645-50) vive D. Diego de Mendoza Calderón, puede ser testigo de nuestro desafío en Salamanca, al sitio de San Bernardo, por un acaso bien impensado de querer reconocer á ciertas damas, que ni lo permitió el lugar ni la presunción. Fue lo que no pudo excusarse. Salimos ambos heridos, aunque con mayor peligro en el alma que en el cuerpo, en que mereció mayores aplausos su valentía que mi fortuna, por su grande y generoso corazón, que ocasionó después nuestra grande amistad.»

Caldera se propuso imbuir á sus hijos la idea de que no basta el valor ni la destreza en los desafíos, para obtener el éxito victorioso: sino que todo depende del juicio de Dios, de los accidentes de la casualidad ó de los arbitrarios dictámenes de la fortuna. La proposición, sin ser del todo errónea en los fenómenos prácticos de la realidad, no puede sustentarse con gran fundamento en las demostraciones racionales de la lógica; y hasta incurría con ella Caldera de Heredia en contradicción consigo mismo, pues ya había escrito de su mano entre sus sabios apotegmas: *A la virtud del valor, obedece la fortuna.* Pero, como se ha referido, su propósito era excusable

cuando se dirigía á sus hijos en son de consejos y ejemplos de la experiencia. «Salió D. Francisco de la Caballería, decía hablando de los duelos de Salamanca, á la campaña con el Comendador Villalpando, y á las primeras entradas lo mató el Comendador.» Y en otro lugar: «D. Francisco de Torrellas, mozo, galán, diestro, valiente y no menos caballero, cayó muerto en breve espacio y vencido de la fortuna y gentileza de D. Francisco de Mendoza.» Y con mayor elocuencia todavía: «Martín de la Maya, que hacía bien poca profesión de las armas, salió á campaña con D. Martín de Urrea, mozo de los más animosos y diestros de su tiempo, y ejercitado en semejantes combates; y finalmente, cayó á los pies de su contrario muerto el Urrea, aunque muy desigual en ánimo y en valor.» Casi igual á este caso, refiere también el siguiente: «Combatíó estos días en desafío particular y secreto D. Luis de Arauz y Prado, con D. Antonio de Subriagui, mozo más precipitado que prudente, á quien mató de una punta que le entró por un muslo, D. Luis; y tomándolo en sus brazos mal herido, lo llevó al Convento de la Santísima Trinidad del Campo, para que se confesase; en cuya iglesia espiró.»

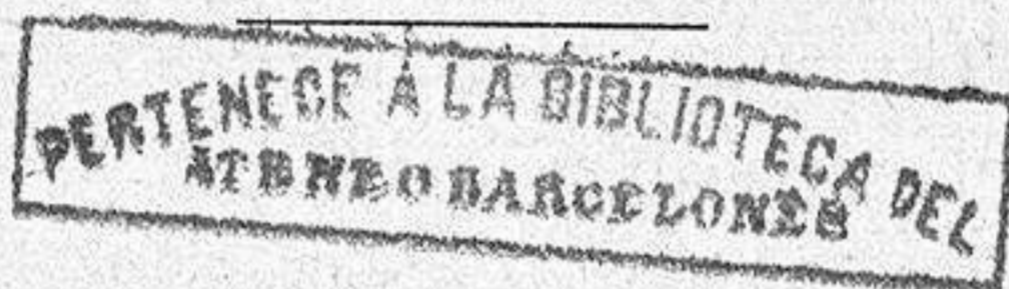
Los ejemplos de sus recuerdos militares no son menos lúgubres que los de los escolares. «En Milán—dice—fue celebrado el desafío de D. García de Villalpando con Francisco Cerdán, porque andando D. García muy mal herido, cayó á los pies de Cerdán, mozo diestro y animoso, y que no había recibido más que una pequeña herida en la boca. Queriendo matar en tierra á D. García, entró tan ciego y desatinado con una punta, que hiriendo D. García la de su espada contra él se entró por ella, de manera que cayó degollado á los pies del que tenía por vencido». Otro caso de valor infortunado fue el siguiente: «Maldonado, valeroso soldado, estando en el castillo de Castilnovo de la Bosnia, en la Dalmacia, recibió los carteles de su contrario, é hizo diligencias singulares para salir del castillo. No pudiendo conseguir la licencia se descolgó con un cordel por la muralla, y entrando en el combate, á los

primeros pasos que dió por el campo, se entró por la espada de su enemigo, y feneció á un mismo tiempo la vida y la diligencia por su honor». El último caso que Caldera refiere es el siguiente: «D. Luis Parreño fue gravemente injuriado de Fabricio Brancanio, caballero napolitano. Viniendo los dos á combatir, cuando con mayor diligencia procuró D. Luis la satisfacción de su honor, acabó primero la vida, queriendo la fortuna y el juez impío del duelo, que no solamente padeciera la injuria, sino también la muerte». ¡Mirad la igualdad de este juicio!

Pero justo es ya que se individualicen aquí otros duelos que tuvieron lugar principalmente bajo el reinado de Felipe IV, y de que se conservan documentos justificativos de más extensión en nuestros archivos nacionales.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.

POETAS AMERICANOS



EL CANTO DEL GUERRERO

En esta espesura
Del viento batida,
Hazañas de bravos
No enjendren esclavos
Que estimen la vida
Y eviten lidiar.
¡Oidme, guerreros;
Oid mi cantar!

Valiente en la guerra
¿Quién hay, cual yo soy?
¿Quién vibra el tacápe
Con más valentía?
¿Quién golpes daría
Tan rudos, cual doy?
¡Guerreros, oidme!
¿Quién hay, cual yo soy?
¿Quién guía en los aires
La flecha emplumada
Con tanta certeza,
En pos de una pieza,
Cual puede esforzada

Mi diestra guiar?

¡Guerreros, oidme;

Oid mi cantar!

¿Quién tantos vencidos

Dió al yugo hasta hoy?

¿Quién canta sus hechos

Con más energía?

¿Quién golpes daría

Tan rudos, cual doy?

¡Guerreros, oidme!

¿Quién hay, cual yo soy?

¿Quién hay que en la caza

Me afronte, ó la guerra?

La onza rabiosa

Ya busca un abrigo;

Tembló el enemigo;

Y el ave medrosa

Muy lejos huyó.

¿Quién hay más valiente,

Más diestro que yo?

Si corro los bosques

Sonando el boré,

De flechas se llenan

Los aires; resuenan

Mil gritos, que atruenan

El campo, y de pie

Mil hombres responden

Al son del boré.

¿Quién es más valiente;

Más ágil, quién fue?

¡Ved!..... Cruzan el monte;

No mueven un ruido:

La brisa modula

Sus quejas; ondula

La rama; un gemido

Da el ave al cantar.
Son ellos: guerreros
Que yo hago avanzar.
Si el Piaga salmodia
En su maracá,
La muerte suspende
Su vuelo; cubiertos
Los campos de muertos
Preséntanse ya.
Mil hombres yo traje;
Los mil veo allá.

Y entonces, si toco
De nuevo el boré,
Cual fuente que surge
De roca empinada,
Que va turbulenta,
Quejosa y violenta,
Pues mal apagada
Su cólera ve,
Tal ellos se escurren
Al son del boré.
Guerreros, decidme:
Tan bravo, ¿quién fue?

*
* *

CANCIÓN DEL DESTIERRO

Mi tierra tiene palmeras
Donde canta el Sabiá;
Las aves que aquí gorjean
No gorjean como allá.
Tiene más luz nuestro cielo

Nuestros campos más verdor,
Nuestros boscajes más vida,
Nuestra vida más amor.

De noche, conmigo á solas,
Más placer encuentro allá:
Mi tierra tiene palmeras
Donde canta el Sabiá.

• Mi tierra tiene primores
Que iguales no he visto acá:
De noche, conmigo á solas,
Más placer encuentro allá:
Mi tierra tiene palmeras
Donde canta el Sabiá.

No quiera Dios que yo espere
Sin que vuelva por allá;
Sin que los goces disfrute
Que no encuentre por acá;
Sin que vea las palmeras
Donde canta el Sabiá.

ANTONIO GONZALVES DÍAZ (Brasileño).

Traducidas por Julio Vicuña Cifuentes.

LA LITERATURA MODERNA EN FRANCIA

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEU BARCELONÉS

EL ROMANTICISMO

SEGUNDO PERÍODO.—EL ROMANTICISMO EN LAS COSTUMBRES.
LA TEORÍA EMANCIPADORA: EL INDIVIDUALISMO.—LA AUTOCRÍTICA
ROMÁNTICA.—VÍCTOR HUGO: PRIMEROS AÑOS.—EL POETA.—EL
POLÍTICO.—EL ESTILISTA.

Una escuela literaria puede circunscribirse á la esfera del arte ó trascender, con más ó menos alcance, á las costumbres y á la vida social. Este último caso es el del romanticismo, que no fue sólo renovación de las letras, ó que, por mejor decir, sólo renovó las letras al través de una renovación profundísima y casi total de la sociedad en todos sus aspectos, modificando hasta el aspecto histórico, y rebasando, por consiguiente, de los límites de la pasajera moda, para adquirir carácter de influencia decisiva en todo un período de este siglo.

Hasta cabría decir que la renovación romántica se infiltró más plenamente en la sociedad que en la propia literatura. De los literatos, muchos lucharon con la corriente romántica y otros la siguieron nadando entre dos aguas, conservando la sencillez clásica, v. gr., Lamartine; encambio, la sociedad,

y podríamos decir que la vida nacional romántica, aparece desde la caída del Imperio hasta mediados del siglo. El triunfo del romanticismo en las letras fue azaroso, discutido y breve; en la sociedad largo y natural, porque lo trajeron infinitas concausas, y, sobre todo, las de orden político é histórico. Desde principios del siglo en Europa, agitada por las guerras napoleónicas, se despierta un ansia inmensa, no sólo de libertad política, sino de independencia nacional: el conquistador, al pretender subyugar á las naciones, iluminó su conciencia, dió cuerpo á aspiraciones mal definidas, y aun comunicó el impulso decisivo á que obedeció Europa hasta hará unos veinte años; hasta que la terrible cuestión económica se presentó dispuesta á reemplazar á las cuestiones políticas é históricas, como el problema más grave é insoluble. Hungría, Polonia y Grecia, queriendo sacudir el yugo; Italia sujeta al Austria y aspirando á redimirse; España, destrozada por el combate entre la tradición y las nuevas ideas; Francia, ensayando todas las formas de gobierno y viviendo en perpetua convulsión; Alemania, rehaciéndose para el Imperio; Rusia, queriendo ahogar los gérmenes nihilistas bajo los hielos polares de Siberia, son naciones que sufren todas á la vez la crisis romántica. Donde quiera se forman sociedades secretas, estallan insurrecciones, levántanse barricadas, corre sangre, se ocultan los proscritos, interesa su suerte, y el romanticismo histórico vence con todos sus caracteres, hasta los tradicionales, porque en ese período mismo, en medio de la fiebre de libertad y hasta de negación sistemática y ciega del pasado, el pasado se impone victorioso por el nuevo culto que tributa cada pueblo, cada raza y cada región á sus antiguos usos, á su idioma, á sus leyendas, á cuanto la distingue y caracteriza.

Volviendo á las letras, si el período clásico fue de sólida unidad, tranquilo y duradero, no así el romántico, cuyo sino era vivir en guerra, y que si vió ensancharse sus dominios ante su fogoso corcel de batalla, no supo asegurar el señorío

del terreno conquistado. El origen de esta diferencia es que el clasicismo era un método, y el romanticismo una explosión; y lo que hizo explosión por medio del romanticismo, era lo contrario de la unidad colectiva: el individuo, la personalidad, que es tanto como decir la variedad sin límite; las múltiples formas del sentimiento, del pensamiento y de la fantasía; los temperamentos, los gustos, las rarezas, los antojos,—en resumen, el *yo*, afirmado anárquicamente. Visto así el romanticismo—y así hay que verle—se explica que sea un Proteo que cambia de aspecto y de figura á cada instante, y se comprende la diferencia, ó más bien la contraposición que existe entre poetas igualmente complicados en el motín del romanticismo. Supongamos que varios políticos de tendencias inconciliables se coaligan para derribar un poder que todos detestan, y aprovechan su caída, no realizando aspiraciones comunes, sino emancipándose y pretendiendo después cada cual imponer su dictadura: apliquemos la hipótesis á las letras y tendremos la revolución romántica.

Por eso el grito de guerra de los románticos es *libertad*; pero la libertad que el romanticismo reclama no es aquella que sanciona el derecho de todos, sino la que reconoce, sin trabas ni cortapisas, el de cada uno contra los demás: ¡diferencia capitalísima! La libertad, entendida así, conduce derechamente á la anarquía, y quien considere el estado actual de las letras, sobre todo en Francia, donde el romanticismo tuvo verdadero carácter militante, notará la lógica y natural evolución del romanticismo, desde la libertad á la licencia, y desde la licencia á la atomística disgregación que presenciamos, y que ha dado por amargo fruto un marcado y notado descenso en el valor de la obra literaria y un divorcio casi total entre el espíritu de las letras y el de los lectores.

Hubo, sin embargo, en el romanticismo un momento de unidad y cohesión aparente, pero bastante para producir una ilusión que todavía dura: hubo aparatosa muestra de compañerismo y fraternidad; hubo lazos de simpatía que remedaron

otros más fuertes y duraderos, y hubo curiosas afinidades temperamentales, gemelismos del *yo*, sobre todo en poetas líricos que tal vez ni se conocían, que habían nacido bajo distintas latitudes, en diferentes esferas sociales; un Byron, un Espronceda, un Pouchkine. Sin duda que analizados estos gemelismos y afinidades, parecerían mucho menores; el análisis descubre la diversidad antes que la semejanza. Espronceda y Byron, por ejemplo, se parecían más en lo adquirido y artificial, que en lo íntimo. Con todo, bastó este género de analogías, que saltaba á la vista, para acreditar la leyenda de las almas hermanas y para que se pudiese escribir con seguridad y leer sin sorpresa que Espronceda, por ejemplo, es el Byron español. La verdad es que, gracias á la emancipación del *yo* por el romanticismo, Byron pudo ser Byron, y cada uno ser cada uno (no se tome á perogrullada). El dictador aclamado por las masas de la revolución romántica es el individuo; en el romanticismo la colectividad desaparece.

De aquí nace la dificultad insuperable con que se tropieza para definir el romanticismo; de aquí que las definiciones más opuestas tengan su parte de verdad; de aquí que en él quepan todas las tendencias y todas las direcciones, proclamadas y defendidas con igual derecho. Hay un curioso opúsculo en prosa, de Alfredo de Musset, que pone de manifiesto esta condición especial del romanticismo. Titúlase el opúsculo—ya lo he nombrado antes—*Cartas de Dupuis y Cotonet*, y su asunto—en que probablemente se inspiró Gustavo Flaubert al planear su prolija novela satírica *Bouvard y Pécuchet*—no es otro sino los apuros que pasan dos honrados provincianos para averiguar desde su rincón el intríngulis de ese romanticismo que tanta bulla mete. Los buenos señores, allá en la *Ferté sous Jouarre*, que es como si aquí dijésemos *Vitigudino*, se devanan los sesos y se dan de calabazadas sin lograr enterarse. Sucesivamente van creyendo que el romanticismo será lo pintoresco, lo grotesco, la exhumación de la Edad Media, el desacato á las unidades de Aristóteles, los aires alemanes importados

por Madama de Staël, la mezcla de lo trágico y lo cómico, la españolería de chambergo y capa, el género histórico, el género íntimo, las rimas con estrambote, un nuevo sistema de filosofía y de economía política, la manía del suicidio, el neocristianismo, la desesperación al estilo de Byron, y hasta el uso de las palabras crudas y gruesas—los Dupuis y Cottonet modernos, entre paréntesis, han solido imaginar que esto último era el naturalismo.—Sumidos en un piélago de confusiones, los dos provincianos consultan á cierto curialete petulante, con ribetes de literato, y éste les informa de que el romanticismo no es nada de cuanto suponen, sino lo infinito y lo estrellado, el ángel y la perla, el lucero que llora y el pájaro que exhala perfume, y por contera lo diametral, lo oriental, lo piramidal y lo vertiginoso... Con tan gallarda explicación huelga decir que Dupuis y Cottonet se quedan turulatos, sudan la gota gorda y entienden el romanticismo todavía menos que antes. La humorada de Alfredo de Musset tiene su miga: el romanticismo puede ser todas las cosas imaginables si consideramos que un canon de su estética manda á cada escritor abundar en su propio sentido y ostentar por fueros sus bríos y por pragmáticas su voluntad.

De esta licencia desenfrenada nace la inmoralidad esencial del romanticismo. «Cuando un siglo es malo—escribe un autor francés—cuando vivimos en épocas en que ni hay religión, ni moral, ni fe en el porvenir, ni creencia en lo pasado; cuando para estas épocas escribimos, bien podemos desafiar y conculcar todas las reglas, derrocar todas las estatuas, divinizar el mal y la fatalidad; quien se llame Schiller, dueño es de escribir *Los bandidos*, y responder de antemano á la posteridad: Mi siglo era así, y como lo he visto lo he pintado.» ¿Quién estampó este juicio austero y pesimista? ¿Fue algún moderno padre de la Iglesia, un Bonald, acaso un Luis Veuillot? No por cierto. Fue el escéptico autor de *Rolla*, fue el libertino cantor de *Namuna*: el mismísimo Alfredo de Musset. El párrafo encierra en cifra el porvenir literario de nuestro siglo,

y anuncia bien claramente ciertos monstruosos delirios que ya registra atónita la historia literaria: el satanismo y el culto al mal erigidos en religión estética dentro del ciclo del decadentismo, y teniendo por sumo sacerdote á un poeta tan grande como Carlos Baudelaire. Espantosas consecuencias de un error de principio: la falsa interpretación del concepto de libertad, que en arte no es un fin sino únicamente un medio, una condición para realizar la belleza.

No sospechaban los románticos del primer período que llevaban en sí germen tan funesto. Aunque clamasen por libertad á todo trance, existía en ellos el instinto de asociación y el deseo de solidaridad. Los cenáculos y el motín del estreno de *Hernani*, que á su tiempo recordaremos, revelaron esta tendencia, y acaso más claramente todavía la demostró el anhelo de tener una cabeza, un caudillo, lo que mejor produce la ilusión de la unidad. En la sangre de la generación que siguió á la de la época imperial, fermentaba la levadura belicosa, herencia de sus guerreros padres, último rezago de la fiebre de gloria y del ansia de conquistas. Al pacífico terreno de la literatura traían ímpetus marciales, y sentían necesidad de aclamar á un capitán, de seguir una bandera y de respirar el olor de la pólvora. El Bonaparte que les faltaba lo encontraron en Víctor Hugo (1).

Encerrar este nombre prestigioso en algunas páginas, es como recoger el mar en un pocillo. No consiste la dificultad en la grandeza literaria de Víctor Hugo, sino en su amplitud: grande es Víctor Hugo sin duda, pero es más amplio todavía que grande. Están en tela de juicio sus méritos: se le discute con encarnizamiento, y no por una obra, sino por cien obras; no por un género, sino por tres ó cuatro en que á la vez marcó su formidable huella; y si en otros poetas, Chateaubriand y Lamartine, por ejemplo, se puede aislar la vida pública de la literaria, en Víctor Hugo se eslabonan y compenetran de tal

(1) Víctor Hugo nació en 1802 en Besançon; murió en 1885 en París.

suerte la política y la literatura, desde la publicación de su primer tomo de versos á los diez y seis años de edad, hasta la del último á los ochenta y pico, que es doblemente difícil ver bien al poeta envuelto en la densa polvareda que el político arremolinó. Por otra parte, el papel político de Víctor Hugo rebasa de los límites de su nación y tiene algo de universal: su voz, en alas del arte, se difunde por los ámbitos de la tierra, y su aspiración, sobre todo en los últimos años de su vida, es á ser algo como Sumo Pontífice de la humanidad, la voz que habla desde lo alto de la montaña del espíritu, y concierta á los pueblos y fulmina á los tiranos. De todo esto no es posible hacer caso omiso, si hemos de fijar la personalidad literaria de Víctor Hugo con sus vigorosos rasgos y su peculiar fisonomía.

Víctor Hugo nació de un noble lorenés de antiguo solar y de una bretona hija de un rico armador de Nantes. Siguió el padre las enseñas de Napoleón y llegó á mariscal no sin glorias y fatigas; guardó la madre en su corazón la fe legitimista y la adhesión inquebrantable á los Borbones, y divididos los esposos por opiniones políticas, enfrióse su cariño, hasta acabar la vida separados. Mientras persistió el lazo que los unía, el niño Víctor Hugo rodó por Europa, en esa existencia nómada de la familia del soldado, á quien los azares de la guerra llevan de país en país, entre riesgos y emociones diarias. Aquellas aventuras sin duda despertaron la fantasía poética de Víctor Hugo, y eran muy propias para exaltarla y para teñirla de vivos colores y llenarla de imágenes y luces. La captura del célebre bandido *Fra Diavolo*, realizada por el padre de Víctor Hugo; la entrada en España arrostrando peligros sin cuento; la estancia en Madrid, son recuerdos indelebles que acompañan á Víctor Hugo y adelantan ya la temprana primavera de su genio. España, sobre todo, no cesa un instante de ocupar la memoria del que á los ocho ó nueve años de edad visitó la Catedral de Burgos, tiritó á pesar de los braseros en las desmanteladas estancias del Seminario de Nobles de Madrid, y al ver desde lejos el Escorial, lo tomó por un inmenso sepulcro.

Si lo que soñamos y lo que vivamente nos representamos tiene realidad en nosotros, no hay cosa más real y auténtica que el españolismo de Víctor Hugo. No importa que al tratar asuntos españoles, á que se mostró aficionadísimo, incurriese en errores muy donosos, demostrados y recontados por el docto hispanófilo Morel Fatio en sus *Estudios sobre España*; el mismo erudito que realiza este trabajo reconoce hasta qué punto actuaban sobre Víctor Hugo las impresiones recogidas, en la niñez, en nuestra patria,—imborrables y profundas.—No fue sólo la memoria, sino la plástica y vivaz fantasía de Víctor Hugo, lo que jamás perdió el sello español. Los críticos que le niegan las condiciones propias del genio francés, le reconocen las de un Góngora ó un Lope de Vega. La energía del claro-oscuro, cualidad maestra de Víctor Hugo, es propiamente española y realza la sombría inspiración de nuestros pintores ascéticos; la amplificación, el énfasis, la pompa y sonoridad del lenguaje, dotes características españolas también. Desde Corneille hasta nuestros días, ningún gran poeta francés fue más español que Víctor Hugo.

Otros recuerdos dominantes de la infancia de Víctor Hugo son los del huerto inculto é inundado de vegetación del convento de las *Feuillantines*, donde jugó con la niña que después llegó á ser su novia y esposa, y donde recibió lecciones de un proscrito, el General Lahorie, á quien un día cazaron los esbirros de la policía imperial en el pabellón donde se refugiaba, y le sacaron de allí para fusilarle, crueldad que encendió en el pecho de Víctor Hugo rencor violento, aunque no inextinguible, como veremos, contra Bonaparte y su causa. Dícese comúnmente que los niños precoces viven poco, y que mientras viven, son enclenques y enfermizos. Víctor Hugo desmintió esta regla: poseyó un organismo robusto y sano: fue un atleta y un patriarca, después de ser el rapaz prodigioso, el chiquillo sublime, como le llamó Chateaubriand. A los catorce años componía una regular tragedia; pocos meses después ganaba el premio en el certamen de la Academia; á los

diez y seis escribía sus primeras *Odas*, que le procuraban alta nombradía; á los diez y siete *Bug Jargal*; á los diez y ocho *Han de Islandia*, tétrica historia de un vampiro: y los admiradores de la lúgubre novela no querían creer que la hubiese ideado el mozalbete lampiño, colorado y rubio, que mostraba los blancos dientes en alegre sonrisa juvenil. Abandonando la carrera militar á que pretendían dedicarle sus padres, la criatura seguía intrépidamente su vocación literaria, y se casaba antes de cumplir cuatro lustros, fundando un hogar feliz sobre la base del producto en dinero de aquel *Han de Islandia*, tan rabioso y tan melancólico. Las mil pesetas en que vendió el manuscrito, fueron el primer pan de los jóvenes esposos, que entre los dos no sumaban treinta y cinco años.

En la juventud de Hugo triunfan los elementos maternos: el poeta es católico y realista ferviente; canta el sacrificio de las vírgenes de Verdun, la trágica suerte del niño martirizado en el Temple por el zapatero Simón, los sufrimientos de la familia real, el supuesto vaso de sangre humana bebido por la señorita de Sombreuil para salvar á su padre, y su espada de caballero se cruza en el aire con la ligera y envenenada saetilla de Béranger, y la rechaza. Aquellas odas, adornadas con blanca escarapela, son el tributo de lágrimas que, tarde ó temprano, había de rendir la poesía á las nobles víctimas de la Revolución.

No se mostró ingrata la Restauración con su precoz vate. El futuro irreconciliable enemigo de los reyes se vió pensionado, colmado de distinciones; cruzó su pecho la Legión de Honor. Descontento, á pesar de todo, inclinado ya al liberalismo por insensible evolución de su mente, y también por el ansia de popularidad que había de aquejarle hasta su hora postrera, aprovechó un incidente curioso para hacer ruidosa profesión de fe bonapartista—el bonapartismo era el liberalismo de entonces.—Consistió el incidente en cierta insolencia, ó, si se quiere, impertinente altanería del Embajador de Austria, que amaestró á un lacayo para que al decirle los Maris-

cales del Imperio sus títulos nobiliarios, los reemplazase, cuando anunciaba, con los apellidos á secas. Tres días después del diplomático agravio á los Mariscales, publicaba Víctor Hugo su memorable *Oda á la Columna*.

Desde aquella fecha figuró en la oposición, y se fundieron tan estrechamente en su persona el revolucionario político y el literario, que apenas se distinguen. En torno suyo se agrupó el Cenáculo, pléyade de pintores, de escultores, de poetas: los hermanos Deschamps, David de Angers, Luis Boulanger, Alfredo de Vigny, Sainte Beuve, Alfredo de Musset; foco de inspiración, tertulia fraternal en que todos se tuteaban, y en que Víctor Hugo tenía que ponerse serio para que no tuteasen á su mujer. Sin premeditarlo, sin declararlo expresamente, reconocían á Víctor Hugo por caudillo y jefe, siguiendo los derroteros que señalaba, y él justificaba su primacía con reiterados ensayos de titán, con la conciencia viva y firme de los nuevos rumbos literarios, probada en el célebre manifiesto de *Cromwell*. Bien pronto su nombre fue bandera; las luchas en pro del drama romántico inflamaron y soliviantaron á la juventud; la aureola de la popularidad, ese don de fanatizar que poseen las reputaciones mixtas, las que salen del terreno del arte puro y se identifican con el movimiento de la opinión en las grandes cuestiones de interés general y humano, levantaron á Víctor Hugo sobre refulgente pedestal, mitad de talco y mitad de bronce. Repasemos sus obras y casi siempre hallaremos aleación de elementos extraños al arte en sus mayores empeños artísticos. La poesía y la elocuencia de Víctor Hugo no se engendran en el alma por misteriosa y divina operación ni explicada ni explicable: vienen de afuera; la invaden, digámoslo así, la arrollan; pasan por ella á manera del torrente por la bóveda del abismo, y salen en bullidora cascada, después de haber salvado los bordes de la sima. Una excepción hay que hacer á esta regla en favor de algunas poesías de las *Contemplaciones*, inspiradas por el único golpe cruel que sufrió en su vida íntima Víctor Hugo: la desgraciada muerte de

su hija Leopoldina. La regla general es que cada volumen publicado por Víctor Hugo representa, además de una obra de arte, una acción, en el sentido más usual y positivo de la palabra, á diferencia de Lamartine, en quien la poesía era meditación y ensueño. Las *Odas y Baladas*, son la acción en favor del altar y del trono; las *Orientales*, la acción en favor de la revolución literaria; *Los castigos*, un puro rasgo de acometividad, la acción contra el segundo Imperio; *Los Miserables*, la acción humanitaria; *El Papa*, la acción librepensadora. Seguid la serie de las producciones de Hugo, y reconstruiréis exactamente las diferentes bases de su vida pública, vida de combate, expresión de fuerza y de actividad devoradora: las campañas en la Asamblea legislativa por la República democrática y social, el destierro voluntario en Jersey y en Guernesey, la tenacidad en rehusar las amnistías, en ser el último que conservó la actitud de protesta, el conciso *no* á la interrogación del plebiscito, la vuelta á Francia en triunfo, los años de la vejez pasados entre el fulgor de la apoteosis y coronados por un entierro en que el entusiasmo y la devoción del pueblo tenían la imponente y aterradora violencia del Océano desencadenado.

No hay que dudarlo: el carácter de la obra de Víctor Hugo por momentos hizo en él, ante la multitud, algo más que un poeta: un semidiós. La prohibición de sus libros, cuyos ejemplares pasaban secretamente las fronteras; las ediciones de cientos de miles de ejemplares en diez idiomas á la vez, los clamores apocalípticos desde el islote convertido en Patmos del espíritu moderno, el papel de apóstol y de profeta desempeñado con tanta seriedad y perseverancia, sacaron á Víctor Hugo de la esfera relativamente modesta y siempre humana en que se mueve el corifeo de una escuela literaria, y le transfiguraron ante su siglo. Yo no sé si los compatriotas de Víctor Hugo pudieron darse cuenta de esta transfiguración asombrosa, como nosotros que la hemos contemplado desde lejos. Lo indudable es que en Francia misma existe el culto de Víctor

Hugo. Nos lo dice Julio Lemaître: el único escritor francés cuyo ataúd fue expuesto á la veneración y á los homenajes de inmensa multitud bajo el arco de triunfo; el único inhumado en el Panteón es Víctor Hugo, indicio cierto de que para el Gobierno y para el público Víctor Hugo ocupa un lugar aparte, es por excelencia el poeta nacional. Regatearle este lugar, colocar á otros poetas en la misma línea, parece todavía á muchos un sacrilegio, y al citado Lemaître, por el delito de sostener que tanto monta Lamartine como Hugo, le hartaron de calificativos injuriosos, poniéndole de envidioso y de reptil (1).

Estar fuera de la crítica, sería para un escritor no menos triste y extraño que para un hombre estar fuera de la humanidad. Desvanecidos los prestigios que se debieron á elementos no artísticos, nunca desaparecerá la legítima gloria de Víctor Hugo, en cuanto artista. En su figura literaria hay tres aspectos que examinar: el poeta lírico, el autor dramático y el poeta épico, ó sea el novelista.

El examen de Víctor Hugo, poeta lírico, ha sido realizado en Francia cuando estaba en su apogeo, y por cierto con gran dureza. Un crítico concienzudo y fundado, Nisard, á quien Víctor Hugo consagró por este hecho un odio á muerte, y á quien con la vehemencia colérica que solía gastar trató de pedante y de asno, fue el primero en someter á revisión los títulos de Víctor Hugo. Nisard (el cual por más señas se llevó una cátedra de literatura á que Víctor Hugo aspiró en balde), representa ese aspecto del ingenio francés, que se manifiesta por reacciones de buen sentido y de equilibrio contra los desates de turbulenta é incondicional aprobación. «La severidad de las críticas de Hugo—escribía Nisard—se explica por la provocativa intemperancia de sus turiferarios y admiradores.» La censura de Nisard pecaba por donde pecar suelen las censuras analíticas, tratándose de un talento tan ancho y cauda-

(1) De esta hugolatría existen también ejemplos en España, aún hoy.

loso como el de Víctor Hugo: justa y exacta en los detalles, no sabía estimar la grandiosidad del conjunto. Reconociendo con Nisard el exceso de colorido, el rechispeo de frases efectistas, la continuidad de la antítesis, el abuso de la lentejuela, lo material y profuso de las descripciones, en que la memoria se sustituye al pensamiento, la prodigalidad asiática de las imágenes, la irrestañable verbosidad, la funesta facilidad de poner en música los lugares comunes, el derroche de imaginación á expensas de la razón sólida y de la sensibilidad honda y delicada; la declamación; la poesía sacada del cerebro y no de la entraña, con otros muchos reparos y objeciones á que da motivo Víctor Hugo, no por eso hemos de convenir con Nisard en que Byron, y sobre todo Béranger, sean superiores al autor de las *Orientales*, y menos todavía en que Víctor Hugo no haya ejercido sobre su época y su país seria influencia. La ejerció, y muy fascinadora. Lo que Nisard dice de Byron, por otros motivos puede aplicarse á Hugo: ni sus amigos ni sus enemigos lo fueron á medias; nadie le puede mirar con indiferencia ni con desdén. Algo más que una curiosidad efímera excitó Víctor Hugo, y su acción es duradera, ya que no en la política ni en la filosofía, en la técnica literaria. No siempre flota Víctor Hugo en la superficie como el corcho; á veces llega al fondo como la piedra. No se muestra justo Nisard cuando dice acerbamente que Víctor Hugo siempre fue *laureado* y nunca *poeta*; nunca creador y dueño de la idea, sino servidor y heraldo de las circunstancias. Con más equidad le juzgaremos nosotros que le vemos desde tan lejos, desde tan abajo, desde tan afuera; nosotros, para quienes no es un ídolo ni un adversario, al saludar su glorioso monumento, sostenido por dos incommovibles columnas: la magnificencia y primor de la forma y la novedad y riqueza fastuosa del lenguaje.

Ingrata sería Francia si no reconociese los beneficios que debe su hermoso y cultísimo idioma al genio renovador de Víctor Hugo; beneficios realmente incalculables, porque cuan-

do un escritor reanima una lengua y le hace transfusión de sangre y de savia vital, no sólo á las obras de ese escritor, sino á las de todos los demás escritores de su época y de las siguientes se extiende el favor y la eficacia de su acción salvadora. En el lenguaje fue Víctor Hugo revolucionario, conquistador y triunfador invicto: por esa victoria merece el nombre de Bonaparte del romanticismo que le atribuí.

«La estrofa tenía una mordaza, la oda arrastraba un grillete, el drama gemía cautivo, cuando yo grité ¡guerra á la retórica y paz á la sintaxis!» Así escribió Víctor Hugo, y después añadía: «¡No haya de hoy más vocablos patricios ni plebeyos! Suscitando en el fondo de mi tintero una tempestad, mezclé la negra multitud de las palabras con el blanco enjambre de las ideas, y exclamé: ¡Desde ahora no existirá palabra en que no pueda posarse la idea, bañada de éter y teñida del azul del cielo!»

Esta impetuosa renovación de la lengua por la ruptura del frío sudario en que se envolvía la momia del clasicismo, no era, nótese bien, una concesión á la inferioridad de los débiles, como suelen ser las reivindicaciones de libertad literaria: Víctor Hugo, al refrescar la tradición de Villon y de Ronsard, al pedir al idioma todos sus recursos, y al diccionario todos sus tesoros, y á la gráfica frase usual todos sus encantos de sinceridad y verdor, toda su energía popular y á veces arcaica, no facilitaba la tarea de los que hubiesen de seguirle: al contrario, la dificultaba, haciendo del verso francés una obra de arte de consumada perfección, labrándolo á cincel y martillo, con el vigor de un Benvenuto Cellini ó un Juan de Arfe. En este respecto, la superioridad de Víctor Hugo sobre Lamartine es de cien codos: como artista, como ejecutante, hay que otorgar á Víctor Hugo un puesto único, una silla propia. La maestría no la adquirió laboriosamente; era en él don natural, y apenas quebrantó las ligaduras clásicas que aún le ataban en sus primeras odas, apoderóse del dominio de la forma y la palabra, de los secretos del arte, y hasta los úl-

timos límites de la vejez fue el artífice maravilloso, el rey de la forma.

Los críticos suelen citar el siguiente pasaje, en que Víctor Hugo se define á sí mismo: «Su cabeza es horno ardiente, donde se caldea su ingenio, y lanza el verso de bronce, hirviendo y humeante, en el misterioso molde del profundo ritmo, de donde se alza la estrofa desplegando sus alas por el ancho firmamento. El amor, la muerte, la gloria, la vida, la ola, que pasa seguida por otra ola, todo soplo, todo rayo, hacen chispear y relucir su alma de cristal, su alma polifónica, de miles de voces, puestas por Dios en el centro de todas las cosas como un sonoro eco.»

Hay que llamar miope á Nisard cuando no ve la omnimoda influencia artística de Víctor Hugo. Sólo un tomo de sus poesías, las *Orientales*, ejerció tal acción, que de él procede la doctrina del arte por el arte, una de las direcciones capitales de la estética moderna: la realización de la belleza por medio del carácter, el fondo sacrificado á la forma, y ésta llevada á tal grado de perfección que engendra la impasibilidad, el esoterismo ú ocultismo artístico y el pagano culto de la belleza pura. Nadie practicaba menos que Víctor Hugo esta doctrina; nadie más sediento que él de popularidad, más enemigo del aislamiento, más abrazado á la opinión, más codicioso de sus halagos; y sin embargo, de Hugo proceden los impasibles, los sacerdotes del ideal artístico, retirados á la montaña, y la escuela parnasiana de Leconte de Lisle.

Lo más digno de admiración en la poesía lírica de Víctor Hugo es la fuerza propia, la electricidad y el calor que presta á las palabras. El creía que la palabra no es un casual consorcio de sonidos, sino un organismo, y que una ley vital, oculta é inefable, preside á su génesis y á su desarrollo. Antes de Hugo las palabras eran signos representativos de las ideas; Hugo las atribuyó valor propio, musical, pictórico y hasta sensual y psicológico, y en este respecto descienden del maestro no sólo Flaubert y Goncourt, los coloristas y los tallistas y la-

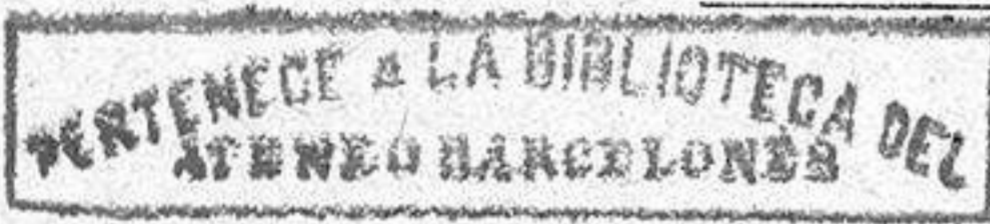
pidarios del verbo, sino los decadentistas y simbolistas, como Verlain y Mallarmé. Donde mejor demostró Víctor Hugo la vitalidad de las palabras, fue en la sátira y en la invectiva. La sátira no razona, porque si razonase, si probase, si apelase al juicio, dejaría de ser sátira; por el camino de la explicación se llega á la indulgencia, ó, cuando menos, á la equidad. La sátira se hace casi sin ideas, con palabras acres, espumantes, sardónicas, palabras que son latigazos y gotas de plomo dretido; y esas palabras de fuego y de corrosiva ponzoña, nadie las supo engastar en el verso como Víctor Hugo, nadie las hizo destellar así á la lívida luz de la cólera, como sangrientos carbunclos ó llameantes rubíes. Los *Castigos*, el tremendo libelo contra el golpe de Estado del que Hugo llamó *Napoleón el pequeño*, son en su género una obra maestra. Hay momentos en que recuerdan los apóstrofes de los profetas bíblicos, y suenan como el retumbar del trueno ó la voz de muchas aguas de que habla la Escritura. El efecto de una poesía tal es en cierto modo material y físico, abrumador y aplastante como un golpe de maza sobre la nuca, y sólo se puede escribir en semejante estilo desde la soledad que hipnotiza y el destierro que exalta, desde un peñón de la costa batido por el mar tumultuoso, turbio, confuso y rugiente como el alma del poeta.

Cuando quise saludar en París á Víctor Hugo, ya muy anciano, recuerdo que me preguntaron algunos franceses, de los muchos que le querían mal ó empezaban á burlarse de él: «¿Por qué va usted á verle?»—«Porque es el último representante del romanticismo»—contesté yo.—«¡Ya lo creo!—con malicia replicaron;—como que se ha empeñado en enterrar-nos á todos y en que le hagan el centenario en vida». Eran injustos mis interlocutores. Víctor Hugo fue el último romántico, no por viejo, sino porque merced á sus facultades prodigiosas, la escuela se sobrevivió á sí misma; porque defendió y mantuvo enhiesto el pendón del lirismo romántico, y, según la exacta frase de Brunetière, se atravesó en el camino de la

evolución literaria, situándose á manera de dique ante la corriente de las nuevas direcciones. No cabía entonar el funeral del romanticismo mientras aparecían las *Contemplaciones* y los *Castigos* y estaba en su apogeo el genio lírico de Víctor Hugo.

EMILIA PARDO BAZÁN.

DISCURSOS A LA NACIÓN ALEMANA



DETERMINACIÓN MÁS PRECISA DE LA EDUCACIÓN NACIONAL ALEMANA

La primera parte de la nueva educación nacional alemana consiste en conducir al alumno, en primer término, á notar claramente sus sensaciones, luego sus ideas, y en desarrollar á la vez progresivamente sus aptitudes físicas. En lo que se refiere á la formación de la imagen intuitiva, poseemos un método muy exacto, formulado por Pestalozzi; él y sus inmediatos colaboradores, llamados á resolver este problema, darán fácilmente, en punto á la formación de la sensibilidad, el método de que aún carecemos. Resta por determinar el que ha de proveer al desenvolvimiento paralelo de las fuerzas físicas; pero ya hemos indicado lo necesario para resolver ese problema, y si la nación pone en ello algún empeño, bien pronto se determinará. Toda esta parte de la educación es sólo un medio para preparar la segunda y esencial parte de ella, la referente á la educación civil y religiosa. Sobre este asunto hemos dicho en general todo lo necesario en el segundo y tercer discurso, y nada más hemos de añadir. Señalar un método determinado á la pedagogía de esta segunda educación natural, conforme al plan y á las ideas pedagógicas de Pestalozzi, tarea es que incumbe á esa filosofía que propone una educa-

ción alemana; y ciertamente no dejará de hacerlo, una vez que se aplique el método de la primera parte. Todo discípulo, por humilde que sea su extracción, ya que el nacimiento no crea ninguna diferencia en las aptitudes, podrá entonces penetrar fácilmente y comprender sin tropiezo la enseñanza contenida en la metafísica más profunda y resumir las especulaciones más abstractas, por más que aun los sabios y los metafísicos de hoy día encuentren trabajoso el comprenderla; no nos perdamos, pues, en vacilaciones y dudas de todo género sobre este punto; si se ensaya, aun cuando no sea más, la primera parte, el porvenir mostrará sus resultados. Pero como nuestra época ha sido hasta ahora esclava de las nociones vacías, sin penetrar nunca en el mundo de la verdadera realidad y de la visión clara, no debemos esperar que llegue á esa clara visión empezando por lo más elevado é intelectual de las ideas. La filosofía debe, ante todo, exhortarla á que abandone aquellas ideas vacías y se forme otras; pero estos esfuerzos quizá sean inútiles al principio, y no debemos asombrarnos de que lo sean. Por el contrario, el discípulo de nuestro sistema educativo, familiarizado desde el comienzo con ese mundo de la visión clara, é ignorante de todo otro, no tendrá por qué cambiar, bastándole elevarse cada vez más, cosa que se producirá en él muy naturalmente. Esta educación, es, pues, según antes lo indicábamos, la única posible para la filosofía y el único medio de hacerla universal.

Con esa cultura civil y religiosa terminará la nueva educación, pudiendo ser abandonado ya el alumno, después de haber alcanzado por primera vez el fin de la educación tal como nos lo propusimos.

Pero nunca deberá excitarse en el alumno esa facultad del conocimiento claro sin mover al propio tiempo su amor hacia el objeto de ese conocimiento mismo, único medio de hacerlo realmente vivo; y de igual manera, no deberá despertarse ese amor sin un conocimiento claro, pues si no tendríamos un amor ciego. Pestalozzi estará seguramente de acuerdo

conmigo en cuanto al principio fundamental de nuestra educación, á saber: el despertar y el desarrollo espontáneos y progresivos de la sensación y de la idea clara..... El niño tiene una inclinación natural por la claridad y el orden, cuya satisfacción le llena de alegría y de placer, en tanto que nuevas obscuridades, excitando otra vez esa inclinación á poner en claro sus conocimientos, le conducen á nuevas satisfacciones, y la vida se desliza así en el amor y el placer de saber. Ese amor constituye un lazo entre cada individuo y el mundo del pensamiento, representando, pues, el punto de unión entre el mundo de los sentidos y del espíritu. Mediante ese amor, se desarrolla fácilmente y con toda seguridad la facultad de conocer esas nociones que, hasta hoy día, no se desarrollaban sino por casualidad y en algunos hombres privilegiados.

Pero existe todavía otro amor que une á unos hombres con otros y constituye de todos los individuos una comunidad racional que participa de las mismas ideas. El primer amor de que hemos hablado, forma el conocimiento: éste, forma la vida ordinaria y conduce al individuo á realizar en sí y en los demás los objetos de su conocimiento. Poco significaría mejorar tan sólo la educación de los sabios, puesto que la educación nacional que deseamos se propone formar hombres y no sabios ante todo, y es claro que deberá desarrollar tanto el segundo amor como el primero.

Pestalozzi habla (1) de esos objetos con un entusiasmo que eleva el espíritu, aunque debemos confesar que nos ha parecido todo lo menos claro posible en lo que respecta al desarrollo metódico de aquel amor. Nos vemos, pues, obligados á exponer nuestras propias ideas en cuanto al fundamento de la nueva educación.

(1) *Ideas, experiencias y medios para el establecimiento de un sistema de educación fundado en la misma naturaleza humana. (Ansichten, Erfahrungen und Mittel zur Beförderung einer der Menschennatur angemessenen Erziehungsweise.)* Leipzig, 1807.

Créese generalmente que el hombre es egoísta por naturaleza y que el niño nace ya con esa tendencia, pudiendo sólo la educación suministrarle un móvil moral para sus actos; pero esta opinión reposa en una observación muy superficial de las costumbres, y es absolutamente falsa. De nada, nada puede hacerse, y por muy lejos que se le impulse, el desarrollo de una inclinación natural no podrá jamás producir la inclinación contraria; ¿cómo, pues, podrá la educación desarrollar en ningún momento la moralidad en el niño, si no existe ya originalmente en él antes de toda educación? Esa moralidad existe pues, realmente, en todos los niños, desde los comienzos de su vida: la cuestión consiste en determinar cuál sea la forma más primitiva y pura en que haya de manifestarse.

Las especulaciones más abstractas y las observaciones generales, están conformes en este punto, á saber: que esa forma más pura y primitiva es el deseo de la estimación, y el único objeto posible de esa estimación consiste en lo que es moral por excelencia: el derecho, el bien, la veracidad, la fuerza de dominarse á sí mismo. En el niño, esta inclinación manifiéstase en el deseo de ser estimado por quienes le merecen á él la más alta estimación, y ese deseo—prueba cierta de que el amor no procede del egoísmo—dirígese preferentemente al padre, más severo, más á menudo ausente y cuyos beneficios le aparecen menos inmediatos, y no á la madre, cuya bondad tiene, sin embargo, presente á todas horas. El niño quiere que el padre se fije en él y busca su aprobación, no hallándose satisfecho de sí propio si no ve satisfecho á su padre; y éste puede obtener fácilmente, valiéndose de ese amor, una obediencia muy difícil y una completa renuncia de sí mismo, puesto que el niño obedece con alegría para merecer la aprobación de su padre. Pero también este amor pide que el padre advierta los esfuerzos del hijo por ser bueno, y que haga ver que los advierte, manifestando su alegría cuando puede aprobar tanto como su descontento si desapruueba, y haciendo, en fin, comprender que no desea sino estar siempre contento de su hijo y

que todas sus exhortaciones tienen por fin único hacerlo mejor y más digno de estima; todo lo cual fortifica, vivificándolo continuamente, ese amor del niño, y le da nuevas energías para nuevos esfuerzos. Por el contrario, con la falta de esa estimación, ó merced á una desaprobação injusta y persistente, sufre aquel amor, y aun se convierte en odio, si el egoísmo penetra en la manera de tratar al niño, castigándolo como por un crimen de lesa majestad por cualquier insignificante desperfecto ocasionado por falta de prudencia. Considérase entonces el niño como un instrumento, y pierde el sentimiento, aún obscuro, pero efectivo, de su valor personal.

Apoyemos esto con un ejemplo. ¿En virtud de qué el niño une la vergüenza al disgusto que le causa la corrección, y en qué consiste esa vergüenza? Evidentemente, es el sentimiento del desprecio de sí mismo lo que fatalmente se une en él á la prueba cierta del descontento de sus padres y educadores. He aquí por qué en las escuelas donde ese sentimiento de vergüenza acompaña al castigo, toda educación es perdida; el niño no ve entonces en la corrección más que un acto de violencia, por encima del cual se levanta con orgullo, y del que se ríe.

Este lazo que une á todos los hombres en un mismo sentimiento, y cuyo desarrollo forma parte esencial de la educación humana, no es, por tanto, un amor material, sino más bien un deseo elevado de recíproca estimación. Este deseo se manifiesta de dos maneras: el niño pasa de su ciega estimación por los mayores al deseo de ser estimado por ellos; y conforme á esa estimación, tomada como medida común, aprecia el grado de ella que puede aplicarse á sí propio. Esa confianza en los demás para la apreciación de la estima que él merece, forma incluso el carácter fundamental de la infancia y de la juventud, y merced á ella se hacen posibles la educación y la elevación á la dignidad de hombre hecho. Pero éste posee en sí mismo la medida de su propia estimación y no desea ser considerado por los demás sino en tanto que ellos son dignos de su propia estima; en él, la inclinación natural de que antes hablábamos

se expresará, pues, por el deseo de estimar á los demás, á la vez que por tener él mismo una conducta digna de aprecio. Si esa inclinación no fuese natural en él, ¿de dónde procedería que aun el hombre medianamente bueno sufra de ver á los otros hombres peores que él se los figuraba, y de sentirse obligado á menospreciarlos? ¿No debería, por el contrario, considerarse feliz su egoísmo por sobrepujar orgullosamente á los demás merced á la elevación de sus sentimientos? El educador debe desarrollar ese segundo carácter del hombre formado, de igual manera que habrá de apoyarse en el primero cuando se trate del niño. El fin de la educación, desde este punto de vista, consiste, pues, precisamente en llegar á la mayor edad en el sentido que hemos indicado; y mientras no alcanza este fin, no puede decirse que la educación es acabada y completa. Conviene saber que, hasta el presente, muchos hombres han permanecido siendo niños durante toda su vida, sintiendo, pues, necesidad, para alcanzar su propia estimación, de verse alabados por los que les rodean, aunque nada bueno hayan hecho. Con ellos contrastan unos pocos caracteres firmes y resueltos, capaces de elevarse por encima de los juicios ajenos y de bastarse á sí propios, los cuales, por esto mismo, son ordinariamente objeto de odios, mientras que aquéllos, incapaces de hacerse estimar, logran, no obstante, hacerse querer.

Toda educación moral se funda necesariamente en el conocimiento, en la personalidad del niño, de esa inclinación que hay que suponer firmemente establecida, averiguando sus manifestaciones, desarrollándola cada vez más, excitándola progresivamente mediante la presentación de objetos capaces de satisfacerla. El método que en ello ha de seguirse consiste en proponerle siempre cosas morales, únicas que le convienen. Así, por ejemplo: el saber lleva en sí mismo su encanto y su recompensa; no deberá, pues, premiarse la aplicación ordinaria, sino reservar las recompensas para los trabajos extraordinarios, que suponen un esfuerzo para dominarse á sí propio; aunque bueno será advertir que esos trabajos voluntarios, que

traspasan las ordinarias exigencias, rara vez se presentarán en la educación nacional y universal. El discípulo, pues, aprenderá lo que deba, verdad que se comprende por sí misma, y de la cual es inútil decir nada más; algunos discípulos aprenden más rápidamente y mejor que otros, pero esto es un puro don natural, que no merece ni recompensa ni distinción alguna, y que, sobre todo, no debe cerrar los ojos en punto á otros defectos. El campo propio de acción de aquella tendencia deberá buscarse tan sólo en el lado moral; pero la fuente de toda moralidad es el dominio de sí mismo, el imperio sobre la propia voluntad, la subordinación de las inclinaciones egoistas individuales á los intereses generales y comunes. Esto, y no otra cosa, es lo que deberá valer al discípulo la aprobación de quien lo educa, aprobación que su naturaleza espiritual le hace desear para su satisfacción íntima, á que la educación le ha acostumbrado. Hemos dicho en nuestro segundo discurso que hay dos maneras muy diferentes de subordinar el yo personal al todo. La primera, que á nadie puede dispensarse en lo más mínimo, es la sumisión á las leyes de la Constitución social, establecida para la buena ordenación del conjunto. Quien las obedezca no podrá ser censurado, pero tampoco tendrá derecho á oír alabanza alguna; por el contrario, quien las conculque será desaprobado y censurado públicamente si la falta ha sido pública, y si esto no basta, se añadirá un castigo proporcionado. La segunda especie de subordinación del individuo al todo, no es exigible, sino que se realiza por pura buena voluntad, y consiste en aumentar y desarrollar, mediante sacrificios voluntarios, el bienestar de los demás. Para inculcar al discípulo desde sus primeros años la idea de la relación que existe entre la simple legalidad y esa segunda virtud de orden superior, convendrá permitir á los que observen rigurosamente la simple legalidad, ciertos sacrificios voluntarios, que servirán de recompensa por esa sumisión á la pura ley, debiendo negarse esa facultad á quien todavía no esté seguro de sí propio en cuanto al respeto á las leyes. Llevamos ya indica-

das más arriba qué cosas pueden ser objeto de esos sacrificios voluntarios; pero las concretaremos todavía más en lo que sigue. Concédase á los antes citados una aprobación activa, palabras que los exciten y animen, pero no recompensas públicas que pudieran corromper el carácter, llenarlo de vanidad y apartarlo de su primitiva independencia: todo deberá hacerse en la intimidad y sin que medie más que el discípulo mismo. Esa aprobación no debe ser más que la expresión exterior de la buena conciencia del discípulo y la afirmación de su contentamiento interior y de su propia estima. Constituirá esto nueva fuerza animadora para confiar más y más, en lo porvenir, en las propias fuerzas. Donde existan, como de ordinario se supone, varios maestros y maestras, cada niño podrá escoger libremente, conforme su confianza y sus sentimientos, á uno de ellos por amigo particular y consejero de su conciencia. A él pedirá consejo cuantas veces halle dificultades para obrar bien, y el maestro le ayudará con amistosas excitaciones; será su confidente en los sacrificios voluntariamente realizados, y, en fin, su aprobación coronará todas las buenas acciones del discípulo. Gracias á esos consejeros de conciencia, podrá la educación ayudar á cada uno de los educandos para que alcance, á su manera, un grado cada vez mayor en el arte de vencerse y dominarse á sí propio. La firmeza y la independencia que deben completar la educación y redondearla para lo porvenir, convirtiendo al discípulo en dueño de sí propio, se desarrollarán así de un modo progresivo. Cuando posea ambas cosas plenamente, entonces determinará el campo de su acción moral, verá con claridad lo que se encierra en ese mundo, y le será posible prescindir del testimonio ajeno, ya que puede juzgarse bien á sí propio. Cuando á esto llegue será mayor de edad.

Hemos llenado con lo dicho todos los vacíos que había en anteriores explicaciones, y, por tanto, nuestro plan queda dispuesto para la ejecución. Ese contentamiento interior en el derecho y el bien por ellos mismos, es lo que debe sustituirse

á la esperanza de recompensas y al temor del castigo, únicos medios materiales que hasta hoy día se han usado, y debe ser el único móvil de toda la vida futura: tal es el principio fundamental de nuestros propósitos. La primera cuestión que ahora se plantea es esta: ¿Cómo crear ese contentamiento interior? Si hemos de hablar con exactitud rigurosa, no puede *crearse*, porque el hombre no puede sacar cosa alguna de la nada. Si nuestro plan es capaz de realización en algún momento, hay que suponer que esa satisfacción interior existe originalmente y es apetecida absolutamente por todos los hombres. Y así es, en efecto. Todo niño, sin excepción, quiere ser bueno y justo; pero no se trata en manera alguna del bienestar material que todo animal joven apetece. El amor es el elemento fundamental del hombre; existe por igual razón que el hombre perfecto, y nada cabe añadirle, puesto que se agita independientemente por encima de las manifestaciones progresivas de la vida sensible. El único bien á que se contrae esa vida es el conocimiento claro que juntamente con ella se desarrolla. Pero este desarrollo se produce lentamente, al compás del tiempo. ¿Cómo, pues, podríamos asegurarlo, juntamente el ejercicio de ese amor innato, durante los años de ignorancia, hasta el momento en que la aparición del conocer claro convierta en ordenado conjunto las nociones del bien y del derecho á las cuales ha de enlazarse ese contentamiento moral, móvil futuro de la conducta? La naturaleza, inteligente, ha resuelto por sí misma esas dificultades. La conciencia que nace en el yo íntimo del niño, se exterioriza á sus ojos y toma cuerpo en el juicio de los hombres formados. Hasta que en él se muestre un juez razonable, su inclinación natural le llevará hacia esa edad madura en que ha de residir su conciencia exterior mientras la suya no se desarrolle en él mismo.

La nueva educación debe reconocer esta verdad, desconocida hasta ahora, y orientar hacia el Derecho ese amor que existe en nosotros aun antes de que ella intervenga. Hasta hoy día, ese candor y esa ciega confianza del niño en la superior

perfección de los hombres ya hechos, no han sido por lo común utilizados sino para corromperlo; su inocencia y su confianza natural en nosotros nos han permitido inculcarle, en vez del bien que interiormente desea, nuestro mal, que él hubiese huído con repugnancia si le hubiera sido posible reconocerlo, y eso lo hemos hecho antes de que el niño pudiese distinguir entre el bien y el mal.

Tal es la falta más grave que pesa sobre nuestro pueblo, y ella nos explica el por qué vemos á diario que los hombres son tanto más perversos y egoistas cuanto más avanzan en edad y más se alejan de la de inocencia primitiva, que, no obstante, subsiste en ellos todavía en forma de algunas aspiraciones hacia el bien, y eso demuestra igualmente que la generación actual, si no se la aísla en absoluto, dejará necesariamente tras de sí una posteridad más corrompida, que producirá una descendencia todavía peor. También ha podido decir con toda exactitud un educador del género humano, que valdría más para esas gentes atarles desde luego al cuello una piedra y sumergirlas en lo más profundo del mar. Es calumniar á la naturaleza humana pretender que el hombre nace ya en el pecado; si fuese así, ¿cómo podría existir en él esa idea del pecado, que sólo puede formarse por oposición con su contraria? Únicamente la vida puede hacer pecadores; y hubo un tiempo en que, efectivamente, la vida humana no era, por lo común, sino el desarrollo cada vez mayor de esa pena.

Todo lo que acabamos de decir prueba con nueva evidencia la necesidad de organizar desde luego una escuela en que se realice la nueva educación. Si cupiera alejar la juventud futura de todo contacto con las personas de edad madura y dejar que creciera sin educación alguna, podría ensayarse el resultado de esta experiencia. Pero si la dejamos en nuestra compañía, se educará por sí misma á nuestra semejanza, y aun sin nuestra voluntad y *mal que nos pese*, puesto que nuestra manera de obrar se le impondría como modelo y la juventud no desearía sino imitarnos. Pero la mayoría de nosotros está

absolutamente equivocada, á menudo contra su deseo, porque nosotros mismos, tan inocentes como nuestros hijos, creemos que ese estado antinatural es el bueno; y aunque pudiéramos separar, incluso ante esos niños, lo que una repetida costumbre ha convertido en segunda naturaleza nuestra, ¿cómo podríamos cambiar nuestro antiguo y tradicional espíritu en uno nuevo? Es inevitable que los niños se corrompan con nuestro contacto: y si sentimos algo de amor hacia ellos, deberemos alejarlos de nuestra atmósfera corrompida y proporcionarles un medio más puro. Deberíamos colocarlos en la compañía de los hombres que (hasta donde sea posible y sean como fueren en su fondo) posean la costumbre de pensar que los niños los observan, de contenerse por esto mismo, y que sepan también cómo deben conducirse ante ellos; y no debiéramos traerlos de nuevo á nuestra sociedad antes de que hubiesen aprendido á odiar completamente nuestra corrupción, sabiendo así que están á cubierto de toda mancha.

He aquí los puntos que hemos juzgado necesario desarrollar en punto á la educación moral, considerada en sus términos generales.

Los niños deben, pues, ser separados totalmente de los hombres ya hechos y permanecer solos con sus maestros y educadores, como repetidamente hemos dicho. Por de contado, ambos sexos deben educarse de la misma manera. Constituyendo escuelas completamente distintas para las niñas y los niños, procederíamos en absoluto contra el fin que perseguimos, y destruiríamos muchos principios fundamentales de la educación de un hombre perfecto. Las materias objeto de la enseñanza son iguales para ambos sexos, cabiendo mantener fácilmente la diferencia en los trabajos manuales, aunque se mezcle el resto de la educación. La reducida sociedad en que ha de formarse el hombre debe, como la sociedad más amplia en que ha de entrar luego, componerse de los dos sexos; los cuales deben aprender desde el comienzo á conocer y amar el uno en el otro la humanidad, á procurarse amigos y amigas antes

de que puedan fijarse en la diferencia de sexos y se conviertan en esposos y esposas. Las relaciones entre los sexos, es decir, la protección fuerte de un lado, la ayuda amorosa de otro, deben ocupar un sitio en la nueva educación y los alumnos deberán aprenderlas.

Si hubiéramos de proceder ahora á la ejecución de nuestro proyecto, lo primero que deberíamos hacer sería fijar leyes para la organización interna de esas casas de educación. Si se han comprendido bien los principios desarrollados por nosotros, la tarea será fácil y no hay para qué nos detengamos aquí en ella.

Una de las exigencias fundamentales de esta nueva educación nacional es que debe dar entrada á los trabajos manuales, de modo que la escuela parezca, á los discípulos cuando menos, que se basta á sí propia, y que cada cual sea educado en la persuasión de que contribuye á ello con todas sus fuerzas. Sin hablar de la economía y de los recursos exteriores con que debe contar nuestro plan, debe notarse que aquel fin de la educación no se logrará si no es conformándose enteramente á nuestro método; porque, en efecto, los que sólo reciben la educación nacional general están destinados á formar parte de las clases obreras y se les deberá educar para convertirlos en buenos trabajadores; y por otra parte, la convicción de que puede uno bastarse á sí propio en la vida, sin depender de auxilio ajeno, forma parte de la independencia personal y es una condición de la moral en bastante mayor grado de lo que comúnmente se cree. Será preciso, pues, renovar también otra parte de la educación que hasta hoy se ha dejado entregada al azar: la educación doméstica, que no ha de entenderse conforme al sentido limitado de la economía, sino desde el punto de vista superior de la moralidad. Nuestra época considera á menudo como principio absoluto que es preciso adular, arrastrarse, dejarse utilizar en cualquier forma si se quiere vivir, y que no cabe que las cosas ocurran de otro modo. Para reconciliarla con el principio opuesto, según el

cual vivir así no es vivir, sino morir, no basta mostrarle como norma el heroísmo, sino que es necesario enseñarla á que la practique, á vivir con honor. Estudiemos de cerca las personas que se distinguen por una conducta deshonrosa, y siempre hallaremos que no han aprendido á trabajar ó que detestan el trabajo y nada entienden en punto á los asuntos de la casa. En esto se funda la exigencia de que nuestro alumno debe habituarse al trabajo, y con esto quedará á salvo de la tentación de emplear, para asegurar su existencia material, medios injustos; debiendo ser uno de los principios que más fuertemente se impriman en el fondo de su corazón, que es vergonzoso para él sacar los medios para su existencia de otra fuente que su propio trabajo.

Pestalozzi quiere ocupar al alumno en un cúmulo de trabajos manuales, á la vez que estudia. No negamos la posibilidad de semejante mezcla, á condición, como él mismo dice, de que el niño conozca ya bien el trabajo manual; mas creemos que este proyecto deriva de la limitación del fin primitivo que Pestalozzi buscaba. La enseñanza debe, á juicio nuestro, ser considerada y presentada como cosa tan sagrada y digna de respeto, que la atención del discípulo ha de estar dedicada á ella por entero, sin dividirse en otros asuntos. Si durante los años que los discípulos pasan en el taller se les instruye, á las horas de trabajo, en ejercicios manuales, como coser, hilar, etc., convendrá, á nuestro juicio, añadir á esto ejercicios intelectuales en común, salvo que entonces el trabajo manual ocupará el sitio preferente y los ejercicios intelectuales se considerarán como puro juego y diversión.

Todos estos trabajos manuales inferiores deben, en general, ser considerados como secundarios. El trabajo manual superior será el del campo, la jardinería, el cuidado de los animales, en suma, todos los menesteres materiales que sean necesarios en aquel Estado en miniatura. No hay que decir que la parte de trabajo que á cada cual se exija será proporcionado á sus fuerzas corporales y á su edad, debiendo el resto con-

fiarse á máquinas ó instrumentos que se inventen. El fin principal consiste en hacer comprender á los alumnos, hasta donde sea posible, los fundamentos de lo que hacen; para lo cual deberán conocer, en la medida necesaria para su trabajo, lo que concierne al desarrollo de las plantas, costumbres y necesidades de los animales, leyes de la mecánica. De este modo, su educación será un curso metódico sobre los oficios que más tarde tendrán que ejercer, y esta visión directa formará en ellos *cultivadores* reflexivos y pensadores; ennoblecerá y espiritualizará el trabajo mecánico, y hará de él, juntamente, una cosa cuyo sentido se comprende y que asegura la satisfacción de las necesidades materiales de la comunidad; y así, aun viviendo con los animales y con la tierra, el discípulo no abandonará el dominio de las cosas espirituales y no descenderá al puro mundo material.

La ley fundamental de este pequeño Estado doméstico consistirá en no emplear para el alimento, el vestido, etcétera, nada que no haya sido fabricado y producido en el mismo círculo social. Si tuviese necesidad de recurrir al exterior, se le facilitarán cosas en especie, como todo lo que posea, y sin que los alumnos sepan que se ha aumentado el capital; ó bien se verificará el donativo como préstamo reembolsable á fecha fija. Para que la comunidad se baste á sí propia, cada cual trabajará con todas sus fuerzas, sin pedir jamás cuentas ni considerarse con derecho á la menor propiedad en las cosas comunes. Cada cual sabrá que se debe enteramente al todo, y que con él será feliz y sufrirá. De este modo poseerá una imagen clara de la honrada independencia del Estado y de la familia de que algún día formará parte, y de la relación que sus diferentes miembros mantienen unos con otros; y, además, estos principios echarán en su carácter raíces indestructibles.

Ahora, tras estas nociones sobre el trabajo manual, tendremos que hablar de la educación de los sabios, que es sólo una parte de la educación nacional universal, en la cual se apoya. Digo que esa educación del sabio es una subdivisión

de la educación nacional universal. No estudiaré aquí si el hombre que se cree con recursos suficientes para estudiar ó para entrar en las clases cultas de antaño, podrá seguir la forma antigua de la educación científica; á la experiencia corresponde mostrar la figura que harán los más de estos sabios al lado del hombre del pueblo salido de la escuela de la nueva educación, si llega ésta á realizarse; y en cuanto á compararlos con los sabios verdaderos formados en la nueva escuela mediante nuestra educación científica, ni aun pienso en ello. Sólo hablaré de la educación de los sabios conforme á la nueva pedagogía.

Según ella, el sabio futuro deberá pasar previamente por la educación nacional común, recorriendo completamente toda su parte primera, que desarrollará sus conocimientos en el dominio de la sensación, de la inteligencia y de todo lo que con esto se relaciona. Unicamente los niños que muestren un talento especial para los trabajos intelectuales y notable inclinación por el mundo de las ideas, tendrán derecho de abrazar esta nueva carrera; pero, dentro de estas condiciones, deberá estar abierta para todo alumno que posea tales cualidades, sin detenerse en diferencias de origen ó de nacimiento, porque el sabio no existe para su utilidad personal, sino que todo talento constituye una propiedad de la nación, que no debe arrebatársele.

Quien no llegue á ser sabio, tiene por misión mantener por sí mismo á la humanidad en el grado de civilización que ha conquistado, mientras que el sabio debe aumentar ese progreso según nociones claras y conforme á los principios de un arte razonado. Ha de hallarse el sabio, merced á su conocimiento de la época actual, siempre dispuesto á adivinar lo porvenir y á prepararlo en lo presente de manera que facilite su progreso. Para ello debe poseer una noción clara del estado de cosas anterior, ser libre y sin trabas en su pensar puro, independiente del mundo de las apariencias, y poseer su idioma hasta las raíces vivas y creadoras, á fin de poder comunicar

sus ideas. Todo esto exige una actividad espiritual y ajena á toda dirección extraña, de igual modo que el poder de reflexionar en sí mismo; y he aquí por qué el sabio futuro deberá estar acostumbrado á tales ejercicios y no pensará bajo la mirada de un maestro perpetuamente presente, como le sucede al que no es sabio; ello requiere una gran cantidad de conocimientos complementarios, completamente inútiles para el que no siga este camino. El trabajo del sabio y la tarea diaria de su vida consiste en esas reflexiones personales, y en este trabajo es en el que hay que adiestrarlo, exceptuándolo de otros de carácter mecánico. La educación nacional común ha elevado ya á la dignidad de hombre á ese sabio del porvenir, que ha tenido que seguir para ello los mismos cursos que los demás, debiendo ejercitarlo en la reflexión en que debe vivir durante las horas que los otros alumnos dedican al trabajo manual. Las nociones generales sobre el trabajo agrícola, las artes mecánicas y otros trabajos manuales destinados á formar el hombre, las posee ya, porque durante su permanencia en la primera clase de la nueva educación ha debido adquirirlas. Pero es evidente que se le deberá dispensar todavía menos que á ningún otro de los ejercicios corporales. En cuanto á las materias particulares de la instrucción del sabio, no entra en el plan de estos discursos el indicarlas, como tampoco el método que haya de seguirse.

JUAN T. FICHTE.

DOMINACIÓN Y GUERRAS DE ESPAÑA

EN LOS PAÍSES BAJOS

RELEVO DEL DUQUE DE ALBA

Pocas personalidades presenta la historia cuyo carácter sea tan fácil de juzgar, y pocas, sin embargo, tan apasionadamente calificadas y discutidas como la de D. Hernando de Toledo, Duque de Alba y gobernador de los Estados Bajos por el Rey Don Felipe II. Mas para que aquel juicio se halle libre de estos apasionamientos, menester será que nos coloquemos en pleno siglo XVI, es decir, en el medio social en que vivió el caudillo de los ejércitos españoles en Alemania, Italia y Flandes. Alba era no sólo el mejor general de que disponía Don Felipe, el más fiel intérprete de su política y de sus aspiraciones personales, sino la representación más cumplida del noble español en aquel siglo de preponderancia para nuestro pueblo. Nieto é hijo de generales gloriosos, aleccionado en las artes de la guerra como en las de la paz por maestros insig-nes, conocedor de las intrigas de la corte, pues en ella se había educado, práctico en la vida del soldado, que comenzó bajo las banderas de los Reyes Católicos é ilustró á las órdenes del Emperador-Rey, persuadido de la superioridad de su estirpe y de su raza, y sobre todo de la confianza de su soberano, unía á la altivez y gravedad castellana, la dureza, la energía y la tenacidad del hombre educado en la escuela militar en

tiempos como aquellos, en que se trataba al enemigo sin linaje alguno de piedad. Si Felipe II estaba poseído de que él sólo era el elegido de Dios y el más alto entre los altos de la tierra, el Duque creía á su vez que sólo él existía después del Rey y nadie se le equiparaba en ventajas de alcurnia ni en valía personal. La preferencia que le concedieron este monarca y el Emperador le afirmaban en aquel concepto de su persona. Si alguna duda tuviera, el hecho de que prevaleciese su parecer en el famoso Consejo en que se discutieron los medios más adecuados para la pacificación de los Países Bajos, bastara á satisfacer su orgullo de soldado. Pero en el nuevo cometido que en 1567 le confió el Rey, iban á poner los dos á prueba sus condiciones de carácter. No pudo encontrar, con efecto, Felipe mejor intérprete para su política, ni Alba, en lo que cabía, mejor inspirador para su conducta. Fríos é inexorables los dos, ganoso el uno de restablecer los fueros de la fe, y más ganoso el otro de castigar aquella turbulenta y viciosa nobleza que aspiraba á humillar al soberano, sólo podían discrepar—y discreparon realmente—en las circunstancias y medios, que no eran iguales desde el punto y hora en que, para juzgarlos el Rey, se ponían de por medio el tiempo y las contradictorias opiniones de sus informantes en Flandes. Que el Duque no fue autor de las severísimas medidas adoptadas á raíz de su llegada, y que no fueron estas medidas la causa de la guerra, no hay que dudarlo ni por un momento. Antes por el contrario, el historiador imparcial debe insistir en ello una y otra vez. Para probarlo basta leer la correspondencia de Orange, y basta estudiar la conducta hábil, ó por mejor decir, solapada de éste. Orange justificó sobradamente al Duque de Alba. Pero Alba á su vez hizo buena la resistencia del país erigiendo en sistema lo que no podía ser otra cosa que procedimiento circunstancial. Además hirió con su rigorismo á católicos como á protestantes, hizo de una causa religiosa una causa nacional, no comprendió cuáles eran los límites del castigo, cuáles las condiciones en que vivía aquel pueblo, condiciones difíciles

para una dinastía nacional, pero más difíciles aún para ésta que con ser propia tenía todas las trazas de extranjera. Y desde el momento en que el país entero se encontró frente de él, desde el punto y hora en que sin elementos nacionales en que apoyarse hallóse con un enemigo sagaz como Orange, para buscarse aliados, para acometer una y otra vez, sin que le arredraran los reveses, para atraerse á los piratas y apoderarse de Zelanda, gracias á sus naves; con parte de los señores alemanes en contra suya; con la Reina de Inglaterra hostil cuando no amiga desleal; amenazada la frontera francesa por los hugonotes, la costa por los mendigos, el Rhin por calvinistas y luteranos, el Mosa por los rebeldes holandeses; en suma, con todos los elementos conjurados contra él, incluso sus propios soldados y marineros, éstos casi siempre traidores, aquéllos conducidos á la rebelión por hambre primero, por indisciplina después, fue difícil, imposible sofocar ni aun dominar aquel terrible incendio, pues que el arte del General ni la energía del gobernante podían suplir recursos, elementos, y sobre todo, amor á la causa aspañola. Rebeliones tan prolongadas echan raíces que con dificultad se arrancan, sobre todo cuando aquéllas se convierten de aspiración de bandería, secta ó persona, en aspiración patriótica y nacional. Opinaba el Duque de Alba que la política de dureza era justísima, pues era aquella guerra una guerra civil, y siendo los Países Bajos estados patrimoniales, los rebeldes enemigos declarados de su señor natural; y hallábase dispuesto el monarca antes á perder dichos Estados, que á que en ellos dejara de prevalecer la fe católica. Y siendo este último el dilema, aun con mostrarse Don Felipe menos celoso de sus prerrogativas que de sus creencias, ello es que á la postre veníase á parar á los mismos términos de intransigencia, puesto que precisamente la rebelión, hija de los tumultos de 1565, era ya verdadera revolución y guerra religiosa en 1573. A darle este carácter contribuyeron forzosa y fatalmente los hechos de una lucha entablada entre razas que se odiaban, con elementos mercenarios, con un ejército gene-

ralmente mal pagado y por ende propenso á la indisciplina. Pero á esto debe añadirse la creación del famoso *Tribunal de los Tumultos ó de la Sangre*, y los excesos de una administración venal y corrompida, siquiera ese cargo no pesara directa y personalmente sobre el Duque de Alba. No resolvió éste nada con sus victorias, porque en realidad lo que más importaba era la pacificación de los espíritus. Dos campañas gloriosísimas hiciéronle temible por un momento; pero como con éstas no se resolvían las graves dificultades que afectaban á lo más hondo de la vida de aquel pueblo, como no todo consistía en vencer á los elementos allegadizos que acudían á los campos, las ventajas conseguidas por los mendigos en el mar compensaron con creces las derrotas de Mons y de Groninga. Y cuando á estas ventajas unieron los rebeldes la que les proporcionaban las angustias pecuniarias del Duque con sus secuelas de motines, saqueos y tropelías, cuando al dominio de las islas zelandesas se unió el del golfo del Zuy-der-Zee, las bocas del Escalda y parte de la costa holandesa, entonces se tocaron de cerca los resultados no dudosos de una lucha entablada con decisión y seguida con rara tenacidad. En este punto puede decirse que el problema militar se complicó de tal suerte con el económico, que bien merece éste ser tratado aparte.

La cuestión económica fue en la guerra de Flandes asunto tan grave si no más que la político-religiosa. Sabido es que con ella luchó Felipe II durante todo su reinado. Distráido por mil obligaciones á cual más perentorias, agobiado por atenciones múltiples, escaso siempre de dinero, el monarca más poderoso de la tierra hallábase frente al más pavoroso de los problemas: el de la miseria en sus reinos y la desatención en su defensa. Opinaba el Duque de Alba, en vista de tales penurias y apremios, que los Países Bajos debían cubrir todos los gastos de la guerra, como originada por ellos; y en tal concepto creía que no debía pararse gran atención en las reclamaciones de las Asambleas ó Estados provinciales. En lo

primero tenía sobra de razón, mas no en hacer caso omiso de lo segundo, porque sus medidas dictatoriales eran atentorias á toda ley y privilegio. Y aunque claro está que ante las necesidades graves y los peligros terribles había que hacer alguna violencia á las Asambleas, ello es que como sistema no podía adoptarse uno que tan abiertamente pugnara con la opinión y los intereses públicos, y que, además, hería por igual á la población católica y á la protestante. Buena prueba de ello es que el dinero que, merced á las confiscaciones y multas pudo acopiar el Duque en la ciudadela de Amberes, no logró conjurar la crisis económica; y como, por otra parte, las confiscaciones, los destierros y las ejecuciones dieran grandes vuelos á la emigración, ¿qué podía prometerse de un país arruinado por la guerra, perturbado por la rebeldía y con sus relaciones comerciales constantemente interrumpidas?

En abono del Duque hay que decir que ese mismo país, que protestaba y se rebelaba contra ciertos impuestos, daba graciosa y gustosamente su dinero á Orange y á los rebeldes, y que no eran más benignos éstos con las ciudades amigas que los españoles con los pacíficos vecinos de las mismas. Mas aparte lo que influyeran en esto afinidades, odios y esperanzas, ello es que al emplear el Duque aquellos procedimientos de violencia poníase frente á frente del país entero, sin distinción de clases ni creencias, y agravaba la situación de los mismos que continuaban siéndole fieles, ya porque sobre los que quedaban era mayor el peso, ya porque tampoco hallaba favor alguno esta fidelidad. Y resultaba de esto, que aquellos á quienes desunía la política ó la religión, venía á ligar la conveniencia ó la necesidad.

Los mismos elementos religiosos iban á unir su influencia á los políticos y económicos, ya por su afinidad á los nacionales, ya por las exacciones y violencias á que daban lugar las medidas tomadas por el Duque y por la licencia de sus soldados; y estos elementos, unidos á los de las Universidades, tenían que ejercer gran peso en el ánimo del monarca, desde

el punto y hora en que éste viera envuelto por el torrente de la guerra la santidad del culto, que él quería reintegrar en Flandes. No fue, ciertamente, este resultado imprevisto por hombres doctísimos y nada sospechosos. Ocurrió sólo, que mientras duró la pasajera influencia del terror, mientras la victoria coronó el éxito de las armas españolas, la política del Duque no halló reparo alguno en la corte. Mas cuando la estrella de Alba se nubló, y no por falta de energía ni de celo ciertamente, tomó cuerpo y forma la duda, y lo que no pudieron conseguir las conveniencias, resolviólo una sencilla cuestión de conciencia. Felipe II no pudo transigir con los excesos de la soldadesca, sobre todo cuando esa soldadesca que profanaba los templos, pisoteaba las imágenes y arrancaba las hostias del viril, combatía en nombre de un monarca católico y por los intereses católicos. Y lo que no hicieran los informes de su embajador en París, Alava; lo que no consiguieran Viglio ni Prats con sus cartas, ni los flamencos con sus diputaciones, lograron las justas representaciones de los prelados y teólogos. Bien es cierto que esos mismos tumultos, motines y desmanes eran hijos de la necesidad, y que el Duque, para conjurarlos, había llegado á empañar su hacienda y persona; pero el monarca, alejado del teatro de la guerra, y quizás ya más atento á las críticas que inspiraba la conducta del Duque ó á los desengaños ineludibles que acarreaba aquella guerra, le disgustaban aquellas violencias, y llegó á considerar difícil terminarla sin suavizar los procedimientos. Con dejar á salvo la cuestión religiosa no se negaba á transigir en lo demás. ¡Transacción tardía cuando de 1565 á 1573 se habían cambiado los términos del problema!

El error fue, por lo tanto, no menos del Rey que del mismo Duque. Hizo éste cuanto cabía como general. No pudo dominar los imposibles, porque esto no estaba en su mano. Extremó el terror porque á castigar iba, y á castigar duramente. Pero siendo inútil el castigo, y no alcanzando los recursos para mantener el sistema, fracasó el Duque más como político

que como militar. Y atribuyó el monarca este fracaso menos al sistema que á la forma de emplearlo, cuando al fin y á la postre la contradicción constante entre el fin que se perseguía y los medios más estaban en El Escorial y en Madrid que en Bruselas y en Amsterdam.

Importa, sin embargo, que sigamos paso á paso el negocio del relevo del Duque, pues él refleja como ninguno el carácter y procederes del soberano español. La grave situación por que atravesaban los Países Bajos, en apariencias dominados por las armas de Alba, el clamoreo levantado por los impuestos y el descontento de los mismos católicos flamencos, significado al Rey por prelados y abades, movieron sin duda á éste á adoptar temperamentos de relativa clemencia, y cuando después de no pocas vacilaciones se decidió á otorgar la amnistía de 1570, pensó que tal vez nombrando un sustituto al Duque, sustituto que por sus cualidades de carácter supiera captarse las simpatías de la gente del país, lograría adelantar algo en la pacificación de éste. Pero las resoluciones del monarca adolecían siempre de lentitud y de incertidumbre. Con efecto, en Setiembre de 1571 nombró al Duque de Medinaceli como gobernador de los Países Bajos, pero hasta Diciembre, con pretexto de embarcarle en la escuadra que debía conducir tropas de refuerzo, retúvolo en tierra de España. Entrado ya el invierno, dió orden de desembarcar las tropas, y el 1.º de Mayo del año siguiente todavía continuaba Medinaceli en expectativa de embarque. Sólo cuando llegó la gravísima noticia de la rebelión de Holanda, decidióse á ordenar, sin pérdida de tiempo, la marcha de Medinaceli (1.º de Mayo), pero en condiciones tales, que la autoridad de que parecía investido este magnate resultaba puramente honorífica. Con efecto, sin hacerse exacto cargo de los recelos y de las dudas que invadían el ánimo del Rey, no se acertaría á comprender qué pretensiones eran las suyas al enviar á los Países Bajos un gobernador nominal; pues en 30 de Abril había escrito al Duque de Medinaceli que en tanto se hallara en dichos Países el Duque de

Alba, á éste *solamente* incumbía el gobierno. Alba, por su parte, había recibido el aviso de no entregarle hasta que el Rey en persona se lo ordenara. Y he aquí por donde la situación no podía ser más difícil y embarazosa para los dos, sobre todo más desairada para Medinaceli. Como presagio triste de los malos días que le aguardaban en tierra de Flandes, la escuadra que le condujo llegó á ella empujada por las tempestades. La violencia de los vientos dispersó su flota, y con sólo cuatro bastimentos pequeños logró ganar el puerto de la Esclusa, no sin haber perdido cinco naves, que asaltaron y quemaron los *mendigos de mar*. Apenas llegado á Bruselas cayó enfermo. Allí, sin duda, recibió las primeras impresiones por conducto de los quejosos y de los émulos. Con el Duque asiste al sitio de Mons, y luego, acompañado de los capitanes de Alba, entra en Malinas el primer día del saco. Los habitantes le piden que contenga el furor de la soldadesca. El les responde que no tiene autoridad sobre las tropas. Sólo puede ir de convento en convento consolando á los afligidos ó affigiéndose con ellos. Sin duda alguna aquel espectáculo hirió su ánimo. A los mismos oídos del Rey llegan las quejas. Este se anticipa á la probabilidad de que Lovaina siga la suerte de Malinas, y escribe, de su puño y letra, á la margen de una carta del Duque: «En ninguna manera dareis lugar á que sean saqueados». Quizás por este suceso comienza á enajenarse el Duque el afecto de su soberano. La discrepancia con Medinaceli se manifiesta ya abiertamente al llegar los Duques á Nimega. Medinaceli quería que el Duque se pusiera al frente del ejército que debía operar en Holanda, quedando él en esta ciudad. El Duque, de acuerdo con los de su Consejo, era de parecer que se esperase á la toma de Zutphen para acordar lo más conveniente. Pero Medinaceli repuso que si no iba aquél á la guerra nada tenía que hacer allí, ni el Rey lo había menester; que él no quería entrar en las villas de paz con Alba (1). En otro

(1) *Correspondencia de Felipe II*, tomo II, págs. 296 y siguientes.

Consejo, y después de viva discusión, levantóse de su asiento diciendo que no quería permanecer ni por un momento con el Duque, y marchóse á su casa, de la que se partió al día siguiente sin dar conocimiento á nadie. Si hemos de juzgar por estas cartas, el Duque de Medinaceli era un hombre propenso á la cólera, desconfiado y lleno de amor propio. Alba cree que el antagonismo entre los dos es hijo del deseo que tiene de no estar ocioso; pero persuadido de las dificultades creadas por la situación, opina que lo más conveniente sería que el Rey le permitiese á él *ir á besarle la mano* (1). Esto escribía en 19 de Diciembre de 1572. Medina partió sin demora para Grave, y desde allí fué á Bois-le-Duc dispuesto á esperar, según escribía al Rey, á que el Duque fuese en busca del enemigo. De este modo el disentimiento, secreto hasta entonces, estalló y se hizo público. Desde aquel momento el monarca recibe de uno y otro Duque, y de sus allegados, cartas que reflejan aquel antagonismo. Y mientras Medina se pregunta qué ha ido á hacer á los Países Bajos (2), el Duque se lamenta de que sus servicios no son recibidos con agrado (3). Las operaciones militares prosiguen en 1573, y Medinaceli, siempre distanciado del Duque, se traslada desde Bois-le-Duc á Spá, donde pasa el verano de este año. Por fin el monarca se decide á relevar al Duque de Alba, pero haciendo lo propio con Medinaceli, que, como éste, había solicitado el relevo. Uno y otro representaban ya tendencias antagnónicas; pues mientras Alba se hallaba rodeado casi exclusivamente de españoles, Medina mantenía relación estrecha con los señores católicos del país, y aspiraba á atraerse á los de Lieja con la promesa de la protección real. Por fin, cansado ó desengañado, deja en Setiembre á Spá y Maestricht, presentándose en Amberes en la creencia de que el Duque iba á ponerse á la cabeza del ejército; mas

(1) *Correspondencia de Felipe II*, pág. 300.

(2) *Colec. de doc. inéditos*, tomo XXXVI, pág. 130.

(3) *Correspondencia de Felipe II*, tomo II, pág. 308, Alba á Zayas.

como quiera que D. Fadrique continúa en el cargo como general en jefe, decídese á abandonar los Países Bajos, y previa la licencia real, parte de ellos el 6 de Octubre de 1573, llevando consigo una Memoria escrita por Federico de Perrenot, señor de Champagney, que encierra los cargos más terribles contra el gobierno de Alba.

Si se tiene en cuenta que este Perrenot, aunque hermano del famoso Cardenal Granvela y hombre nada sospechoso por su ortodoxia, era señor del país y amante de sus privilegios, comprenderáse fácilmente el escaso efecto que podía hacer en el ánimo del Rey una representación que tenía por principal objeto el Tribunal de los Tumultos. Pero á estas exposiciones uníanse otros avisos, avisos tan interesantes como este de Albornoz, en que parece planteado el problema de nuestra soberanía en los Países Bajos: «Mientras los españoles permanezcan en estas provincias, ellas continuarán rebeladas; de abandonarlas, el país y la religión podrán darse por perdidos (1).» Precisamente el Duque aspiraba á quitar á los naturales de los Consejos privado y de Estado y á irlos reemplazando con españoles é italianos, ó bien con flamencos de carácter fácil. Y precisamente su deseo era que el monarca empleara en Flandes todas las fuerzas de España, desentendiéndose de los turcos, menos peligrosos en su sentir, para la cristiandad, que los herejes (2). Por manera que el problema estaba planteado en términos tales de intransigencia, que forzosamente tenía que imponer pronta solución al monarca. Y esta solución, se ha dicho ya, fue un cambio de Gobernador, con el buen propósito de que la persona del nuevo elegido y cierta suavidad en los procedimientos cambiasen la gravedad del estado de cosas. Por si alguna duda quedara en el espíritu del Rey, dos nuevos hechos vinieron á confirmarle en aquel propósito. Acordada la

(1) *Correspondencia de Felipe II*, tomo II, págs. 316 á 318. Albornoz á Zayas, 8 de Marzo de 1573.

(2) *Ibidem*, págs. 359 y siguientes. Alba al Rey.

abolición del *décimo*, exigió el Duque un subsidio anual y á perpetuidad de dos millones, exigencia rechazada por los Estados, que alegaban el privilegio de votar libre y periódicamente las *ayudas* necesarias al gobierno y defensa del país. Entonces el Duque no vaciló en escribir al monarca que estaba dispuesto á no tratar negocio alguno con los Estados (1), resolución muy grave por las dificultades que iba á originar y desde luego precursora de medidas de fuerza que iban á perturbar al país; pero no menos grave también porque el monarca, con harto trabajo y mediante enorme interés, pudo mandarle en Agosto 400.000 escudos en letras de cambio, cifra insuficiente aún para el pago de los atrasos. Y ocurría que mientras el Duque no lograba salir de sus apuros, el monarca, agobiado por la falta total de recursos, hallábase impaciente por terminar el negocio largo, penoso y complicado de la guerra. Dado tal estado de cosas, se comprende la sigilosa marcha del Duque, por no decir su fuga, de Amsterdam. Fue esta—dice con razón un autor—una especie de bancarrota. Pero confesémoslo en honor del enérgico caudillo. El hombre que como él luchaba con la fe, los bríos y la tenacidad del soldado contra todo y contra todos; el que dudoso hasta de la confianza del Rey arriesgaba los últimos años de su vida á trances tan duros, era por cierto digno de lástima, si no de admiración. Desgraciadamente todo se declaraba en contra suya. El mismo acero de sus soldados amenazaba su existencia, después de haber arruinado al país. No son plumas extranjeras ni anticatólicas las que trazan el sombrío cuadro que éste ofrecía á mediados de 1578. El secretario Esteban Prast nos dice que el estado de desesperación á que habían llegado los naturales era general; los excesos de la soldadesca sobre toda ponderación; la paralización del comercio, hija de estos excesos, grandísima; la emigración creciente. Abando-

(1) *Correspondencia de Felipe II*, pág. 342. Alba al Rey, 16 de Abril e 1573.

nadas las casas de campo, despobladas las aldeas, no se hallaba quien á vil precio quisiera comprar aquellas propiedades ni permanecer en estas. Tales rigores se han empleado con la nación, como no hay ejemplo en antiguas ni modernas crónicas. ¡Quién mejor testigo que el que como Prats había estado encargado, según él mismo declara, en el despacho de asuntos criminales!

Pero á las declaraciones de los mismos allegados al Duque y de los señores y Diputados, uníanse las del clero, la de los mismos católicos, nobles y plebeyos, exasperados contra el sistema del Duque de Alba. El clero católico, en particular, detestaba al Gobernador español. El Obispo de Namur declaró en 1577 á Don Juan de Austria que durante los breves años de su mando, Alba hizo más daño á la religión católica que Lutero, Calvino y todos los secuaces de ambos en veinte años. Richardet, Obispo de Arras; Martín Rithove, Obispo de Ipres, y Juan, Abad de Auchin, representaban al Rey contra él para que, por lo menos, la reducción y castigo de herejes se hiciera cristianamente, así como para que se pusiera coto á los desmanes de los soldados. El Obispo de Arras, en particular, manifestaba á D. Felipe que en la persecución de herejes se confundía con éstos á los católicos, y con el pretexto de ser rebeldes todos los naturales, arrebatábaseles hacienda, honor y vida. Por último, los Doctores de la facultad de Teología de la Universidad de Lovaina, reunidos en secreto el 20 de Mayo de 1573, tomaron el acuerdo de dirigirse á Felipe II para informarle acerca de lo que ocurría en los Países Bajos, y suplicarle, caso de que él en persona no pudiera trasladarse á los mismos, que privara de su Gobierno al Duque de Alba. En esta petición, suscrita por unanimidad, exponían aquéllos el estado desesperado de los habitantes, la emigración que despoblaba la tierra y el hecho de que fueran á buscar refugio entre los rebeldes gran número de personas ajenas á las ideas de éstos. «Si V. M.—decían—descuida remediar prontamente el desastroso estado en que el país ha venido á reducirse, tema,

como toda su dinastía, la cólera del Señor, que transfiera los reinos de una á otra familia á causa de las injusticias, violencias y ultrajes toleradas, y que á menudo llega hasta vengar aquí en la tierra, con castigos terribles, los tormentos injustamente dados á un pueblo fiel, la opresión de los inocentes, la expoliación de los pobres, la profanación de las cosas sagradas» (1). Este mensaje créese que fue entregado confidencialmente á Felipe II por el dominicano portugués Antonio de Siennes en un viaje que hizo á España á principios de 1574. Mas ya por esta fecha el Duque de Alba había sido relevado.

En Diciembre de 1572, cuando los negocios de los Países Bajos presentaban malísimo cariz, Felipe II, de ordinario tan reservado, dió á conocer ostensiblemente su disgusto respecto á los procederés del Duque; disgusto de que da cuenta Saint Gouard desde Madrid, y que transparenta en las cartas del monarca á su General. No dejó éste de echarlo de ver, ni de recibir ciertos avisos de ello, por cuanto como anticipándose á su relevo, pidiólo una y otra vez fundado en sus achaques y enfermedades; que, en efecto, enfermo estaba el Duque de cuerpo y alma, si hemos de creer á sus allegados el historiador D. Bernardino de Mendoza y el célebre Arias Montano. Este último daba cuenta á Zayas de la aflicción grandísima de Alba, como más tarde Mondoucet del aislamiento en que vivía en Bruselas cuando regresó de Amsterdam, mientras que Mendoza afirma que, en sentir de los médicos, no podía prolongarse la estancia del Duque en Flandes sin peligro de su vida. Empero ya el monarca había tomado su resolución, y en 30 de Enero de 1573 escribió á D. Luis de Requesens y Zúñiga, su Embajador en Roma, que lo había elegido para encargarle «el mayor negocio y de más importancia que había

(1) El texto latino de este importantísimo documento, cuyo original existe en el Registro literario de la Facultad de Teología de Lovaina, lo transcribe íntegro Mons. Nameche en su obra *Le Regne de Philippe II et la lutte religieuse dans les Pays Bas, au XVI siècle*.

tenido y podía tener», que era el gobierno de los Países. Por de pronto, esperaría sus órdenes, guardando sobre ello el mayor secreto. El mando de estos Países tomaríalo Requesens de manos del Duque de Alba, comenzando á ejercerlo en cuanto éste hubiese emprendido el viaje de regreso. Quanto al Duque de Medinaceli, «se proveerá—dice—lo que convenga, de manera que esto no haga embarazo á lo que tengo determinado». Le da instrucciones para el viaje, que debe hacerse siguiendo igual camino que el seguido por Alba, aunque alegando otras causas, «para disimular el color de la partida», y concluye advirtiéndole que no admite excusa ni dilación. Sus órdenes son terminantes: «Quiero que me sirvais en esto, sin otra réplica.»

No es esta ocasión de hacer el retrato de Requesens, á cuya figura se dedicará especial estudio. Diplomático entendido, hombre experto en achaques de milicia, de buena inteligencia y no vulgar cultura, conocedor de las cosas y de los hombres de su tiempo, y sobre todo conocedor muy profundo de la corte de Madrid, no se le ocultaba la gravedad del peso que el monarca echaba sobre sus hombros. Por lo mismo, y no obstante la conminación y perentoriedades de Felipe II, declinó por de pronto el honor y la responsabilidad que se le concediera; pero como aquél le ordenara aceptarlo sin dilación alguna, acató respetuoso el mandato real. Empero hasta 15 de Octubre no dió aviso el monarca al Duque de Alba de la próxima llegada de Requesens. Por cierto que un historiador español hace mención de cierta epístola dirigida por el Rey al Duque con motivo de su relevo, en la que le trata de inhábil, terco y codicioso. Nada menos cierto. Precisamente Mr. Gachard nos da á conocer textualmente la antes citada, y en ella échanse de ver miramientos tales respecto al caudillo de Flandes, que, en realidad de verdad, podrían interpretarse por celos. El mismo Comendador Requesens, que estaba ya para ponerse en camino en aquella fecha y debía llevar consigo las patentes, instrucciones y cartas necesarias para reemplazar al

Duque en el gobierno, tenía orden de comenzar su gobierno «cuando éste lo tuviera á bien», y el Rey dice textualmente á su Gobernador en Flandes: «Rogando y encargándoos mucho le informéis y advirtais de manera que pueda acertar á hazer lo que conviene á mi servicio y al beneficio, seguridad y buen gobierno desos estados, *como yo sé que vos lo deseais y lo habéis siempre procurado con tanto amor, cuidado y diligencia, que me queda y terné dello la satisfacción que vuestra persona, trabajos y grandes servicios merecen.*» Tocante al perdón general que proyectaba el monarca para hacer más grato el nuevo gobierno, perdón acerca del que tenía el Duque sus reservas, dícele aquél: «Estaba ordenado y á punto de enviarse y helo detenido por lo que advertisteis que se debía mirar mucho como se ha de dar y publicar para ser estimado, y del fructo que se pretende, que ha sido muy bien avisármelo, *siendo como es la última medicina con que se presupone se ha de sanar ese enfermo;* y así lo he detenido hasta agora que pareciéndome sería á propósito los hiziese publicar el Comendador mayor por principio de su gobierno para ablandar los ánimos y ganar las voluntades de los naturales, he acordado que se le envíe pocos días despues deste correo, advirtiéndole que acá y allá se tenga tan secreto que en ninguna manera se sepa hasta el punto en que se haya de publicar...» Por estos fragmentos puede comprenderse los miramientos con que trataba el Rey á su General. Es más, al ocuparse en la misma carta del Consejo de los Tumultos, cuyas prácticas eran uno de los cargos más graves que se habían hecho contra el Duque, insinúa Don Felipe que, como quiera que se había pedido *alguna mudanza en este Tribunal*, y de publicarse el perdón pudiera depender el remedio (según dicen los naturales), consideraba necesario lo platicase con el Comendador. El, sin embargo, se atenía más al parecer del Duque que al de los flamencos. «Creo, dice, que su intención (la de éstos) debe ser lo que diversas veces me habéis representado; *mas veo que las cosas están en terminos que conviene ir pensando en todos los medios que podrian ser parte para*

los reducir al asiento que han menester, principalmente habiendo llegado la falta de la hazienda á estado que ya ni se puede ir adelante ni atrás, aunque por eso yo no entiendo consentirles jamás cosa que no sea muy justa y muy conforme á nuestra santa fé católica y á lo que conviene á mi autoridad, si bien hubiese de perder los Estados (1).» Ahí están sintetizados los propósitos del Rey. Discrepan de los del Duque de Alba en que éste no creía en el nuevo remedio, y esta discrepancia de miras, no menos que los escasos resultados políticos conseguidos por el Duque, explican de sobra lo ocurrido entre él y el monarca. En ocasión alguna, y menos en esta, se permitió el Rey condenar la conducta del Duque en términos duros y violentos. Al fin y á la postre, aun excediéndose en el cumplimiento de sus órdenes, Alba había sido su más fiel y leal intérprete y servidor. Pero fracasada la política de rigor, creía el monarca que debía éste templarse en *alguna manera*, y que debía jugarse en este triste juego la última carta, ó, como él decía, «ensayar en el enfermo *la última medicina*».

Pocos días después de escrita esta carta, el 19 de Octubre, el Rey firmó las patentes de Requesens como Gobernador y Capitán General de los Países Bajos, y el 17 de Noviembre de 1573 llegó á Bruselas, después de atravesar la Saboya, el Franco Condado y la Lorena. Ya el Duque estaba prevenido de su llegada, aunque no salió á recibirle por hallarse enfermo, pero su impaciencia por dejar el mando era tal, que Requesens hubo de suplicarle aplazara el acto hasta que él se hubiera impuesto del estado de los negocios. Además no quería desempeñarlo hasta el momento que partiera aquél. En este intervalo departieron largamente acerca del estado de los negocios, algo obscuro y embrollado para que con exactitud lo conociera Requesens en breves días, pero no tanto que dejase de adquirir la triste certidumbre de que no existía en caja un solo real. Tomados estos informes, el 20 de Noviembre juró su

(1) *Correspondencia*, tomo II, págs. 415-416.

cargo el Comendador ante los individuos del Consejo de Estado, y el 18 de Diciembre salió el Duque de Bruselas, acompañado de Don Fadrique de Albornoz, su secretario, y de Juan de Vargas. Sancho Dávila, Vitelli y Romero querían marchar con él, pero opúsose Requesens de acuerdo con lo mandado por el Rey. Por tierras de Namur y Milanesado dirigióse el Duque á Génova. Aquí embarcó para Barcelona, y el 30 de Noviembre por la noche entró en Madrid.

Tal fue el término del mando y empresas del insigne Don Hernando de Toledo en los Países Bajos. Había comenzado á ejercer aquél en Agosto de 1567, y lo desempeñó en un período de seis años. Si los resultados no correspondieron á sus esfuerzos ni á sus méritos, debióse á que el problema que fue á resolver en aquellos Países no era exclusivamente militar. La resolución de este problema, lo hemos dicho ya, estaba en Madrid y no en Bruselas.

FRANCISCO BARADO.

LOS ASCENDIENTES DE BOLIVAR

Aunque los americanos en general; y los de Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia en particular, se afanan por fraguar en torno de los caudillos que fueron los instigadores de su emancipación y los conquistadores de su independencia, las leyendas que en los antiguos pueblos formaron la mitología de las creencias nacionales, España, desvanecidos los momentáneos odios de la lucha, no tiene por qué negarles los justos tributos de sus merecimientos. La diferencia entre los conceptos que nos merecen sólo consiste en que, si los pueblos americanos emancipados necesitan aumentar el volumen de sus héroes con los atributos de la ponderación, á España le basta reconocerles las realidades de la Historia. Si durante el furor de la separación y el combate fueron tratados como enemigos, el tiempo lima estas asperezas, y al cabo la antigua patria, cabeza de una raza magnánima, aun emancipados por la violencia no puede menos de considerarlos como hijos, del mismo modo que los nuevos pueblos que ellos formaron independientes deben siempre, agradecidos, considerarlos como padres.

En realidad, ninguna de las figuras que se destacaron de la lucha de la independencia hispanoamericana tuvo la magnitud de SIMÓN BOLIVAR. La leyenda dice que en su lucha de

muerte dispuso se quemaran todos los documentos y cartas que poseía, y hay que confesar que aquella fue una gran pérdida para la Historia.. El fervor nacional, al entregarse á las delectaciones ardorosas del entusiasmo, involuntariamente va creando las ficciones de la fábula con que los héroes se transfiguran, y siendo la verdad histórica en las propias contradicciones de la vida mil veces más bella que todos los adornos de la fantasía, la pérdida de aquellos documentos constituye una verdadera desgracia, cuando el giro de las ideas toma direcciones tan realistas como las que imperan en todos los ámbitos de la vida actual, y este realismo sinceramente encumbra más al hombre-hombre que al hombre sobrenatural.

Examinando la vida de Bolívar, se encuentran todos los datos sin dilucidar. Mecióse su cuna, se escribe, en el regazo de padres de elevada alcurnia y acaudalados. Visitó joven á Europa y vino á España. En España amó y se casó enamorado. Y llevando de su gira por algunos países del viejo mundo las impresiones vivas que en su alma debieron causar los últimos destellos de la revolución francesa, la propagación de las ideas que de ella se derramaron por la oprimida Italia, por la dividida Alemania y aun por la supeditada España, y grabadas en la imaginación las maravillosas victorias de Bonaparte en Tolón, en Paris, en Italia, en Egipto, en Alemania y en Austria, con las elevaciones sucesivas que habían conducido al genial subalterno de Artillería hasta investirse las insignias del Imperio, tomando el manubrio de una transformación á la vez social, jurídica, geográfica que había de invadir todos los ámbitos del planeta, al regresar á su hogar obscuro, modesto, jefe de una nueva familia y sector sensato de una fortuna considerable, acaso no hubiera salido de esta desconocida mediocridad sin la orfandad de su tálamo, castigado por la temprana muerte de una esposa idolatrada. Entonces fue cuando su alma apasionada debió buscar los lenitivos de su recóndito dolor en la pasión de la libertad y de la patria, acudiendo á su mente y exaltando su imaginación todas aque-

llas impresiones recogidas en su primera expedición á Europa y que había mantenido aletargadas en su espíritu. Estas impresiones se verificaron en su segundo viaje al viejo continente, en el que con mayor conciencia de los hechos que le rodeaban debió formar las ideas que luego se halló con fuerzas proporcionadas en su valor y constancia para desarrollarlas en su país natal, y así los impenetrables accidentes del acaso impulsaron su alma hacia empresas que indudablemente no habían entrado antes en la dirección de sus pensamientos.

Para esclarecer todos estos hechos antes que entrase en el campo de la contienda armada contra su amada patria en los angustiosos momentos en que consumía la invasión de un extranjero que había ensangrentado todos los campos de combate de Europa, y había transfigurado la geografía y la etnografía de todas las naciones, ¡qué falta hacen todos aquellos documentos! El juicio más discreto y la deducción más razonable de sus actos ulteriores no bastan para suplirlos. La Historia es ya toda revelación de la espontaneidad, y al medir en todos los casos al hombre como hombre en cualesquiera de sus situaciones, la Historia no pide más que las justificaciones sinceras de los documentos humanos.

Entre los argumentos que se hacen en honor de Bolívar, es el primero la lucidez de su alcurnia. En esto cabe dilucidar más en España que en los países á quienes individualizó en el seno de su independencia. Nosotros que hemos sido los que engendramos para América los héroes de su descubrimiento, de su conquista y de su civilización, no podemos menos de enorgullecernos, que ser también los progenitores ilustres de los caudillos de su independencia, aun revolviéndose momentáneamente contra la madre común. Y, en efecto, Simón Bolívar fue de hidalga cuna española, y estas prendas de la hidalguía con los de su estirpe fueron á América desde el primer tercio del siglo XVII en que el primero de los de su apellido, con oficios del Rey Felipe III, pasó á Cartagena de Indias en 1617 en la flota de Tierra Firme que mandaba el

General D. Francisco de Villegas. Llamábase el Contador Pedro de Bolívar, natural de Colindres, lugar asentado en los canales de la ría de Santoña, en la actual provincia de Santander. Era hijo de Juan de Bolívar y de Doña Catalina de Escalante, natural del lugar de Camargo. Dejó joven las tranquilas ocupaciones de su tierra natal buscando más amplios horizontes en extrañas tierras, y aunque no cruzó su pecho la banderola de soldado, logró en Valladolid los primeros oficios burocráticos con que servir á su patria en la Real Hacienda; pasó más tarde á Sevilla, emporio entonces del tráfico de Indias, en donde se enamoró de la idea de cruzar el Océano para ir á conocer el Nuevo Mundo; casóse en la ciudad andaluza con Doña María Ximénez de la Torre, hija de Alonso de la Torre y de Doña Francisca de Pastrana, criados del Duque de Béjar en su villa y condado de Belalcázar, de donde eran todos naturales, y con el favor de tan gran magnate, mejoró de destino en Zaragoza, aunque siempre pensando en volver á la ciudad andaluza y de allí pasar á América, donde á todas las ambiciones se ofrecían en aquel tiempo horizontes para henchir.

La ocasión no se le hizo esperar mucho. Por Real cédula de 8 de Mayo de 1610, el monarca mencionado, con intervención del Cardenal de Toledo D. Bernardo de Sandoval y Rojas, había creado en Cartagena de Indias el Santo Tribunal de la Inquisición, dándole por distrito, en un radio de mil quinientas leguas, el Nuevo Reino de Granada, el Reino de Tierra Firme, la Isla Española y todas las islas de barlovento con todas las demás provincias de la jurisdicción de la Audiencia de Santo Domingo, distrito cuyo gobierno eclesiástico contenía dos arzobispados y siete obispados, y su gobierno secular tres Reales Audiencias, catorce gobiernos militares y políticos, dos corregimientos y tres Consejos. Era Cartagena de Indias, á la sazón, el centro donde todo aquel mundo tenía su trato y comunicación. Para la organización del nuevo Tribunal fueron nombrados dos Inquisidores y un Fiscal, y para su

sostenimiento se fijaron 3.150.000 maravedís al año, equivalentes á 8.400 ducados. La plantilla de una Inquisición de jurisdicción tan vasta no se contenía solamente en estos oficios. Sus dependencias tenían además un Nuncio, un Portero, un Alcaide en lo judicial y en lo administrativo, un Alguacil, un Receptor, un Contador, un Juez de bienes confiscados y otros Ministros inferiores de inexcusable necesidad. Mas al constituirse el nuevo Santo Oficio, los dos Inquisidores se fijaron 2.000 ducados de salario cada uno, 1.604 el Fiscal y 1.000 el Notario, con lo que sólo quedaron para los demás servicios, incluyendo los alimentos para los presos pobres y otros gastos forzosos, los 1.796 restantes, con lo que apenas alcanzaba para tan numerosa dependencia. Hubo, además, que comprar á censo casas para establecerse y para las cárceles secretas, cuyos réditos montaban una considerable cantidad; pero en los principios ninguna de estas estrecheces se dejaron sentir, tanto por asegurar cada uno su respectiva posición, cuanto por la habilidad de su primer Tesorero, Juan de Iturrieta Auvia, y de su primer Contador, Pedro Gil de la Redonda, los cuales, como personas de larga experiencia y habilidad, tuvieron toda la necesaria para ir conllevando los crecientes apuros de la insuficiencia.

A la muerte de Iturrieta, nombróse para sustituirle á Francisco de Rebolledo, y por muerte de Gil de la Redonda, el Gobernador dió en ínterin su oficio á Benito Marqués Bellido, oficial que era de la Contaduría, mozo de mezquina experiencia, y que esperando obtener la propiedad por el favor del Gobernador y de los Inquisidores, subrogó todas sus obligaciones al deseo de tener contentos á los que miraba como protectores: así en la menguada consignación que el Rey había fijado comenzó á dejarse sentir la inmoralidad. Mas cuando el descrédito iba tomando cuerpo, y á pesar de los temores que la Inquisición infundía en todas partes, se hacían hablillas del desorden que reinaba, y de los abusos que se cometían en sus oficinas administrativas, muy consentidos por los inquisidores, llegó en la flota de España «un Contador caballero del

hábito de Santiago», que por lo inesperado no fue recibido bien. Este Contador, Caballero del hábito de Santiago, era D. Pedro Bolívar. Tras el disgusto de la sorpresa, vino el disgusto de sus obras; porque dotado el nuevo Contador de irreductible entereza de carácter, desde el primer momento trató de restablecer el orden y el crédito en todo. Para pagar los débitos que se habían contraído, propuso y obtuvo que una vacante que se había producido en uno de los dos inquisidores, no se ocupase por tres años, quedando su dotación para suplir los descubiertos. Basados en una frase de la Real Cédula de Institución de 1610, los inquisidores se hacían pagar sus salarios con dos tercios de anticipación y en oro, á razón de 8 y cuarto por 100, en lo que había una ganancia ilícita, pues «lo cierto es que se vende á diez por reales, y luego los reales á 10 por 100 por plata corriente»; pero Bolívar se opuso á la prosecución de uno y otro abuso: al del adelanto de salarios, porque S. M. los tenía prohibidos, «porque cualquiera dellos puede morir antes de servirlo, y no quiere su mag.^d tener que cobrar de nayde, pudiendo no darlo»; y al de la paga en oro, porque era consentir un delito por el que á los inquisidores se les podía penar.

Con estas cortapisas, á cuyo tenor se ejecutaron todas sus demás disposiciones, los del Tribunal quedaron tan enconados contra él, que se elevaron en representación al Consejo Supremo, diciendo que el nuevo Contador «es un hombre de tan poca capacidad, que por ningún caso, según todos dicen, entiende el oficio que ejerce, y está tan adeudado y entrampado, que la necesidad que la caja padece se tiene por probable es por causa suya; porque siendo así que tiene la situación cierta más de setenta mil ducados, después que él entró en ella no hay quien haya visto blanca ni maravedí. Quedó empeñado en Zaragoza, donde fue Tesorero, según fama, en once mil pesos de oro. Bien es verdad que han gastado mucho y gastan en la fábrica de unos barquichuelos que han armado y de la muralla de la ciudad, y que no cobran lo que se debe á la Real caja; pero no

es razón que, así lo que gastan en las fábricas como lo que dejan de cobrar, lo pague el Santo Oficio, pues es por sus comodidades particulares. Los inquisidores no tienen otra hacienda de qué sustentarse más de lo que S. M. les da, y siempre se hallan alcanzados y con necesidad á causa de ser esta ciudad tan costosa y cara, como es notorio á todos, y ser los salarios más cortos que los de las otras Inquisiciones de las Indias». El Consejo Supremo desestimó estas quejas, y Bolívar quedó apoyado por el Gobernador; pero discordes siempre los inquisidores con él, tuvo que venir á la Península á dar sus descargos y sincerar su conducta. Ratificado aquí su destino, antes de reembarcarse para Cartagena quiso hacer una doble visita al lugar en que había nacido en las cuatro villas de la costa del mar cantábrico, y á la tierra de su mujer en las fronteras de Badajoz. Los dos viajes estuvieron llenos para él, para su mujer y sus hijos, muy jóvenes todavía, de agradabilísimas impresiones. Mas cuando de Belalcázar pasó á Sevilla para el embarque, adoleció en esta ciudad, donde murió.

Animosa su viuda Doña María Ximénez de la Torre, en vez de reducirse á la casa paterna y al antiguo hogar de su familia, volvióse con sus hijos á Cartagena de Indias al cuidado de la hacienda que en ella había constituido el Contador Pedro de Bolívar, y tanto á su regreso se limaron las malquerencias que el Santo Tribunal había alimentado contra él, que el mayor de sus hijos, D. José de Bolívar y de la Torre, apenas tuvo edad proporcionada, recibió el título honorario y perpetuo en su familia, de Alguacil mayor de la Inquisición de Cartagena; y cuando, en 1641, habiendo quedado único heredero, recibió de Felipe IV la merced del hábito de Santiago, en las informaciones que en Madrid se hicieron acudieron á abonar su hidalguía muchos y muy distinguidos personajes, ya naturales de Cartagena, ya peninsulares que habían prestado en Indias largos servicios, y que á la sazón residían en la corte. Del número de éstos fueron el presbítero D. Manuel Pimienta Pacheco, hermano del Almirante Díaz Rimienta; el Alférez

mayor de Cartagena D. Luis Cortés y Mesa, natural de Santa Fe del Nuevo Reino de Granada; el abogado de los Reales Consejos Diego de Alvarado, también cartaginés de nacimiento; el mismo Juan Marques Bellido, á quien Pedro de Bolívar quitó en aquella Inquisición el cargo de Contador; el neo-granadino P. Lucas Rengel, de la Compañía de Jesús, calificador de la Suprema; el Capitán Bartolomé de Monasterio, Alguacil mayor de la Inquisición de la provincia de Caracas; el Gobernador que había sido de Cartagena, Vicente de Villalobos; el canónigo Diego de Torres y Vargas, natural de Puerto Rico; el P. Fray Jerónimo Vicente Magno, de la orden de Santo Domingo, lector de Sagrada Teología, que, aunque natural de Mallorca, había residido diez años en Cartagena; el Capitán Juan Martinez Téllez, Procurador general de la provincia de Guatemala; D. Juan Antonio de Landaverde, caballero de Calatrava; D. Luis de Aguilar y Manuel, de la orden de San Juan, y D. Agustín Sarmiento Sotomayor, de la casa condal de Gondomar; y D. Miguel de Ojirando, los dos caballeros de Santiago, todos los cuales habían servido largo tiempo en Indias, y otras personas tan distinguidas, en número de veinte, que unánimemente certificaron haber cultivado el trato de la familia de Bolívar y tener noticias de su notoria hidalguía, de la pureza de su fe y del desahogo de su posición «con que vivían con mucho lustre de las rentas de sus haciendas.»

Los testigos de Belalcázar, Cabeza de Buey y Alcántara, en número de 46, incluyeron en sus informes á un hermano de la madre del pretendiente, el licenciado Bartolomé Ximénez de la Torre, que habiéndoles acompañado á Cartagena, tenía en aquella Inquisición el cargo de Comisario, y en Colindres y en Camargo depusieron en pro de la nobleza de los Bolívar hasta las mujeres en grupo. Estas certificaciones de la hidalguía y pureza de los de esta familia se repitieron treinta años después. D. José de Bolívar y de la Torre, que además del cargo honorífico y perpetuo en su familia de Alguacil mayor de la Inquisición de Cartagena, había ejercido por nombra-

miento real el de Contador mayor de la Contaduría mayor de Cuentas de la ciudad de los Reyes, en el Perú, se había casado con Doña Josefa de la Redonda y Bolívar, hija del primer Contador de la Inquisición de Cartagena, Pedro Gil de la Redonda. De este matrimonio tuvo un hijo, D. Pedro de Bolívar y la Redonda, bisabuelo que fue del héroe de la Independencia americana, Simón de Bolívar, y este hijo en el año de 1671 también fue agraciado por la Reina Gobernadora del Reino Doña Mariana de Austria, madre del Rey Carlos II, con el hábito de Santiago, que venía vinculado en aquella familia durante tres generaciones continuas. Otra vez las informaciones se hicieron en Colindres, Belalcázar y Madrid, habiendo declarado 26 testigos en la primera de estas poblaciones, 11 en la segunda y 20 en la última. En Colindres todos declararon de oídas, menos Francisco de la Piñera, marinero de Su Majestad, que había conocido á los Bolívar en Cartagena de Indias cuando gobernaba aquella provincia D. Fadrique de Toledo. Los de Belalcázar también testificaron por el aura de la tradición. Mas en Madrid fue el primero en declarar el Ilmo. Sr. D. Fray Antonio González, Obispo de Caracas, y natural de Lima; el Dr. Diego de Baños Sotomayor, predicador de S. M.; D. Antonio de Mendoza y Castilla, marqués de Buenavista; el Secretario D. Pedro de Zárate, natural de Cartagena de Indias; el Sargento mayor de los galeones, D. Domingo de Ibarra, del hábito de Santiago; D. Juan Bravo de la Masa, del de Calatrava; D. Francisco Pérez de Salazar, natural de la ciudad de la Plata, y otros caballeros de no menor distinción.

Los datos aducidos demuestran que, en efecto, no están descarriados los biógrafos de *El Libertador*, al reconocerle una progenie esclarecida en España, pues aunque las ideas de los tiempos modernos hayan cambiado tanto respecto á ciertas instituciones, como la de la Inquisición, sabido es que para la elección de sus cargos, así en lo judicial como en lo administrativo, y mucho más en los oficios honoríficos, aquel Tribunal obligaba á sus favorecidos á pruebas genealógicas y nobi-

liarias, sin cuyo requisito no se podía ser en él ni aun Alguacil. El Alguacil mayor de la Inquisición de Toledo en Madrid, era nada menos que el Duque de Medinaceli, y este título lo conservó la casa con más esmero que el de sus vínculos productivos, hasta que el Santo Tribunal fue absolutamente extinguido. Respecto á la orden de Santiago, si Felipe IV concedió sus hábitos como premio al alto mérito, y en tal concepto lo vistieron el poeta dramático D. Francisco de Rojas Zorrilla, el pintor Diego Velázquez de Silva y otros varones de análoga magnitud, ni aun así excusaba las pruebas, y el lagarto rojo al pecho era en toda Europa y en todo el mundo un signo de superioridad aristocrática á que no ha llegado ninguna otra distinción entre las naciones. El hábito de Santiago se codiciaba por todos los magnates de Europa. Desde Carlos V, entraron en su confraternidad alemanes de las más altas estirpes, todos los Príncipes de Italia, y penetró con el mismo prestigio, no sólo en Irlanda, sino en Escocia y aun en Inglaterra, siempre cerrada á las condecoraciones de fuera. La ostentación de un hábito, todavía en tiempos de Carlos II y en gran parte del siglo XVIII, equivalía á la mejor ejecutoria.

Los Bolívar, que desde 1617 se establecieron en Cartagena de Indias, de donde se propagaron á Caracas, á Lima y á otras partes de la América Meridional, lo tuvieron también como muestra de su esclarecida estirpe en los tres varones que formaron la cadena de familia, de donde procedió el campeón amado de las emancipaciones americanas; pero como, al principio dijimos, España, madre de aquellos pueblos libres, no tiene por qué desdorar los títulos que los encumbran. Españoles fueron los héroes del descubrimiento y de las conquistas, que salvaron aquel vasto mundo de la ignorancia que lo encubría y de la barbarie que anidaba. Españoles fueron, aunque contra España, los héroes de su emancipación y de su independencia, y honor de toda madre es haber producido hijos ilustres de memoria inmortal.

NICOLÁS PÉREZ MERINO.

CRÓNICA LITERARIA

VERGARA (*Episodios nacionales*), por D. Benito Pérez Galdós.—Sobre la novela histórica.—Los hombres de *Vergara*.—LANCES DE AMOR Y FORTUNA (cuentos), por D. José Cánovas y Varona.—METAMORFOSIS (novela), por D. Federico Gamboa.—Varios libros.

Uno de los méritos que encuentro en los *Episodios nacionales*, de Galdós, es lo que han contribuido á popularizar el conocimiento de nuestra historia contemporánea. Ningún tratadista de historia ha conseguido en este punto llevar al público vulgar, en la medida que el autor de *Marianela*, la noción de lo que fue la vida política y social de España en el primer tercio de este siglo. Se dirá que la novela no puede suplir á la historia. Pero aunque esto es verdad, se debe también reconocer que la necesidad de la cultura histórica admite muy diferentes grados, por lo cual son también diversas las maneras de satisfacerla. Para las personas que se han dedicado especialmente á este género de estudios puede decirse que no ofrecen interés más que los documentos ó fuentes nuevas, los trabajos de investigación directa ó de crítica original; viene luego otro grupo de público culto, pero no especialista, que es menos exigente, y lee los tratados ordinarios de historia; después la masa general, que se satisface sobradamente con compendios y manuales, y, por último, los muchos que ni aun esto leen, los cuales pueden encontrar alguna ilustración his-

tórica en las novelas de este género, que, siendo buenas, sirven de deleite á todos, sabios é ignorantes, y de enseñanza además á los últimos.

Es positivo que la novela histórica, cuando es tal novela histórica, es decir, cuando tiene como base real sucesos y personajes verdaderos de alguna época, enseña también historia, y aun la enseña mejor que los compendios didácticos á cierta clase de público no preparado para estudios serios, porque habla más á la fantasía, y con el aliciente de la amenidad y la fábula novelesca hace fijar más la atención, aparte de servir de estímulo para leer libros de verdadera historia. En este sentido, Galdós ha sido quien más ha popularizado la historia de los orígenes de la España contemporánea, aunque no haya trabajado en ella como Taine en Francia con sus obras de historiador y sociólogo, sino á la manera de Erckmann Chatrian.

Es un error creer que en la novela histórica lo histórico es un mero accidente. Pueden escribirse, sin duda, buenas novelas cuya acción se desarrolle en tiempos pasados, sin atender á la exactitud histórica, pero no serán tales novelas históricas. Antes había en esto gran tolerancia; sucedía lo propio que en la representación de dramas históricos, en cuyo decorado y vestuario, así como en la manera de producirse los personajes, se cometían grandes anacronismos, graciosos á veces de puro disparatados. Mas hoy el adelanto de la cultura exige en uno y otro caso una dosis de propiedad que antaño se consideraba superflua, y las novelas históricas dignas de este título no son cuentos fabulosos como se figura el vulgo.

Toda novela es, en realidad, histórica, como lo son todos los acontecimientos, aun los presentes é inmediatos, aunque se aplique ordinariamente aquella denominación á los pasados ya algo remotos, sin duda porque la historia, para que su visión sea clara y serena, necesita contemplar las cosas á cierta distancia. En la novela de costumbres contemporáneas, el elemento histórico está representado por la realidad en la pintura de escenas y personajes. Los tipos individuales creados por

el novelista son como corresponde á su género tal como éste existe en la sociedad actual. Lo que se cuenta ó se representa en la novela es semejante á lo que sucede en el mundo exterior, y esto que, bajo uno de sus aspectos, es verosimilitud, bajo otro es propiedad histórica dentro de los tiempos actuales: exactitud en la reproducción de las costumbres de la época, de la psicología de los personajes, de lo que tienen de genérico los diversos tipos individuales; y exactitud también en la pintura de la parte material de la vida, que siempre describe el novelista con mayor ó menor detenimiento. Esto hace que al cabo de tiempo las novelas sean documentos históricos no despreciables. La novela picaresca española abunda en datos sobre lo que era la España del siglo XVII. Las buenas novelas modernas ayudarán á los historiadores del porvenir á comprender la sociedad actual, y serán, sin duda, como hoy son las pasadas, un útil complemento de las verdaderas fuentes históricas.

La especialidad del género de novela llamado novela histórica, no se limita á la descripción de costumbres de otros tiempos, como un *fondo* ó un accesorio de la fábula novelesca. Si así ocurriera, sería en realidad indiferente que una novela fuese ó no histórica, y que su acción se desarrollara en esta ó en la otra época. Resultaría en cierto modo superfluo añadir los adornos de la erudición á la inventiva literaria. La razón de ser de este género puede estar, ó bien en la presentación artística de elementos psicológicos ó sociales, que son propiamente históricos ó temporales, que han tenido su época, esto es, que no pertenecen á lo que hay de constante y permanente en la vida social humana, sino á lo variable de sus manifestaciones; ó bien puede consistir en el aprovechamiento del elemento artístico que encierra el drama de la historia, siendo en este caso la obra del novelista histórico una como interpretación ó versión estética de la historia, y su propósito reproducir la historia, desde este punto de vista de lo bello y del interés literario. Entre ambas concepciones de la novela histórica nó

hay diferencia esencial, sino más bien de grado. En la primera se toma de la historia, para asunto de la novela, lo genérico; en la segunda, además, lo individual, los hechos y los personajes que han pasado efectivamente á la historia. Una novela de la primera clase puede ser histórica sin referirse á los personajes ni á los acontecimientos señalados de una época, sino ateniéndose á la condición moral y material de los hombres de entonces, á los aspectos generales de la vida, que en tales tiempos adquirieron particular relieve. Una obra de la segunda clase no puede prescindir de la evocación directa del drama histórico; es una *historia poética*, mientras que aquélla es una novela con tema histórico.

*
* *

Los *Episodios nacionales*, de Galdós, pertenecen al más *histórico* de estos dos géneros ó estilos, al que evoca directamente lo *memorable* de la Historia. No se ha contentado, en efecto, el autor de *Marianela* con presentar á sus lectores el alma española de los tiempos de la guerra de la Independencia y de nuestras contiendas civiles, ni con hacer el retrato de la sociedad de entonces, sino que ha sacado á escena á los primeros personajes del drama histórico, y ha reproducido sus episodios culminantes: Trafalgar, el Dos de Mayo de 1808, Zaragoza, Gerona, las Cortes de Cádiz, las reacciones absolutistas y las conspiraciones liberales, la guerra civil, todas las etapas de la transformación de España á principios de este siglo y todos nuestros principales sucesos.

En esta evocación metódica de nuestra historia contemporánea llegan ya los *Episodios* al *abrazo de Vergara*, que puso término á la primera guerra civil en el Norte. El tomo séptimo de la nueva serie de *Episodios* titúlase *Vergara*, y tiene por asunto el memorable suceso que su nombre indica.

Es por demás interesante ese momento de nuestra historia, reproducido en el último libro de Galdós. Los dos perso-

najes principales, Espartero y Maroto, son ambos dignos de estudio, quizás en razón inversa de su importancia, pues el último, inferior bajo tantos aspectos al ídolo de los progresistas, atrae más la curiosidad, contemplado de cerca, por lo incierto, obscuro y hasta enigmático de su carácter, que tan pronto vacila ante las resoluciones graves y quiere desandar cualquier paso atrevido, como se lanza á los extremos más osados y radicales, v. gr., los fusilamientos de Estella. La psicología de Espartero es mucho más sencilla: aparece clara hasta en sus mismas marrullerías de soldado político, que á la vez que á la patria y al régimen de que fue defensor, quería servir á su gloria y engrandecimiento personal, achaque común de los capitanes famosos. La guerra no es altruista ni la milicia escuela de desinterés. La psicología de Maroto es más complicada, más tenebrosa. Quizás contribuye á ello el que, voluntaria ó involuntariamente, le miramos al través de un prisma desfavorable.

Acababa aquella guerra por cansancio, como la mayor parte de nuestras contiendas civiles, en que el más fuerte de los opuestos bandos no tuvo por lo común superioridad bastante sobre su contrario para imponerle la ley del vencedor, sojuzgándole sin condiciones. Esto ayuda á explicar la insistente repetición de estas contiendas, caso semejante al de los jugadores de ajedrez, que habiendo hecho tablas en la partida, descansan un rato para volverla á comenzar de nuevo.

La paz estaba en el ambiente, y en cierto modo puede decirse que Espartero y Maroto fueron instrumentos de la aspiración general de carlistas y cristinos. Pero la paz ansiada ya por todos, por fatiga, por hartazgo de sangre, por necesidad de descanso, no podía, sin embargo, hacerse á gusto de todos. No había dos tronos en España. Uno de los partidos beligerantes tenía que someterse y ninguno quería ser el sometido. De ahí que la gloria de la paz fuera para Espartero y la infamia para Maroto. Si la cuestión dinástica se hubiera resuelto de otro modo en el convenio, los papeles habríanse

trocado. Maroto habría sido el Espartero carlista, Espartero, el *traidor* de la causa liberal.

Instrumentos se ha dicho que fueron del sentimiento y de la voluntad generales los dos caudillos del abrazo, y hay que reconocer que la Providencia no podía haberlos elegido más adecuados para cumplir el fin que llenaron en aquel momento histórico. Espartero y Maroto parecían destinados á entenderse, por distintas razones. Ambos eran *Ayacuchos*, procedían de aquel Ejército de América, vencido por el Mariscal Sucre, y entre cuyos miembros se estableció por comunes estímulos de interés y de defensa mutua, al volver de las perdidas colonias, un estrecho compañerismo y una especie de tacto de codos. Uno y otro se encontraban amenazados por elementos hostiles dentro de su propio partido. Temía Maroto á la camarilla de D. Carlos, al grupo de los *ultras*, al partido de los *brutos*, que según Guergué, eran los únicos capaces de llevar á D. Carlos á Madrid (y acaso era cierta en el fondo esta aparente paradoja). Recelaba Espartero de los moderados, de la corte, del Ejército, de Narváez. Y así por diversos caminos conspiraban en favor de la paz las inquietudes de ambos generales y lo que tenía de frágil ó de débil suposición personal. Espartero necesitaba hacer la paz, para llegar á ser, como fue por algún tiempo, el árbitro de la España liberal. Maroto vió la salvación en la paz, que le ponía á cubierto de la venganza por los fusilamientos de Estella.

Galdós ha hecho resaltar bien en su novela la diferencia de caracteres entre ambos personajes, diferencia que predeterminaba desde luego á Espartero á la victoria. Mientras Maroto vacila y prolonga las negociaciones, y un día trata de reconciliarse con D. Carlos y al otro vuelve á la idea de la paz y procura hacer valer su situación y sus medios de defensa, con palabras; Espartero, hombre de acción, ayuda á la paz con la guerra; al par que negocia, estrecha á su enemigo, discute y pelea, poniendo en práctica el adagio: *á Dios rogando y con el mazo dando*.

Es natural que los recursos de la guerra sirviesen para adelantar la paz; así ha sucedido en todas las guerras, desde el momento en que la superioridad de uno de los beligerantes se declara. Pero es más raro y hasta paradójico que el militarismo sirviera de instrumento para la pacificación. Y sin embargo así fue. Maroto es, dentro del campo de la monarquía tradicional, un representante del militarismo pretoriano. Los fusilamientos de Estella, ejecutados sin formación de causa, la carta que después de ellos dirigió á D. Carlos y el convenio con Espartero, son otros tantos actos de pretorianismo, aunque el último fuese un gran bien. La presión ejercida sobre la corte carlista después de los sucesos de Estella es un pronunciamiento manso, por donde se ve que los mismos males corroían á la España absolutista que á la España liberal, cuando en aquélla no bastaba el culto á la majestad regia, ni la romántica adhesión que suelen inspirar los pretendientes que luchan por la Corona, para impedir que un general de no grandes dotes tratara al presunto monarca casi como los mayordomos de palacio á los reyes holgazanes de los francos. Tal indisciplina, tal insolente predominio de la milicia, era y ha seguido siendo el castigo de las guerras civiles y las sediciones militares, cuyos instigadores han forjado, sin curarse de ello, un arma funesta de dos filos.

Tal es la época que nos presenta el insigne autor de los *Episodios en Vergara*. Gran parte del libro está consagrada á presentar los preliminares del convenio, las negociaciones secretas entre Maroto y Espartero. Al histórico arriero de Begoña, intermediario en estos tratos, ha agregado el novelista un personaje producto de la fantasía: Fernando Calpena, el héroe de la acción novelesca en esta nueva serie de los *Episodios*.

En general, el autor ha aprovechado con habilidad los datos de la historia, así en la parte principal de la acción, como en sus accesorios y complementos, lo mismo cuando retrata á Maroto que cuando nos presenta á Zurbano y sus contrague-

rrilleros, ó cuando saca á escena á los partidarios y agentes de Aviraneta. Pudo, quizás, sacar mayor partido de algunos incidentes dramáticos que ofrece aquel período, pero hay que tener en cuenta los límites naturales de un libro de esta clase, dentro del plan de los *Episodios*.

En *Vergara* me parece más interesante la parte inspirada en los sucesos históricos, que el curso de la acción novelesca de que es protagonista el ya citado Fernando Calpena. En esta última parte hay, sin embargo, un magistral episodio que llama la atención por lo hábilmente traído y por la delicadeza psicológica de lo que expresa. Me refiero á la escena en que Fernando contempla con la melancolía de un amor que se desvanece, á Aura, la enamorada romántica de otros tiempos, curada, por la maternidad, de su pasado amor. Es esta una preciosa página digna de un maestro como Galdós; página de pensador y de poeta.

*
* *

Lances de amor y fortuna se titula un notable libro de cuentos que ha dado á la estampa D. José Cánovas y Vallejo. Contiene este volumen nueve cuentos de diferente extensión, titulados: *Como la otra*, *Por ocultos caminos*, *Con el sudor de mi frente*, *La parábola del turrón*, *El zig-zag de la muerte*, *La mecánica celeste*, *Fresnopatía*, *Los dones de la fe* y *Lo mismo, lo mismo*.

Sea cualquiera la diferencia teórica que se quiera establecer entre el cuento, lo que los franceses llaman *nouvelle* y la novela propiamente dicha (*roman* para los franceses), en la práctica, ó sea en la observación de la producción literaria, no se notan otras diferencias que las de grado y complejidad, pudiéndose decir que si cada uno de esos subgéneros tiene por ventura su tipo especial, esos tipos andan al presente harto confundidos. Varios de los cuentos del Sr. Cánovas son verdaderas novelitas, llenas de interés dramático. A este número

pertenecen los titulados *Como la otra*, *Con el sudor de mi frente*, y *Lo mismo, lo mismo*, particularmente el último, que es para mi gusto el más bello y más acabado.

El lugar común de que «no se sabe qué parte elegir en tal libro» ó de que «el ingenio del autor se mantiene en todas las páginas á la misma altura», etc., no puede aplicarse á esta obra, ni á casi ninguna colección de cuentos, poesías ó escritos independientes entre sí. En rigor, esa fórmula general sólo suele ser verdadera tratándose de escritos malos. Los cuentos del Sr. Cánovas son casi todos excelentes, y ninguno de ellos carece en absoluto de mérito. Los más extensos, entre ellos los citados y el que lleva por título *La parábola del turron*, son, á mi juicio, los mejores. Quizás algunos de los otros no son *contemporáneos* de estos, sino que fueron escritos en época anterior. Pero todo esto es conjetural, y lo único que puede afirmarse es que tales diferencias nada tienen de raro, pues la inspiración no ofrece productos enteramente homogéneos, como los de la fabricación mecánica.

La naturalidad y corrección de lenguaje con que están escritos estos cuentos, así como la gracia y viveza de la expresión, merecen señalarse como uno de sus principales méritos. Pero no es sólo la forma exterior lo que da valor á los *Lances de amor y fortuna*, del Sr. Cánovas y Vallejo, sino también la inventiva literaria, la composición de la fábula, el excelente desarrollo de la acción y la variedad en los asuntos y en la manera de concebirllos y exponerlos. El libro de cuentos del Sr. Cánovas es uno de los más amenos entre los publicados recientemente, y su autor demuestra ser también uno de nuestros buenos cuentistas, y acaso llegará á ser, si escribe novelas, uno de los buenos novelistas del porvenir, pues quien ha escrito *Lo mismo, lo mismo*, puede escribir, sin duda, excelentes novelas.

*
*
*

El Sr. D. Federico Gamboa, escritor mejicano, de una de cuyas novelas, titulada *Suprema ley*, hablé tiempo atrás á los lectores de LA ESPAÑA MODERNA, acaba de publicar una nueva obra: *Metamórfosis*.

El Sr. Gamboa es correspondiente de la Real Academia española, lo cual no impide que su libro esté lleno de galicismos, algunos de tal calibre como *mansardas*. Con sólo mudar una letra queda en francés puro.

Lo de los galicismos no impide tampoco que esta novela despierte algún interés, aunque mejor sería que estuviese escrita en más correcto castellano. Su asunto recuerda el de *La hermana San Sulpicio*, de D. Armando Palacio Valdés.

La *Metamórfosis* que nos presenta el Sr. Gamboa es la de una monja (de votos temporales) que vuelve al siglo y se transforma en mujer enamorada, y no á la manera mística, sino procediendo de un modo harto libre en su iniciación en el amor profano. Lo mejor de esta novela son los episodios secundarios y algunas descripciones y cuadros de costumbres. La acción principal es lánguida y difusa, y los caracteres de los principales personajes adolecen de inconsecuencia, como si el autor al describirlos se dejase llevar de ese flujo retórico que impulsa á algunos escritores á acoplar las varias ideas é imágenes que acuden á su mente, sin reparar en la concordancia entre unas y otras, de suerte que lo que empezó en un capítulo siendo de una manera determinada, acaba en el mismo ó en el siguiente trocado en tal otra cosa muy distinta.

Resulta demasiado larga esta novela con sus setecientas y pico de páginas. Se dirá que más larga es *Fortunata y Jacinta*. Pero es *Fortunata y Jacinta*. La novela del Sr. Gamboa se leería con mayor agrado si estuviera más condensada la acción. Las prolijas disquisiciones psicológicas del autor sobre lo que pasa en el interior de cada personaje, llegan á hacerse fatigosas para el que las lee. No es ese el género del Sr. Gamboa, quien está más acertado cuando pinta los libres amores de Rafael y Amparo, ó retrata á Chinto, uno de tantos tipos de pa-

rásito de la sociedad moderna, que cuando se engolfa en la explicación de la crisis moral de Sor Noelina ó de las dudas del Padre Paulino.

Con todo, el autor de *Metamórfosis* tiene innegables cualidades de novelista, si bien las ha acreditado mejor que en esta última obra, en su anterior no vela *Suprema ley*.

*
* *

Terminaré citando algunos libros recibidos de los que ya no puedo hablar en esta crónica. Los que ahora tengo á la vista son: *Pequeñas miserias*, tomo IX de las *Novelas argentinas*, de D. Carlos María Ocantos; *Gondar y Forteza*, interesante novela del Marqués de Figueroa; *La prima Juana*, novela, por D. José de Elola; *La deuda del Comandante*, *Los fuertes*, por D. Luis y D. Agustín Millares Cubas, escritores canarios; *Biografía y estudio crítico de Jáuregui*, por D. José Jordán de Urries, obra premiada por la Academia Española; *Jesús y el diablo*, poema en forma dramática, por D. Eduardo Marquina y D. Luis de Zulueta; *Novelas y cuentos*, por don Modesto Pineda; *La ermita del Santo Cristo de la Luz en Toledo*, estudio arqueológico, por D. Rodrigo Amador de los Ríos; *Sonetos*, por A. Yanguas Alcalde; *Batalla de flores*, poesías, por D. Juan García Goyena. Y basta por hoy.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEO BARCELONÉS

REVISTA HISPANOAMERICANA

SUMARIO.—El crucero *Río de la Plata* en Montevideo y la escuadra del Almirante Schley en Buenos Aires.—Manifestaciones patrióticas de los españoles del Uruguay coartadas por mandatos superiores.—Agasajos al Almirante Schley en la Argentina y banquete ofrecido al General Roca en Chicago.—Quejas de nuestros connacionales.—Armonía entre la Marina militar y la Marina mercantil.—¿Se expulsa de América nuestra bandera militar?—La política comercial en el Uruguay y la política interior en la Argentina.—Mitre y Pellegrini.—Alcorta en Londres.—Nuevas elecciones presidenciales en Chile, el Ecuador y Méjico.—Los programas sobre Tacna y Arica.—Carta de Porfirio Díaz.—Nuevas revoluciones americanas en el Paraguay, Colombia, Venezuela y la Martinica.—El poder colonial de Francia en América en peligro.—Los canales é Inglaterra.—Cuba.

La llegada del crucero español *Río de la Plata* á la rada exterior de Montevideo, fue el 24 de Enero último el gran suceso para los españoles que residen en la República Oriental, y que, con los del Paraguay y los de la Argentina, habían contribuído á su coste por suscripción, para regalarlo á España cuando más encendida se hallaba la guerra con los Estados Unidos. Este acontecimiento esperado con toda la ansiedad que al espíritu conmueve en la exaltación de sentimientos que excitan el amor y el recuerdo de la patria ausente, sobre todo cuando ésta ha pasado por las amarguras de tantos infortunios, había sido anunciado en telegrama del Ministerio de Marina de Madrid á los presidentes de las Asociaciones patrióticas de Montevideo y Buenos Aires el día 17 del mismo mes. En las dos capitales se acordaron inmediatamente programas de obsequios con que festejar á nuestros marinos, y se dispu-

sieron á concurrir á las dos poblaciones del Plata para ver el hermoso barco los suscritores que tenían su vecindad en los departamentos más lejanos. En Buenos Aires, la impaciencia de nuestros connacionales era tal, que algunos dispusieron fletar otras embarcaciones para acudir á la otra orilla del río de Solis durante los días que era de suponer que el crucero permaneciera en las aguas de la capital del Uruguay. Todas estas disposiciones tomaron un relieve de mayor exaltación, cuando de Río Janeiro se recibió otro telegrama del Comandante del buque, el Capitán de fragata D. Jacobo Mac-Mahón, en que decía:—«*Salgo mañana temprano. Estaré en Montevideo el día 23.*—MAC-MAHÓN.» Con todo, la procedencia de este telegrama ya fue objeto de la primera contrariedad, de las muchas que á nuestros connacionales del Plata ha producido la llegada de su crucero, en lugar de las satisfacciones que tenían derecho á esperar. Río Janeiro, en efecto, como todos los puertos del Brasil, está declarado sucio á causa de la peste bubónica complicada con la fiebre amarilla, y claro es que habiendo tocado en él, el *Río de la Plata* á su llegada á Montevideo había de sujetarse á las medidas sanitarias que el Gobierno uruguayo tenía tomadas para las procedencias de estos lugares infectos. Primero se creyó que las autoridades sanitarias de la Oriental se limitarían á hacer que el barco permaneciese un solo día en observación; pero pronto se supo que, aplicándose todo el rigor de las disposiciones vigentes, á pesar de su breve estancia en el puerto brasileño, el crucero no entraría sino en la rada exterior del de Montevideo, donde permanecería en incomunicación completa después de su desinfección, durante diez días, es decir, hasta el 4 de Febrero.

En las primeras horas de la mañana del día 23 el *Río de la Plata* entraba gallardamente y fondeaba frente á la isla de las Flores, y después de practicarse allí las operaciones de desinfección, por la tarde levó anclas y tomando posición en la rada exterior, saludó con sus cañones á la plaza y á la bandera uruguayana izada al tope del palo mayor. Contestóle la fortaleza Ge-

neral Artigas, que á su vez había enarbolado en su torre la bandera de España. Inmediatamente llegó á sus inmediaciones el vapor mercante *Corsario*, cedido por la casa Lussich, llevando á bordo al encargado de Negocios de España D. Fernando Tovia, al presidente de la Comisión patriótica D. Antonio Serratosa y á otros distinguidos miembros de los Clubs y Asociaciones españolas, y puestos al habla con el comandante del buque, señor Mac-Mahon, cambiáronse de bordo á bordo aquellas expresiones de caluroso afecto y patriotismo que el caso requería, y que palpitaban además en todos los corazones.

Desde aquel momento el capitán de fragata Sr. Mac-Mahon no dejó de recibir á diario los mensajes de la más cordial salutación de todas las Juntas patrióticas españolas constituidas en el Uruguay. La más expresiva y extensa era la de la capital, suscrita por su actual presidente D. Baldomero Cuenca y el secretario D. Antonio Aguayo. No hay que decir que todos estos documentos estaban inspirados en la nota más fervorosa del patriotismo; pero el mensaje de la de Montevideo, con generosa inspiración, tendía á más que á la expresión sincera de este patriotismo y á la salutación cariñosa á los marinos de la patria que han llevado al río que da nombre al crucero su representación más gloriosa. En él hay nobilísimos lenitivos para los dolores pasados, las pérdidas sufridas y las leyendas eclipsadas, votos ardientes de esperanzas y juramentos de una eterna confraternidad. No obstante, mientras la Comisión patriótica avisaba por medio de los periódicos á los que habían formado el primer Comité nacional español, á la Comisión patriótica para el crucero *Río de la Plata*, á la Comisión patriótica para la suscripción nacional, y á los señores presidentes y miembros de las Juntas directivas de Asociaciones españolas, Comisiones patrióticas departamentales é individuos de la Prensa española para constituir la Comisión de recepción que había de saludar en su visita oficial el domingo 4 de Febrero al Comandante, oficialidad y dotación del nuevo buque, para que se reuniesen á este fin en el muelle de la Ca

pitania á las tres de la tarde del día referido, el día 26 se recibió una comunicación del Comandante del crucero expresando haber recibido un nuevo telegrama del Ministerio de Marina de Madrid, en que se le ordenaba apresurar la salida del puerto de Montevideo tan pronto como se le pusiera en libre plática, y no permitiéndole permanecer en él sino un par de días á lo sumo. No hay que describir el efecto producido en nuestra colonia española del Uruguay por esta segunda contrariedad, cuyo móvil y cuyo objeto nadie se explicaba. La Comisión de festejos, que organizaba su programa comenzando por un *lunch* que se había de verificar el día 3 en el Club Español, quedó perpleja y desorientada, sin que ni del Comandante del *Río de la Plata*, ni de nuestro encargado de Negocios en Montevideo pudieran obtenerse explicaciones que calmaran el justo enojo de tan inesperada disposición. En la capital de la otra banda, la noticia comunicada por telégrafo causó una impresión no menos profunda, tanto más cuanto que la colonia española de Buenos Aires tenía también preparados obsequios de mayor resonancia, y entre ellos la solemne fiesta á bordo á que había de dar lugar la bendición y entrega de la bandera de combate del buque, que también ha sido costeada por suscripción popular. A esta fiesta había de suceder un gran banquete que debía presidir el Ministro de España, con la asistencia de una gran invitación oficial y la entrega de un album con las firmas de todas las personas que hubiesen visitado el crucero, suscritas en hojas ilustradas por los artistas españoles que residen en la Argentina, con motivos inspirados en recuerdos de la madre patria. Otro banquete disponía el Ministro de España en su residencia oficial, y todos los centros recreativos y Sociedades españolas habían organizado interesantes fiestas para agasajar á los marinos, obteniendo todos estos proyectos la adhesión unánime de toda nuestra colectividad colonial en aquella República.

*
* *

¿Qué razones han existido para que el viaje de retorno del *Río de la Plata* se acelere y hayan quedado descoloridos estos festejos así en una banda como en otra del río de Solis? Ni en la Argentina, ni en el Uruguay se las ha explicado nadie. Pero todo el mundo ha observado el contraste que esta conducta con nuestro crucero, regalado á España por aquellas colonias, forma con el espectáculo que han presenciado en las mismas aguas y en los mismos días ante la presencia de la pequeña escuadra norteamericana que manda el Almirante Schley, y que se ha adelantado á nuestro buque para concurrir al Río de la Plata á pasear la victoria de Santiago de Cuba, y á recibir todos los homenajes de todas las Repúblicas de la América que fue española. La escuadra del Almirante Schley la componían el acorazado *Chicago*, el crucero *Mongotmery* y el cañonero *Villmington*, el invasor del Amazonas, que llevó á los insurrectos del Acre las armas con que se han pronunciado contra la soberanía de Bolivia. Su llegada á la rada de La Plata produjo el entusiasmo consiguiente en la colonia yankee que reside en Buenos Aires, la cual dispuso en honor del Almirante Schley, de los Comandantes de sus tres buques, Rockwase, Mersell y Allibone, y de sus oficiales Robinson, White, Wells, Ruck, Barnett y el Dr. Wells, una gran recepción en el *Prince George's Hall*, cuyo pórtico y salones fueron decorados con la mayor magnificencia. En el salón principal, la bandera argentina rodeada de grandes banderas norteamericanas, entre un decorado espléndido de follaje y luces eléctricas, bajo ampollas multicolores, ocupaba el testero principal, representando más que el honor debido á la cordialidad de un hospedaje afectuoso, los nuevos vínculos políticos con que la Argentina se ha ligado á la gran República del Norte. A la *promenade* en honor de Schley, acudió una concurrencia como jamás se había visto semejante en las grandes festividades argentinas, y durante el servicio del *buffet* hubo discursos de alto sentido político, sellados con la solemnidad de los dos himnos argentino y norteamericano.

El complemento de estas expansiones, y naturales de parte de la colonia americana de Buenos Ais al ser visitada, no sólo por la bandera y los buques de su patria, sino por uno de los hombres que ha adquirido recientemente en su país un gran prestigio militar, ya histórico, contra España, fue el banquete que el Almirante Schley dispuso a bordo del *Chicago* el día 26, en honor del Presidente de la República Argentina, General Roca. Concurrió éste, acompañándole el comodoro Rivadavia, Ministro de Marina; el Encargado de Negocios de América, Mr. Jones; los edecanes Irambio y Gramajo, y otras cuatro personas de alta posición oficial; y como con este motivo en la rada se empavesaron el crucero *25 de Mayo* y los acorazados *Libertad* é *Independencia*, el panorama resultaba espléndido. Schley le recibió en gran uniforme; la comida estuvo llena de notas interesantes, y los brindis, aunque lacónicos, entre Schley y Roca, Roca y Rivadavia, fueron lo suficientemente expresivos para imprimir á aquel acto toda la importancia que, indudablemente, se aspiraba á darle, tal vez para hacerle resonar en Santiago de Chile y en Londres; aunque en Londres y en Santiago de Chile ya habían resonado no hace mucho tiempos actos de parecida importancia, cuando los mismos brindis se pronunciaban á bordo de otros buques, entonces argentinos en Punta Arenas.

Aunque para nadie sea un misterio la significación internacional que en estos momentos, en que el Sr. Alcorta tanto trabaja en Londres por los intereses de su país, tiene la visita del Almirante Schley á Buenos Aires y los banquetes del *Chicago* y los brindis pronunciados en él, en la colonia española de las dos orillas del Plata, inducida por cavilidades, sin duda, pero al fin por cavilidades que justifican, no ha podido menos de relacionar las contrariedades que se le han hecho sufrir desde España en el viaje del crucero *Río de la Plata*, con los hechos de la escuadra del Almirante Schley que se acaban de relatar. ¿A qué su arribo intempestivo y sin objeto al puerto infecto de Río Janeiro? Por qué la aplica-

ción en Montevideo de todo el rigor de las medidas sanitarias, que debieron limitarse á las operaciones de la desinfección, y á lo sumo á veinticuatro horas de incomunicación y observación? ¿Qué interés supremo determina la orden recibida para acelerar el término de su viaje y abreviar de una manera inconsiderada su estancia en las aguas del Plata, quitando á los buenos connacionales, que con sus óbolos han contribuído á su construcción para regalarlo á España, la justa satisfacción de recrearse algunos días en el que ha sido objeto de su patriótico sacrificio? Los españoles de la Argentina y del Uruguay han expresado su enojo por la concurrencia simultánea de buques norteamericanos, mandados por el destructor de las naves españolas en Santiago de Cuba en las aguas del Plata en la fecha en que estaba anunciada la llegada de una nave de guerra española, y todo el mundo se pregunta: «¿Es que en el tratado de París hay alguna cláusula secreta, por la que la bandera militar en España queda proscrita de todo dominio americano? ¿Es que Norte-América lleva la pretensión de su victoria hasta negar á los buques militares de España todo asilo ó permanencia en aguas americanas?» Aunque esta proposición materialmente sea absurda, hay disculpas al patriotismo contrariado que la formula.

Para pensar así los españoles de la Argentina y del Uruguay recuerdan que en el mes de Enero, hallándose el buques-escuela *Nautilus* también en Montevideo, en vísperas de recibir los agasajos que se les preparaban por los españoles allí residentes, se recibió una orden del Ministerio de Marina, disponiendo su rápido é inopinado regreso al Ferrol, sin que satisficiesen á nadie las explicaciones que sobre aquel hecho dió nuestro Encargado de Negocios. Pero los españoles que residen en el Uruguay y en la Argentina se dicen, que pabellón mercantil que no garantiza y hace respetable el pabellón militar de la patria, no puede concurrir á ningún mercado, y que si la bandera militar española no puede flotar en América sobre los topes de nuestra Marina militar, habrá que renunciar

á que ampare el comercio marítimo que allí queremos que florezca. Sobre este punto, conviene que se hagan declaraciones explícitas y terminantes.

*
* *

Los momentos en que se nos hacen sufrir estos reveses morales, que amenguan nuestro prestigio más aún que los éxitos desventurados de la guerra y las pérdidas de la irresolución, son harto críticos para nosotros. Aspiramos á conservar en América el vínculo de la sangre, la atracción de la fraternidad, la comunidad de la leyenda de los siglos, y excluidos totalmente de aquel hemisferio, no nos queda otra base con que sostener este ascendiente que nuestras importantes emigraciones, sobre todo en el Río de la Plata, donde aplicadas al desarrollo de los intereses generales por medio del trabajo y de la inteligencia, constituyen ya un factor importante de aquella población de acarreo, que es el nervio de las dos Repúblicas. En las agitaciones interiores de la política de una y otra, nuestro nombre ni el de nuestros connacionales no toma la menor parte. Sin las aparatosas ponderaciones con que los italianos que allí residen exaltan los beneficios que crean y los beneficios que logran, el peso de la influencia española se deja sentir tan sólidamente como el de las colonias más laboriosas, sin lastimar sentimientos, ni aspirar á protectorados, ni soñar en conquistas. El primer establecimiento de crédito que en la Argentina se halla en el mayor grado de plena prosperidad es el *Banco Español*, cuya balanza del año 1899 ha llamado la atención de los hombres de negocios de todos los países en aquella República, pues representa el considerable desarrollo de sus operaciones. Sus accionistas han recibido en el último año por el ochenta por ciento que les corresponde un diez por ciento en dos dividendos semestrales de cinco pesos por acción, teniendo una existencia en caja de 23.754.350,90 pesos moneda nacional, y 5.385.959,85 en oro, que son casi el

importe total de sus depósitos metálicos. En la otra ribera, aunque el nombre santo de la patria originaria no se olvida, y aunque á semejanza de lo que los italianos tienen establecido en todas sus colonias americanas, se ha formado una *Liga española de consumidores*, á fin de fomentar el comercio con la península y dar mayor y más fácil colocación á aquellos productos y manufacturas nuestras que, á más de tener grandes ventajas sobre sus similares de otra procedencia, reúnan la condición de mayor bondad y baratura; con todo, habiendo tomado al país en que residen y que mañana será la patria de sus hijos, el mismo amor que á la patria en que nacieron, se esfuerzan, como los más, en la prosperidad y en el porvenir de la República, y en un hermoso artículo publicado en *La España*, de Montevideo, se leen párrafos tan expresivos como los siguientes:

«La residencia predilecta de los españoles—dice,—que llaman *tacita de plata* á Montevideo y *jardín de la América del Sur* al territorio del Uruguay; esta región, excepcionalmente privilegiada, en que florece nuestro comercio, cultiva con fruto la tierra nuestro brazo y se desarrolla potente nuestra iniciativa industrial, compitiendo ventajosamente en todos los terrenos con el esfuerzo extranjero, está llamada á espléndido porvenir en el no lejano día en que los últimos hálitos de tradicionales rencores é históricas desconfianzas desaparezcan barridas por el huracán poderoso de una cordial inteligencia y de una voluntad firme y decidida de regeneración tenaz y perdurable. Aquel día, cuando un bosque de mástiles oculte el horizonte, que se recorte en los límites del anchuroso y seguro puerto; cuando el eterno tronar de las sirenas, el rumor de las máquinas, la trepidación de las ferradas vías llene el aire de sonidos ensordecedores; cuando el precipitado ir y venir de las gentes que llenen las asfaltadas aceras de las amplias avenidas se acentúe; cuando el ambiente esté saturado por el humo del carbón de piedra y se cierna en el espacio la tenue neblina que escapa de un centro de febril y empeñoso trabajo; cuando sur-

quen la feraz y accidentada campiña las múltiples arterias que lleven la raíz y poderosa sangre del corazón á la periferia, facilitando el crecimiento y la vida de un gran organismo productor dilatado y poderoso; cuando un millón de brazos, atraídos por la bondad del clima y por la belleza del cielo, remueva esta tierra fértil y llena de ricas promesas, cerniéndose sobre el grandioso cuadro el eco sonoro del habla castellana y notándose en el vital latido de la arteria la presencia múltiple del rojo glóbulo de la sangre española; aquel día la colectividad ibérica, que ha hecho de este suelo su segunda patria, la predilecta de su corazón y la cuna de sus hijos, llegará seguramente al apogeo de su esplendor, haciéndose notar y distinguir entre todos los elementos que constituyen el gran organismo, por su contracción, por su laboriosidad y por sus insuperables condiciones morales. No está lejano ese día, en que el grandioso porvenir de la República Oriental deslumbre con sus poderosos resplandores, y el día en que la colectividad española recogerá el fruto de su labor perseverante, entonando confundidos en fraternal abrazo españoles, extranjeros y uruguayos el gran himno de la libertad y del progreso. Tan sólo hace falta para llegar á la realización inmediata de tal halagüeña perspectiva ecuanimidad en unos, voluntad decidida en otros, y empeño y perseverancia en todos. El gran día está cercano: despejemos de obstáculos el camino y preparémonos á recibirlo dignamente.»

Los españoles de Buenos Aires aún son más reservados. El eco de su voz no se siente siquiera en la influencia directiva de la política que allí prevalece. Cuando la elevación del General Roca á la presidencia de la República, simbolizando su nombre una promesa de paz interior y exterior, un impulso enérgico á la solución de los problemas económicos que dificultan el progreso material de aquel país, una vindicación de supremacía moral sobre toda la raza española que puebla el inmenso espacio de aquel vasto continente y un escudo de defensa contra la inmunidad de toda ella, la colonia española fue de

las que más calurosamente le rindió el tributo de su simpatía. Este tributo de simpatía se hizo aún más elocuente después de las entrevistas de Punta Arenas y de las esperanzas que hicieron concebir aquellos pactos. Desde la resolución arbitral de la Puna de Atacama, la conducta del General Roca apostató de todo su significado, y la colonia española de Buenos Aires, encerrada en la reserva del silencio, sólo ha demostrado el respeto debido al supremo magistrado del país en que se hospeda. No había para qué hacer en las orillas del Plata las ruines demostraciones que á ellas ha llevado la escuadra del Almirante Schley al visitar aquellos puntos la nave española que las colonias emigrantes de España han regalado por suscripción á su país, puesto que ni España pretende, ejercer sobre sus hijas del Nuevo Mundo otro ascendiente que el puramente moral del vínculo de la sangre, que es tan indestructible como el que ligó á los Estados Unidos con Inglaterra, ni las emigraciones españolas que en el Plata residen aspiran siquiera á influir en el ambiente político de la Argentina y del Uruguay, como otras emigraciones influyen.

Si algún elemento de perturbación en la armonía de la política de la Argentina últimamente se ha introducido en aquel país, no son las emigraciones europeas las que lo han introducido, sino la fatal política de intervención y de absorción que los Estados Unidos se arrogan en todo aquel hemisferio que desean tragarse, bajo la máscara hipócrita de la doctrina de Monroe. Sin inspiraciones exteriores de nadie, el General Roca, sobre los pasos de su ilustre antecesor, suscribió la paz con Chile y la Argentina, y el mundo imparcial aplaudió aquella conducta. Sin inspiración de nadie, el General Roca santificó aquel pacto con su visita al Presidente Errázuriz, y toda la América que fue española y todo el mundo imparcial de los dos hemisferios aplaudió aquel acto. Los Estados Unidos, como Mefistófeles, se metieron en medio y todo lo han mixtificado. Y á tal punto los problemas resueltos han retrocedido hacia su antigua acritud, que cada día el desvío de

Chile se hace más notable; los otros pueblos han dejado de ver en el General Roca el lábaro de salvación; la Argentina misma contiene el resuello en la desconfianza de lo que el arbitraje de Londres sentencie en la cuestión de las fronteras; la situación interior financiera se involucra cada vez más en lugar de despejarse; han vuelto á surgir los divorcios de partido, y si ya no se ha llegado á algún acto de violencia, débese á la actitud del General Mitre, que en su ancianidad, á pesar de las invasiones de Pellegrini, no quiere que su nombre ni su representación vuelvan á sumir su patria en el dédalo de las antiguas rivalidades; mientras los amigos más consecuentes del General Roca, los más apartados de la política, los que por este mismo alejamiento ven más claro en la aventurada pendiente por que se ha precipitado desde el laudo de la Puna de Atacama, le escriben cartas como la publicada en *El Orden* de Tucumán, en que un alma argentina llena de zozobra y dolorida le dice: — «Tuve la generosa y patriótica ilusión, cuando ascendiste al Gobierno, de que iban á empezar tiempos nuevos para la República. ¡Cuántos, como yo, se han engañado! Ya nadie espera nada de tu Gobierno. Todo el mundo repite, y lo que es más doloroso, repite con razón, que has faltado á tus promesas.» Roca le ha contestado: ¿pero qué ha contestado? Otra abdicación, otra vergonzosa abdicación para un gobernante á quien se creyó un salvador.—«¡Qué fácil es trazar programas desde el llano y qué difícil cumplirlos en las cumbres! ¡Soy un jefe dirigido!»—¡Un jefe dirigido, el que se creyó un redentor! ¡Qué vergüenza! Bien dice el anciano General Mitre:—«Mi patriotismo ha salvado otra vez la paz de la República»—Vaya, vaya el General Roca á terminar su mandato de rodillas, á los pies de Mac-Kinley, entre los esplendores de Buffalo. La historia dirá de él que su patria, América, el mundo, lo escogió como una esperanza, y ha sufrido un triste desengaño.

De todos los actos de su política no quedará más que un hecho, que será bastante con el tiempo, para salvar en Améri-

ca la inmunidad de la raza en peligro: la reconciliación del Gobierno argentino con el Pontificado católico, borrando la triste laguna de los diez y ocho años transcurridos desde la expulsión de Monseñor Mattera. León XIII, con su inmenso ascendiente, ha hecho este milagro. No ha dado la púrpura á Monseñor Castellano, que ha bajado al sepulcro en la expectación siempre de la elevada investidura; pero las relaciones entre los dos Gobiernos serán mantenidas por la representación de un internuncio, Monseñor Sabatucci, y esta jerarquía en la representación diplomática del Vaticano en la Argentina que es una gran muestra de predilección de parte del Papa no sólo á la Argentina, sino á toda la América española, afirmará más este signo religioso de independendencia, que es á la vez otro de los distintivos étnicos de las dos razas rivales. Las antiguas coronas de España no tuvieron sino legados, y á la Península no vino el primer Nuncio del Papa Julio III hasta los últimos años del reinado del Emperador Carlos V, en 1551. La sangre, el habla, la fe serán en el porvenir los elementos de la salvación en América de aquella raza, á quien el Nuevo Mundo debe su cultura y su prosperidad. El general Roca ha declinado el símbolo que quiso hacerse en su persona, en su política y en su patria de esta hermosa significación.

*
* *

Méjico y Chile se agitan en la gestación de las nuevas elecciones presidenciales, acercándose el plazo constitucional del término del mandato que respectivamente ejercen el General Porfirio Díaz y el Dr. Federico Errázuriz. La reelección de Porfirio Díaz será un hecho que no admite duda. No ha faltado en Méjico quien haya pretendido sustituirle, bajo el pretexto de lo avanzado de su edad. Pero ¿quién resiste el torrente de la opinión, que con justicia idolatra á su viejo Presidente? Sin embargo, el veterano General, advertido de estas aspiraciones, juntamente que de aquella adhesión á su perso-

na que en Méjico es un sentimiento verdaderamente universal y filial, al recibir de labios del licenciado Rafael Dondé el mensaje de la manifestación pública hecha en su honor en la capital de la República, contestó con esta expresiva alocución:

«CABALLEROS INDUSTRIALES, BANQUEROS Y AGRICULTORES: QUERIDOS CONCIUDADANOS: Permitidme que antes de entrar en el fondo de la grave y delicada cuestión que vuestra benevolencia os induce á proponerme, os haga presente mi profundo reconocimiento por la honra que me prodiga esta gran manifestación; que si grande es por el número de caballeros manifestantes, lo es más aún por la independendencia personal, elevada posición social y recto espíritu que distingue á todos y á cada uno de vuestros compañeros y amigos ausentes, que os han investido con su representación. El argumento de más efecto y que más me ha impresionado entre los que acabais de aducir, al razonar vuestra cívica y patriótica gestión, es incontestable. Tenéis mucha razón. En la disyuntiva de qué sirva yo cuatro años más, si se me considera útil, y se me requiere, ó vaya á buscar en el descanso la prolongación de mis días, no es admisible que incurra en la mezquindad de disputar á mi patria los últimos años de una vida que desde la juventud le consagré sin reservas, y que jamás pensé fuese tan larga. Pero hay que tener en cuenta que al cumplir el presente período de mi actual empeño, cumpliré también setenta años; que al cumplir el siguiente tendría setenta y cuatro; y la verdad, hablando con la franqueza que preside todos mis actos y se impone en el presente, declaro que no me parece que un hombre de setenta y uno á setenta y cuatro años de edad, contando de éstos cuarenta y tres de dura vida militar, sea el jefe á propósito para conducir un pueblo joven, inteligente y brioso, que con creciente rapidez y universal aplauso corre á su alto destino por una vía de tangible progreso moral y material. Ahora bien; si no obstante esta solemne declaración, tan oportuna como leal, mis compatriotas me imponen su

mandato, les rogaré que lo tengan presente, como previa excusa por las deficiencias que no bastan á prevenir el profundo respeto con que lo acataría, y á mi anhelosa voluntad de cumplirlo.»

A pesar de estas manifestaciones, Porfirio Díaz continuará siendo el supremo representante del Poder político de Méjico, mientras viva. Méjico republicano no puede discernirle una corona; pero agradecido profundamente á lo que á su Gobierno ha debido, se acoge á la sombra paternal del árbol viejo que le ha dado vida, paz, libertades, educación, industria, respeto, prosperidad y todos los bienes que una sociedad bien cimentada puede apetecer.

En Chile no pasa lo mismo. Todos reconocen los méritos que adornan al presidente Errázuriz y la suma moderación y acierto que han caracterizado su poder. Pero en Chile las ambiciones personales son más vivas que en Méjico; y en el teatro del poder, Errázuriz, que trae larga tradición de familia en el puesto eminente que ocupa, no ha tenido, sin embargo, ni la ocasión ni la fortuna de poder representar allí lo que Porfirio Díaz en la nación que gobierna. En Chile la presidencia de la República tiene en estos momentos de gestación de candidaturas varios candidatos. Acaso el que más probabilidades de éxito cuenta, pues cuenta, al parecer, con mayor corriente de opinión en su favor, sea D. Fernando Lezcano. Esto no obstante, también se agitan y tienen partidarios resueltos, D. Germán Riesco, el Almirante D. Pedro Mott, don Claudio Vicuña, otro Montt, D. Jorge, el Sr. Puga Borne y D. José Antonio Gandarillas. En los círculos militares se trabaja en pro del general Vergara y de D. Joaquín Walker; pero la falta de apoyo de los partidos políticos por una parte, y la tendencia común en toda América á emancipar los poderes soberanos de las tutelas militares, hará acaso infructuosos los trabajos que se hacen por sus candidaturas. La mayoría de votos en el próximo Congreso se pronuncia visiblemente ya en pro del Sr. Lezcano.

En el Ecuador también se preparan nombres con que sustituir al general Eloy Alfaro, á quien los partidos tradicionalistas combaten sin tregua en las emboscadas de una tras otra revolución. Hay que respetar hasta cierto punto el fanatismo de las ideas, y hasta parece natural el movimiento de resistencia que se opone á la invasión del espíritu nuevo que el General Alfaro ha conseguido infiltrar en su país. Pero la historia, ya que sus contemporáneos no lo reconozcan, ha de poner en alto pináculo el nombre de este feliz reformador. Alfaro ha hecho del Ecuador desde la ruidosa caída de Cordero, un país nuevo. El ha implantado en las leyes, en la educación y en la administración pública los verdaderos principios de la democracia por que se rigen todas las nuevas sociedades de América. A él se debe el impulso dado á todos los progresos, así del orden moral como del material. El ha dado paz y tranquilidad al país. El ha dirigido el movimiento industrial que allí se desarrolla, y la República equinocial le debe los adelantos todos con que, cuando menos, se ha colocado al nivel de los demás pueblos que la circundan.

La integridad de su patria le debe recientemente uno de sus mayores servicios. Los Estados Unidos pretendieron apoderarse, con su sagacidad acostumbrada, de las islas Galápagos, y los periódicos yankis circularon la noticia de que el Gobierno del General Alfaro había entrado en tratos con el norteamericano para que estableciera en aquel archipiélago, que á la apertura de los canales interoceánicos habrá de convertirse en un emporio de riqueza, un depósito de carbón. El General Alfaro no se satisfizo con que esta especie insidiosa se rectificara por medio de la prensa, sino que hizo que su Ministro de Relaciones Extranjeras dirigiera una nota al Ministro de los Estados Unidos acreditado en Quito, á fin de que rectificara si en algún tiempo semejantes proposiciones se habían hecho de parte del Gobierno americano al Gobierno ecuatorial. El Ministro de los Estados Unidos contestó negando que se hubiese tratado jamás entre los dos Gobiernos de semejante asunto, y

el General Alfaro inmediatamente hizo publicar en todos los periódicos de América los dos documentos. Este simple hecho es una revelación de las eximias dotes de gobernante que adornan al General Alfaro. Sin embargo, la revolución constantemente le ataca. El ama la paz de su país, y creyendo que su nombre sea el obstáculo para que la paz se consolide, acaso no permita ser reelegido si se le indica para la continuación de su supremo poder ejecutivo.

*
* *

Esto de las revoluciones americanas es una enfermedad endémica que no acaba de curarse. ¿Ha concluido la del Perú? Todavía el 25 del mes último, el Gobierno del Presidente Romaña se ha visto obligado á hacer prisiones preventivas de personas que, colocadas en elevada posición política, favorecen los planes de la revolución aún no extinguida. Entre los presos del 25 de Enero figuran el Senador Dyer, suegro del Diputado Durand, constituido en jefe del nuevo movimiento revolucionario, y que se ha asilado en Iquique; también ha sido preso el médico Flórez, que hasta hace poco había sido uno de los amigos más consecuentes de Nicolás Piérola, y que se ha convertido en uno de sus más acérrimos adversarios. Por último, están en las cárceles también los Diputados Valera, ex-Presidente de la Cámara; Leguía y Martínez, *leader* de la Unión Nacional en el Congreso, y otros representantes electivos del país. Mientras estos caudillos de la indisciplina mantienen en el Perú la situación de incertidumbre que crea toda sociedad política, minada por las agitaciones revolucionarias, Chile, procurando *chilenizar* los territorios cautivos de Tacna y Arica, hace fundar en ellos numerosas escuelas desempeñadas por profesores chilenos.

¿Ha terminado la insurrección en Colombia? Cuando en las últimas fechas de Enero se discutía si el combate de Peralonso, favorable á la revolución, sería ó no sería el triunfo

de ésta, la derrota de los revolucionarios con la muerte de Uribe y Uribe en la Mesa de los Santos, el abandono de Pamplona por el General Leal y la llegada á Cúcuta de las fuerzas del General González Valencia, dan las seguridades de que la revolución no adelanta un solo paso, y que la fuerza legal del Gobierno es cada vez más poderosa para concluir con esas revueltas parricidas. Los revolucionarios en fuga se prometían, cuando se apoderaron de Bucaramanga, poder llegar á Caracas por el camino de Socorro, á 65 millas al Sudoeste de Pamplona; pero la paz completa no es un hecho consumado.

¿Ha terminado la revolución en Venezuela, después del reconocimiento del Gobierno del General Castro? En Venezuela sigue dominando la anarquía. Por una cuestión de índole privada, el General Natividad Mendoza ha muerto de cinco tiros de revólver en el abdomen, á manos de su jefe de Estado mayor el General Celestino Peraza. El nuevo Gobierno constituido pidió un préstamo á la Banca de Caracas: su negativa fue seguida de la prisión de los directores del Banco de Caracas y del Banco de Venezuela, mientras en los primeros días de Febrero los revolucionarios á las órdenes del General Valentín Pérez derrotaban las tropas del nuevo Gobierno en San Fernando, capital de Ipur. ¿Está en estos hechos el término de la revolución?

Del Paraguay corrieron noticias de que el Presidente de la República, Emilio Acebal, había sido derrocado en una revolución sin efusión de sangre. Lo más notable de este movimiento, dirigido á colocar de nuevo en la Presidencia al General Egúzquiza, es que en los momentos de estallar estaba planteada una crisis ministerial, y que en el Gabinete que se recomponía, Acebal había ofrecido la cartera de la Guerra al mismo General que lo ha destituido. ¿Qué significa Egúzquiza más que Acebal, ni Acebal más que Egúzquiza?

La insurrección de los negros de la Martinica, ha tenido algunos días en viva expectación la opinión y el Gobierno de Francia. Muchos periódicos creían que la pequeña Antilla francesa, atizada por los agentes norteamericanos, se disponía

á seguir el camino de Cuba y Puerto Rico. Verdad es que en estos momentos Francia tiene en América pendientes varios graves problemas, que se asemejan á conflictos. La intervención que pretende tener en los arreglos de la Compañía del Canal de Panamá al ser transferidos sus derechos á una Compañía americana, toma este aspecto peligroso; la intervención en los asuntos de Venezuela, por la prisión en Caracas de un súbdito francés de los que han negado sus auxilios al Gobierno del General Castro, toma este aspecto peligroso; la actitud del Brasil en la cuestión del Amapá, después del laudo del árbitro de la Confederación suiza, toma este aspecto peligroso; y de cualquier manera la influencia francesa en aquel hemisferio sufre en estos momentos contrariedades penosas que exigen toda la habilidad y destreza del Gobierno de París, para que no caigan en una depresión moral que sería el principio de su ruina en América.

* * *

Esta cuestión de los canales es demasiado compleja y no está clara todavía. La prensa de Francia denominó *capitulación de Inglaterra* á las noticias que circularon sobre el consentimiento del Gobierno de la Reina Victoria en la abrogación del tratado Clayton-Bulwer. Pero después de las declaraciones de la *Philadelphia Press*, los acuerdos entre los dos Gobiernos de Washington y Londres no son como los periódicos de París los han comentado, é Inglaterra no renuncia á su intervención y á su participación en la obra de los canales, ni á los derechos de su jurisdicción internacional. Sin duda alguna, los Estados Unidos han querido aprovecharse del actual conflicto anglo-boer para sacar ventajas en su favor; pero el Gobierno inglés es harto hábil para dejarse arrancar de la mano ningún derecho para ella vital. Esta cuestión y la de Cuba, de donde tenemos interesantes correspondencias, nos es preciso aplazarlas para el número inmediato.

IOB.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—ENSEÑANZA Y EDUCACIÓN: La educación inglesa.—Nuevo plan de instrucción pública en la República Argentina.—Las horas de clase y la atención del alumno.—Los exámenes y las promociones escolares.—LITERATURA: Psicología de los títulos.—Siluetas parisienses. Victoriano Sardou y Juan Richepin.—«Paolo y Francesca», de Phillips. El nuevo drama de Ibsen.—HISTORIA: Historia anecdótica de la guerra anglo-boer.—ENCICLOPEDIA: El genio inventivo de la mujer.—IMPRESIONES Y NOTAS: Los teatros de Opera.—Anglo-sajones y latinos.—Las simpatías por los pueblos.—Delitos y penas de la civilización moderna.—Deducciones de la guerra anglo-boer.

ENSEÑANZA Y EDUCACIÓN

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
INSTITUTO NACIONAL DE HISTORIA Y GEOGRAFÍA

LA EDUCACIÓN INGLESA.—Es moda entre nosotros—dice en la *Revue des Revues* el profesor Herbert—extasiarnos con la educación inglesa. Demolins es un convencido de la superioridad de la raza anglo-sajona, y hasta lo es demasiado, sin duda para el mejor éxito de su colegio á la inglesa. El bachiller es un ser aparte, muy mal armado para la lucha por la vida, y por consiguiente destinado á desaparecer. Algo de bueno debe sin embargo tener el sistema cuando los competidores de la Universidad, que también hacen bachilleres, jamás han intentado modificarlo. ¡Suprimamos el bachillerato, y luego nos orientaremos hacia algo nuevo! Tal es la conclusión que hoy pasa por moneda corriente, aceptada por todo el vulgo. Lo que no lo es tanto es presentarse como adversario

absoluto del sistema inglés, y nada sin embargo es más fácil. El entusiasmo de Demolins se hubiera enfriado un poco si hubiera podido darse cuenta de que si es cierto que los ingleses tienen todo lo de que nosotros carecemos, también les falta en cambio todo lo que tenemos nosotros, y para convenirse basta haber vivido con ellos durante algunos años, no en una escuela modelo como Eton ó Harrow, que son la excepción, sino en uno de los muchos establecimientos que pululan en el Reino Unido, incluso los que llevan el pomposo título de *Public Schools* que sólo difieren de los demás en tener un Consejo de administración de discutible autoridad.

En Inglaterra la enseñanza es libre y la iniciativa personal se ejerce sin trabas, no siendo, en suma, los directores de colegio más que unos comerciantes, que compran, explotan y revenden sus establecimientos como una mercancía cualquiera. Esos señores no necesitan títulos universitarios, y muchos ni siquiera se ocupan de la enseñanza, reservándose el trabajo de entenderse con las familias y de cuidarse del castigo corporal de los alumnos. Otros, aunque nada entiendan de ello, se complacen en ingerirse hasta en los menores detalles de la clase, y no hacen más que molestar á los profesores que saben su oficio, pero que no pueden desempeñarlo á su gusto, no habiendo allí más iniciativas que las del director.

Los profesores, en casi todos los colegios, son solteros y viven internos en el establecimiento, haciendo vida común con los alumnos, durmiendo en su dormitorio, comiendo en su comedor, y compartiendo sus juegos y paseos, sin más que dos horas de libertad cada tres días, entre el té y la cena. Nadie trabaja allí por vocación, y en cuanto encuentran una colocación más lucrativa, dejan el colegio para dedicarse á otra cosa, siendo preciso ver al profesor inglés deslizarse á escondidillas en una taberna subterránea, en sus raros ratos de ocio, para no sorprenderse de que el pasatiempo del café sea el favorito de los repetidores franceses.

El reclutamiento del profesorado se hace por medio de agencias, y los requisitos que han de cumplir se reducen á dos: la posesión de un título de cualquier Universidad y el saber jugar bien al *foot-ball*. No se les exige ninguna garantía de saber ni se les encomiendan las clases en relación con sus aptitudes, sino que lo mismo se les encarga de gramática que de química, de geografía que de piano. En Windsor hay actualmente una *Public school* donde se encuentran dos franceses: uno, que se dice bachiller, es un meridional insignificante que habla un francés detestable, con pésimo acento y destrozando á cada paso la sintáxis: ese es el profesor de francés del colegio; el otro procede de una Escuela superior de Comercio, habla con cierta corrección y es inteligente y laborioso: ese es el mozo de limpieza de la casa; y al director, que sabe francés mejor que su profesor, nunca se le ha ocurrido invertir los papeles, poniendo la librea al primero y la levita al segundo. ¿Para qué? Lo que importa es que el profesor de lenguas sea un extranjero, «nature teacher», como dice el prospecto de la casa; con eso se rinde culto á la rutina y á las creencias del vulgo, y lo demás importa poco.

Un profesor de matemáticas, otro de Letras y un extranjero para todo lo demás: tales son los elementos esenciales del cuerpo docente de todo colegio bien montado, y con eso se tienen alumnos admitidos en Sandhurst (el Saint-Cyr inglés) sin más que trabajar unas horas al día. ¿Es que esos alumnos son más inteligentes? Nada de eso. ¿Es que los profesores son más hábiles? Tampoco. ¿Es que trabajan más tiempo? Mucho menos, pues no pocos colegios tienen tres medios días de *asuetto* por semana, sin contar los domingos, y sus vacaciones, aparte las del verano, son de un mes por Navidad y de tres semanas por Pascuas, considerándose allí cada *term* (trimestre) como una unidad con programa aparte.

¿En qué consiste entonces el milagro? En lo menos recargado de los programas: á los diez y ocho años el alumno inglés es sobre todo un mocetón con buenos puños; de latín no

sabe más que elementos; de su lengua, sabe hablarla como hablan en Francia la suya los que no saben leer ni escribir; de literatura, fuera de dos ó tres nombres famosos, no ha oído hablar de los escritores que han ilustrado su lengua, y en todo caso jamás ha leído sus obras por falta de tiempo; de historia, sabe que sus antepasados vencieron en Crecy, en Azincourt, y sobre todo en Waterloo, sin haber tenido nunca en sus manos un compendio clásico de historia, porque no los hay; pocas lenguas, nada de física, poca química, poca geometría, álgebra, y mucha aritmética y cálculo mental, no habiendo muchacho de doce años que no sepa de memoria cuántas son 17 por 13 ó 14 por 19; á eso se reduce la cultura intelectual de los jóvenes ingleses.

Los admiradores del sistema inglés contestan á esto que si es verdad que á los diez y ocho años el inglés es una nulidad, á los veinticinco es un hombre hecho que sabe salir del paso sin verse nunca apurado para ganar su vida, y resuelto á seguir su camino derribando cuantos obstáculos se le opongan. Es cierto. Esos mozos están resueltos á aplastar cuanto se les resiste; patearán fría mente á los desgraciados que les cierren el camino, sin que las palabras de derecho ni justicia les detengan; derribarán veinte mujeres y niños para ocupar un puesto en un ómnibus, y esclavizarán pueblos enteros se les sirve de provecho su esclavitud. He ahí los beneficios del sistema de educación que tanto se alaba. Nosotros, atascados todavía en nuestras añejas tradiciones, seguimos teniendo la debilidad de rendir culto á lo bello, de respetar el derecho, de creer en la justicia, y de guardar consideraciones á los débiles y desvalidos. ¡Defectos de nuestra educación!

*
* *

NUEVO PLAN DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA EN LA REPÚBLICA ARGENTINA.—El Poder ejecutivo de la República Argentina ha dirigido al Congreso de la Nación un Mensaje proponiendo la

adopción de un nuevo plan general de estudios, digno de ser cuidadosamente examinado, y al que las Revistas y periódicos de las orillas del Plata han consagrado sendos artículos.

El Poder ejecutivo afirma ante todo la necesidad de reorganizar la enseñanza sobre sólidas bases, abordando con entereza tan arduo tema de gobernación, y sin desconocer el carácter más bien absoluto que nacional del problema educativo, declara que el procedimiento para resolverlo es vario, regional y esencialmente relativo.

¿Cuáles deben ser—se pregunta el Poder ejecutivo—las bases principales del plan? El niño no es mero campo intelectual á la espera de su cultivo; es ante todo, como el hombre, un organismo, y en materia educacional todo debe estar prudentemente subordinado á tan primordial concepto. De ahí la educación física como término preferente de la organización proyectada. En realidad de verdad, tan señalada preferencia debiera ser compartida con la instrucción religiosa, pues nada hay que fortalezca mejor las virtudes humanas que un sentimiento religioso bien constituido y dirigido, y de la inconsciente incredulidad de los tiempos actuales jamás ha de salir la austeridad individual ni la cívica. El Poder ejecutivo que no puede innovar por deberes de fácil discreción, en este respecto, se limita á hacer votos por el advenimiento de una época en la que, á imitación de Inglaterra y Alemania, la lectura despreocupada de la Biblia constituya uno de los ocios más edificantes de las escuelas públicas.

Pero si la instrucción debe comenzar por el desarrollo orgánico, debe continuar por la enseñanza perceptiva y manual que educa por la naturaleza, de afuera hacia adentro, impresionando blandamente la inteligencia y habituando al niño á las destrezas educativas del brazo y de la mano, fundamento de la civilización. Después, como el objeto capital de la instrucción es el bien, la moral práctica se presenta como la tercera faz del problema. Y como en la organización de las colectividades, el individuo es siempre el miembro de una so-

ciudad política determinada, á lo físico y á lo moral debía hacerse naturalmente seguir la educación cívica. Y así, por eliminación, la instrucción científica constituía el último término del problema, quedando marcados de este modo sucesivamente los caracteres de toda educación: física, perceptiva, manual, moral, nacional y científica.

En materia de educación primaria, el Poder ejecutivo no ha querido innovar, y encerrando esta educación entre los seis y los catorce años, se ha limitado á proscribir toda instrucción en los dos primeros años, de modo que aunque la educación comience á los seis el estudio no empiece hasta los ocho, ocupando esos dos primeros años de matrícula obligatoria en la educación objetiva, cuya base principal han de ser los jardines de la infancia, con proscripción de todo libro, pues conviene retardar la enseñanza del libro sustituyéndola por la lección sobre objetos, porque de ello depende la salud del educando y su más seguro y armónico desenvolvimiento intelectual.

Más allá de los siete años el niño puede iniciar sin peligro su instrucción y continuarse instruyendo en los grados elementales hasta los catorce, sin perniciosa precipitación ni retardo innecesario. Todo el afán de los padres parece circunscribirse á la pueril vanidad de tener á los hijos en los grados superiores aun cuando nada sepan de los inferiores y aun cuando la naturaleza de los educandos quede por siempre herida y como lisiada, reduciéndose toda la cuestión á pasar en el examen al ascenso legal, aunque no corresponda al ascenso real. El Estado no puede transigir con esto; la enseñanza pública debe responder, antes que á las ambiciones privadas, á las exigencias más altas del interés nacional, impidiendo severamente todo avance que no esté fundado en la aptitud.

La instrucción elemental superior, denominada generalmente secundaria, no puede ser sino ampliación y complemento de la precedente, aunque distinguiendo en ella lo que propiamente constituye el perfeccionamiento de la primera

de lo que debe tender á formar las especialidades. «La enseñanza secundaria general es—dice—enseñanza de almácigo; pero la preparatoria es el repique por grupos en el vivero, de donde luego saldrán robustas las especies para el trasplante definitivo en el último tablón de la producción y la cosecha» (1). De aquí el disponer que la instrucción general puede darse por terminada, en su grado mínimun (primario) en el sexto año de estudios primarios, y en su máximun (secundario) en el cuarto año de los secundarios. Las polifurcaciones del tronco común responden luego á propósitos diversos en la Universidad.

La Universidad debe también perder su carácter promiscuo, desarrollando claramente su doble tendencia: la profesional y la especulativa ó científica. Aquélla conduce á la profesión individual y ésta es de pura investigación para el fomento de la ciencia ó para deleite del espíritu. El Estado sólo debe ejercer su inmediata vigilancia sobre la primera, sin intervenir para nada en la segunda. Pedir Universidad libre para la

(1) La comparación, especialmente para estar hecha por un Gobierno, es por su lenguaje muy chocante. Pero el documento que extractamos, tan notable por otros conceptos, abunda en giros insólitos que lo deslucen y en incorrecciones de bulto verdaderamente lamentables, más propias de los tiempos primitivos de una lengua en vías de formación que de los tiempos actuales, en que la lengua castellana brilla con todo el esplendor de su rico vocabulario y de sus flexibles y armoniosos giros. Así se encuentran, en efecto, expresiones bárbaras, galicismos, latinismos, y hasta embolismos, como los siguientes: «á objeto de,» «desde *ya*,» «precocidades malsanas porque son de puro artificio, *de pura frotación* (¡!),» «clausurarla antes *importará* una precipitación perniciosa,» «las excepciones constitutivas de la precocidad ó de las *moras* fisiológicas,» «este extravío se *magnifica* luego,» «el *rol* económico,» «la tendencia profesional desemboca en el oficio individual, dando al patentado su ubicación productiva en la sociedad,» «el *control* del Estado,» «*librar* la reglamentación á la tutela de las corporaciones» «entrar *á* la explicación,» «*impartir* las instrucciones,» etc. ¡Lástima de castellano! ¡A qué torturas lo someten, cuando tan fácil era conservar su frescura y su castiza lozanía!

sección profesional es pedir un contrasentido, pues el Estado no puede, ni teórica, ni legal, ni económicamente renunciar á su intervención inmediata en los estudios ó carreras de este género. Si el Estado es la representación política de la sociedad y ésta no puede ser indiferente á la producción profesional, debiendo saber quienes de entre sus miembros serán los autorizados para defender y amparar el derecho privado, preservar ó restablecer la salud, ejercer sin explotaciones el dominio espiritual de las conciencias, promover y dirigir los progresos de la industria, la agricultura, las artes y las ciencias, es lógico pensar que sólo el Estado debe elaborar esos planes organizando la enseñanza en relación con los fines sociales.

La Universidad no puede aspirar á ser un Poder político, sino científico, ni debe otorgar diplomas profesionales sin calificación expresa de los Poderes públicos. Los asuntos de gobierno siguen siendo asuntos de gobierno, asuntos de una ciencia especial, que ni es la del abogado aunque se trate de leyes, ni la del médico aunque se trate de la salud, ni la del mecánico aunque se trate de máquinas, ni de profesión alguna determinada; sino de otra rama del saber general, con materia y lindes propios: de la alta ciencia política, que es doctrina y procedimiento, observación y experimentación. Por eso corresponde al Estado la obligación de erigir y autorizar estas nobles fábricas, el establecimiento del plan de estudios, la distribución general de la enseñanza, la confirmación del personal docente y la expedición del título que acredita la competencia legal, tocando, en cambio, á la Universidad organizar y distribuir los estudios, elegir los métodos, establecer el régimen, designar el personal enseñante, imponer condiciones, conceder certificados y expedir patentes sin más restricción que la discreta supervigilancia del Estado.

En consonancia con estos principios generales, imprimiendo á los estudios un carácter eminentemente práctico y utilitario, el Poder ejecutivo establece que la enseñanza primaria de la historia sea anecdótica, la geografía gráfica, la aritmé-

tica limitada á la regla de tres y las ciencias naturales reducidas á la explicación de los objetos ó fenómenos más corrientes. En la secundaria, elimina del plan de estudios las lenguas clásicas, reconociendo sus excelencias; hace del álgebra y la geometría una sola asignatura; reduce la física á las nociones estrictamente precisas; establece la química sin separar la inorgánica de la orgánica, y hace lo mismo con las ciencias naturales, consagrandó especial atención á la agricultura y dotando Escuelas y Colegios de talleres completos para el trabajo manual, y de granjas agronómicas.

En cuanto á la enseñanza universitaria, mantiene las Facultades de Derecho, agregándolas «un curso de escribano»; Medicina, con la institución de cursos de especialidades, «desvinculados de la profesión general de médico»; Ciencias y Artes, aumentadas con los cursos de «arquitecto y telegrafista»; Letras, completada con «la indispensable fábrica del profesor normal y secundario que hoy no existe»; Agronomía y Veterinaria, refundidas en una sola, y Teología, que se diseña «para cuando se reputé prudente ó indispensable afrontar el problema de la formación de un clero nacional uniformemente ilustrado».

*
* *

LAS HORAS DE CLASE Y LA ATENCIÓN DEL ALUMNO.— *La Tribuna* y *El Monitor de la Educación*, de Buenos Aires, dedican su atención á este interesante problema de pedagogía práctica.

La atención de las criaturas, casi nula en los primeros días de su existencia, va luego vigorizándose lentamente hasta alcanzar en la edad viril su más alto desarrollo, para debilitarse más tarde en la ancianidad. Desde los dos hasta los seis años, los niños aprenden muchísimas más cosas que en cualquier otro período de la vida, sin necesidad de fijar la atención; sus vacilaciones é inquietudes son indicio inequívoco de la nece-

sidad de reposo y de variar de ocupación; por eso en los jardines de la infancia no es posible entretenerlos más de diez á quince minutos con el mismo ejercicio sin daño de sus delicados organismos.

En el problema de que se trata hay dos cuestiones distintas: la duración de las horas de clase y la duración de cada ejercicio. Los ejercicios no deben durar, según los horarios oficiales, en los dos primeros grados de la enseñanza, más de quince á veinte minutos. En cuanto á las horas de clase, hay diversidad de opiniones. ¿Puede un niño permanecer sin inconveniente cuatro ó cinco horas en su casa? Pues lo mismo podrá pasarlas en la escuela, si ésta es lo que Fröbel quiere que sea. Pero si la escuela, lejos de ser la prolongación de la vida del niño en la casa, es un sitio incómodo, malsano, sin juegos ni atractivos, no es extraño que las criaturas se cansen desviando su atención de las enseñanzas del maestro.

Las dos últimas horas de clase—dice el profesor D. Agustín Alvarez al Presidente del Consejo Escolar del 7.º distrito—son para los niños de seis á diez años una fatiga inútil y perjudicial. «La atención—como dice Ribot—produce agotamiento rápido del organismo, pues al cabo del esfuerzo hay fatiga, y al cabo de la fatiga inactividad.» Por esta ley psíquica, los maestros realizan en las primeras horas de clase una tarea provechosa, perdiendo el tiempo y la paciencia en las últimas, porque la facultad de atención en los niños está agotada. Lo demasiado es inútil, lo mismo en el estómago que en el cerebro, pues ni uno ni otro se alimentan con lo que ingieren, sino con lo que digieren y entienden, y cuando la facultad de entender está fatigada, no entiende aunque la estimulen, como el caballo cansado no anda aunque lo castiguen, necesitando luego mayor reparación para reponer el exceso de gasto.

Aquellas herejías pedagógicas de «la letra con sangre entra» y «el saber no ocupa lugar», han causado incalculables males, produciendo espíritus que, por estar «instruídos para

todas las cosas» no lo estaban para ninguna, teniendo aniquilada por cansancio la facultad de instruirse. Darwin, dice Ribot, preguntaba á los gauchos, entregados á la bebida, al juego y al robo, por qué no trabajaban, y uno le respondió: «los días son muy largos», queriendo decir que el horario de trabajo, de sol á sol, fijado por los amos, era superior á su capacidad de trabajar, y por no someterse á tal exceso preferían holgar. La escuela, con esas cinco horas de fatiga inútil, hace demasiado largos al niño los días escolares, y le obliga á desear los días sin escuela y las vacaciones sin término.

Cinco horas de trabajo diario, casi exclusivamente intelectual—dice á su vez el profesor Torres,—tratándose de niños de seis á ocho años, es una tarea que la ciencia pedagógica y la médica califican de consuno de enormidad imposible. Al final de la tercera hora, la experiencia prueba cumplidamente que los alumnos se vuelven tan poco atentos, que los esfuerzos del maestro tienen que reducirse á mantener la disciplina, y todo su trabajo, lo mismo que el de los alumnos, es tan fatigoso como inútil.

*
* *

LOS EXÁMENES Y LAS PROMOCIONES ESCOLARES.—El examen escolar—dice el Dr. Berra en el *Boletín de la enseñanza primaria*, de Montevideo—ha sido instituído con tres fines principales: el de conocer el adelanto de *cada alumno*, premiándolo ó no; el de conocer el adelanto de *cada alumno* para pasarlo ó no al grado superior, ó á otra asignatura, ó dar ó no por terminado su aprendizaje, y el de conocer el grado de adelanto de *cada una de las clases* de una escuela. El primero ha sido muy usado mientras gozaron de prestigio las ideas de premios y castigos disciplinarios; pero ya no es tan general desde que los progresos de la didascología han demostrado que se mantiene mejor la disciplina sin premios ni castigos que con ellos. El segundo conserva todavía su boga con los nombres de exa-

men de *ingreso*, de *pase*, de *promoción*, de *egreso*, de *capacidad*, de *concurso*, etc., sobre todo en el orden oficial. El tercero es de origen más moderno y está poco generalizado.

Los fines que suelen tenerse á la vista en los exámenes, conocer si los maestros cumplen bien sus deberes y pasar á los niños de un grado á otro, han producido el efecto de interesar á los maestros en que sus alumnos apareciesen lo más adelantados posible, é interesar á los niños y á sus familias en el éxito para obtener una buena nota y una satisfacción de amor propio. Del juego de estas pasiones resultó que muchos niños pasaran de un grado inferior al superior sin estar suficientemente preparados, causando una perturbación en la nueva clase por tener que enseñar un mismo maestro el mismo programa á discípulos desigualmente aptos para entenderle. Estos hechos indujeron á excluir á los maestros de toda participación en el examen entregando al juicio de extraños la prueba del examen, con lo que se han producido efectos no menos temibles. Por un lado es casi imposible componer así tribunales que sean á la vez competentes é imparciales, careciendo su dictamen de valor; por otro, es imposible hacer durar el examen de cada alumno lo bastante para que revele cuanto sabe y cómo lo sabe, resultando que estos exámenes, á pesar de la seriedad de todas las intenciones, han sido una farsa.

A todo esto se debe, y á los esfuerzos que maestros y alumnos hacen en los meses próximos á la prueba, que las promociones suelen ser tan desacertadas, obligando á muchos niños á repetir los estudios de un grado sin necesidad; á que otros asciendan sin preparación bastante; á que se perturbe con todo esto la buena marcha de las clases, y á que los profesores pierdan el sentimiento de su responsabilidad sufriendo los efectos de la conducta ajena. Nadie conoce, ni puede conocer, el adelanto de cada alumno como su propio maestro, y este conocimiento debe ser la base de las promociones, tanto por lo que conviene al curso de la enseñanza, cuanto por lo que interesa á la responsabilidad y á la satisfacción del personal docente.

Pero sentado este principio y decretado que la opinión del maestro había de prevalecer en todo caso, el examen sólo podía servir para dar á conocer en público el estado de adelanto de cada niño; y como este fin, por las razones expuestas, no podía satisfacerse bien, preciso es pensar en algo más eficaz y para ello nada mejor que la celebración de un acto cuyo fin es mostrar á las autoridades y al público el estado de *cada escuela*, sin propósito de promover ni de premiar. Este acto no entraña los inconvenientes de los exámenes usuales; no se lucha con la dificultad de constituir tribunales idóneos, ni con la de conocer el verdadero estado de cada alumno; no se provoca la nerviosa precipitación de la preparación para el examen; no se engendran la envidia, la malquerencia y el desaliento de los niños que se consideran injustamente postergados; no se fomenta la vanidosa rivalidad de las familias, ni se perjudica á la enseñanza por los errores ó complacencias de los jueces, porque desaparece de la escena el niño para que aparezcan la clase y la escuela como entidades colectivas, consiguiéndose, en cambio, que se forme y desarrolle en los niños el sentimiento de la solidaridad, estimulándose una emulación de buena ley entre las clases de cada escuela y las escuelas de cada distrito, avivando el celo de los maestros para que su escuela ó su clase llame la atención.

Lo que interesa á las autoridades y al pueblo no es tanto el progreso de un niño como el de toda una clase, y para comprobarlo, sin artificios de última hora, nada mejor que la exhibición de los trabajos hechos durante el año y de las clases trabajando en presencia del público como trabajan de ordinario. Así se aprecia el conjunto, los frutos obtenidos, los procedimientos empleados, la cantidad y calidad del trabajo y la suficiencia de los maestros, al par que las familias adquirirán noticia de procedimientos que poder aplicar en sus casas, juzgarán mejor la escuela, se encariñarán con ella y cuidarán que sus hijos concurren con actividad y aprovechen el tiempo.

LITERATURA

PSICOLOGÍA DE LOS TÍTULOS.—En las palabras de un título —dice Santiago Bainville en la *Revue des Revues*—hay todo un programa, toda una teoría, promesas y compromisos; el título es él alma de la obra, y por eso puede hablarse de su psicología. Todos los autores conocen perfectamente la importancia de ese rótulo que deben poner sobre su obra como sobre una mercancía, dedicando todos sus cuidados á elegirla con acierto. «El título de un libro—decía Barbey d'Aurevilly—debe invitar á abrirlo, como la mirada de una mujer desconocida debe excitar el deseo de conocerla y de leer en su corazón.»

Entre los clásicos antiguos y modernos, la obra solía llevar el título del protagonista ó del asunto principal: la *Iliada*, la *Odisea*, *El Cid*, *Británico*; y lo mismo se hacía con las colecciones de versos; así Horacio y Boileau, según el asunto, titulan sus obras *Sátiras*, *Odas* ó *Epístolas*. La preocupación de los títulos surge en las épocas de decadencia y entre los autores amanerados: así Estacio titula *Silvas* á sus poemitas, Apuleyo *Floridas* á sus discursos, y Aulo Gelio *Noches áticas* á sus misceláneas literarias.

Tratándose de libros de ciencia, historia ó derecho, el título está dado por la materia misma, y sólo un poeta como Víctor Hugo puede arriesgarse á titular *Historia de un crimen* el relato del golpe de Estado del 2 de Diciembre de 1851; en la Edad Media, sin embargo, los alquimistas solían dar nombres fantásticos á sus elucubraciones, y el mismo Galileo publicaba sus descubrimientos con el título de *Nuntius sidereus*, «El Mensajero de los Astros». Esta afición á la metáfora era entonces universal en Europa, pero en ninguna clase de obras llegó á adquirir el desarrollo que en los escritos religiosos y libros de devoción.

Ya en el siglo XIII San Buenaventura tituló su colección de oraciones *Itinerario del alma hacia Dios*; pero dos siglos después, y mucho más después de generalizada la imprenta, se llegó á todas las exageraciones del género, con títulos tan enrevesados ó extravagantes como *La tienda del boticario espiritual*, *Incensarios humeantes de pensamientos místicos*, *Las siete trompetas despertadoras del pecador*, *El azúcar espiritual*, *Las tapicerías económicas tejidas con el hilo de la sabiduría*, *La dulce médula y golosa salsa de las santas sabrosas Oes del Adviento* (1), *Las cerillas del fuego divino*, y otras muchas semejantes, que dieron lugar á que algunos *abbés galants* ridiculizaran tales aficiones publicando *La caja de rapé espiritual para hacer estornudar á las almas devotas hacia el Señor*, y *La jeringa espiritual para las almas constipadas en devoción*, etcétera. No era, sin embargo, privativo del género devoto este mal gusto por los títulos alegóricos, como lo prueban *El rosal de las guerras*, *El fuerte inexpugnable del honor femenino*, *El Jardín de las raíces griegas*, etc.

En la novela, más que en ninguna otra manifestación literaria, comenzó la variedad de los títulos á desenvolver toda su riqueza. Al principio, el tipo de los libros de esta clase era el de «Muy elegante y deliciosa historia del muy noble y victorioso rey Perceforest», «Divertida y recreativa historia del hazañoso y valiente caballero Perceval el Galo». Más tarde, en el siglo XVII, los novelistas dieron á sus obras el nombre de sus personajes, *Cyro*, *Clelia*, *La princesa de Cléveris*; aun en el siglo XVIII las tres novelas más célebres llevan por título *Gil Blas*, *Manon Lescaut* y *Pablo y Virginia*. La monotonía de estos nombres cansó pronto, tropezando además con la dificultad de la creación de tipos que encarnaran personajes

(1) «Les Savoureux os de l'Avent» es un *calembour*; «os» significa huesos; pero en el libro «Os» se refiere á los himnos que se cantan en la época del Adviento, que por empezar con la letra O, se llamaban los «oes». Es un juego de vocablos estrambótico, propio de los culteranos y del gusto estragado de aquellos tiempos.

característicos como *Tartufo*, *Hamlet*, *Otelo*, *Don Quijote*, y por eso se buscaron títulos de otro género, imponiendo la moda el título de la obra favorita del momento: así, el éxito de *Las cartas persas* de Montesquieu dió origen á las *Cartas inglesas* de Voltaire, *Cartas chinas*, *portuguesas*, etc., como *El espectador*, de Addison, dió nacimiento á multitud de obras con título semejante, y como el *Robinsón*, de Foe, produjo generaciones enteras, no agotadas aún, de *Robinsones*.

Cuando Sterne puso de moda su *Viaje sentimental*, no se daba á luz ningún relato que no fuera *sentimental* también, abundando los títulos del género lacrimoso que el mismo *Werther*, de Goethe, llevó en un principio titulándose *Los sufrimientos del joven Werther*. Con los románticos aparecieron los títulos exóticos, sonoros ó espeluznantes como *Bug-Jargal* y *Han de Islandia*, de Víctor Hugo; *Los desolladores*, de D'Arlincourt; *Stello ó los diablos azules*, de Alfredo de Vigny; *El asno muerto ó la mujer guillotizada*, de Janin; gustando también las antítesis como *Rayos y sombras*, de Hugo, ó *El alma negra del prior blanco*, de Saint-Pol. Tan enamorados estaban los románticos de los títulos de su gusto, que cuando tropezaban con un hallazgo como el de *Quasimodo* se apresuraban á anunciarlo, como sucedió con una obra, *Quiquengrogne*, que figuró largos años entre las obras «en preparación» de Víctor Hugo, y que jamás llegó á publicarse.

Lo mismo sucedía en el teatro, sobresaliendo Gilberto de Pixerecourt en titular sus sombríos melodramas con nombres que excitaban la curiosidad del público, como *Seligo ó el negro generoso*, *El cofre de hierro ó el juez de su crimen*. En cuanto á Scribe, apostó una vez á que había de agotar en las iniciales de sus títulos las letras del alfabeto, y á esta apuesta deben su origen *El Jockey*, *El Kiosko* y *Yelva ó la huérfana rusa*. Los melodramas que hoy mismo se representan en el Ambigú han conservado estos títulos tenebrosos y complicados, con subtítulos más ó menos largos y expresivos, pudiéndose citar como tipo del género la obra de Tolstoi *El poder de*

las tinieblas, ó si el pájaro ha metido las uñas en la liga todo el animal caerá en la red.

Nuestras escuelas literarias contemporáneas gustan también de títulos sorprendentes, como los que da Peladan á su serie de novelas titulada *La decadencia latina, El vicio supremo, El Andrógino, El Ginandro, El Panteo, Finis latinorum*, etc., siendo el colmo de la extravagancia el título que Enrique Regnier ha dado á una de sus novelas, sobre cuya blanca cubierta se destaca un trébol en negro para marcar el nombre de la obra *El Trébol negro*, con cuyo procedimiento, si se generalizase, llegaríamos al título jeroglífico. Entre tanto tenemos el título charada ó título acertijo en la obra maestra de Stendhal, *Rojo y negro*, representando lo negro el traje del seminarista y lo rojo la sangre vertida en el patíbulo.

Como curiosidades bibliográficas, pudieran citarse otros muchos títulos, especialmente de los tiempos de la Liga, de la Fronda y de la Revolución; pero la tarea sería larga, y demasiado atrevida para nuestros pudibundos tiempos. De este bosquejo de psicología titulatoria se podrá sacar la conclusión de que los nombres de los libros varían con las épocas y las costumbres, reflejando siempre fielmente los genios y las costumbres literarias. Al mismo tiempo que siguen la moda pasajera y variable, los títulos son siempre, con los autores que quieren sobresalir del vulgo, extraordinarios y singulares, como medio de atraer la atención y de fijar la curiosidad; pero de todos estos libros de títulos estrambóticos apenas suele quedar más que el nombre, una vez pasada la moda. El hábito no hace al monje, y bajo los títulos más sencillos suelen ocultarse las verdaderas obras maestras de la antigüedad sin más cebo que su propia belleza, siempre atractiva y seductora.

*
* *

SILUETAS PARISIENSES: VICTORIANO SARDOU.—Si me dieran á elegir entre la gloria y el dinero—dice Zadig en la *Revue Bleue*—elegiría el dinero, porque cuando se tiene dinero, no se tarda en tener gloria. Por eso era superfluo que Sardou, gloriosamente enriquecido ya en sus empresas teatrales, se hiciese por añadidura académico, aunque después de todo, lo mismo hacen ciertos industriales que, una vez conquistada la fortuna, se sienten inclinados á convertirse en senadores.

El teatro de Sardou puede sugerir á quien lo estudia algunas ideas literarias; pero lo que sugiere sobre todo son ideas económicas y consideraciones sociales; Sardou ha trabajado desde hace cuarenta años como nadie en negocios teatrales, siendo el primer dramaturgo contemporáneo desde el punto de vista de la Sociedad de autores dramáticos. Hay casas que se dedican á la producción de un artículo y lo acreditan en el mercado; pero al cambiar la moda, la casa se derrumba. Sardou lo fabrica todo en materia de teatro, *vaudevilles*, dramas, comedias, melodramas, magias, tesis, revistas y operetas, y así no se gasta nunca, y su labor es un bazar inmenso, surtido de toda clase de impresiones, ideas y sentimientos contemporáneos.

Sardou fue siempre perito en discernir la moda del momento y en llevar á la escena la tendencia del día. Desdeñando el crear, se ha contentado siempre con interpretar; ha sabido acompañar tan bien los movimientos sociales, que á veces parecía precederlos. La industria y el comercio exigen previsión más segura que la política; por eso las obras de Sardou atraen siempre, y es natural que todavía sigan triunfando durante las Exposiciones universales de la industria y el comercio.

El principio del éxito es producir atendiendo á los gustos de la clientela, y eso es lo que hace Sardou. Nada de psicología ni de estilo; la expresión de las ideas morales más elementales, y por lo tanto más corrientes, en la forma más asequible á todo el mundo; esa es la receta con que se ponen en juego los maniqués admirablemente vestidos y presentados

del teatro de Sardou, encantando al vulgo, que es la multitud de ambos hemisferios. Sardou es célebre y es rico; agrada á todos, y á veces á los literatos mismos. Y los franceses deben considerar con cierta respetuosa admiración y patriótica gratitud á este gran exportador del género francés, á este glorioso industrial é ilustre comerciante de literatura.

*
* *

JUAN RICHEPÍN.—Si los pueblos son diferentes según las regiones, los burgueses de todas las regiones del mundo son los seres más parecidos entre sí. Y Juan Richepin—dice Zardig—es el burgués que más se parece á todos los demás burgueses. Desde el principio de su carrera se atribuyó á sus obras una importancia desproporcionada, y á cada obra nueva que publicaba no dejaba de afirmarse que su autor daba las más espléndidas esperanzas; después, como ha dejado de ser joven, ya no da esperanzas, pero prolongando su curso la admiración originaria, hay personas que todavía aguardan de Richepin una obra maestra. ¡Qué asombro tan grande sería el de ver esa obra salida de la pluma de Richepin!

El alma de Richepin revela toda el alma burguesa, sencilla, grosera, cándida é intensamente poética, y todos los asuntos de sus obras son los que más impresionan el espíritu y el corazón de los burgueses: tal sucede con Dios, cuyos misterios sufren ó contra el cual se revuelven, y contra el cual lanza Richepin un rosario de *blasfemias* tan vulgares como violentas; tal ocurre con el espectáculo del mar y su furiosa ó tranquila majestad, cantada por Richepin en diez mil versos, eco interminable de los sueños del burgués acomodado; tal con los mendigos, que tanto impresionan al burgués con su vida errante y fuera de la ley, y cuyas infamias y sentimentalismos canta Richepin; tal, en fin, con la unión sexual, asunto de bromas y alusiones inagotables de todos los burgueses mientras juegan al tresillo y al mus, al que Richepin dedica sus *Caricias*.

Pero Richepin es un burgués robusto, que se enorgullece con su robustez, entregándose á numerosos ejercicios higiénicos, que no nos deja ignorar, para conservarla, estando dominado su espíritu por su excelente temperamento, y preocupado, ante todo, de las circunstancias materiales de la vida, cosa esencial para todos los burgueses. Este poeta es un burgués materialista, que se jacta, con infatigable sencillez, de poder comer y beber, andar y correr tierras y mares, y amar, amar brutalmente y sin fin, dominando así el mundo con su fuerza física. «La suerte de un zapatero robusto—decía Shaksepeare—es más envidiable que la de un rey enfermo.» ¡Y es verdad! Pero también lo es que un poeta provisto de un estómago demasiado dócil está infaliblemente condenado á pensar y escribir como un robusto zapatero.

*
* *

«PAOLO Y FRANCESCA», DE PHILLIPS.—Una sola obra, *Paolo and Francesca*, acaba de elevar al rango de la más alta notoriedad el nombre del joven poeta inglés Stephen Phillips, al que, con tal motivo, consagran sendos artículos las Revistas inglesas, reconociendo todos que, aunque el drama del nuevo escritor no obtenga en el teatro el mayor éxito, constituirá una hermosísima página literaria en la historia de la literatura inglesa contemporánea.

Phillips, apartándose de la escuela dramática inglesa, ha preferido seguir las tradiciones de los grandes trágicos del clasicismo, introduciendo hasta el elemento sobrenatural, representado por la visión fatídica de la criada vieja y ciega de los Malatesta, en cuyo castillo de Rimini se desarrolla la tragedia. Juan el Cojo anuncia á los cortesanos y ciudadanos sus bodas con Francesca mientras espera la vuelta de su hermano Paolo, enviado á Rávena para acompañarla en su viaje. La novia entra, y, afectada por el grave y severo ambiente del palacio de Rimini, responde primero á su esposo con in-

genua y filial benevolencia, y se deja llevar después de la expansión de su alma juvenil, buscando en el hermoso Paolo un confidente, á quien habla, sin darse cuenta de ello, con un calor que contrasta con el tono tranquilo con que se dirige á su esposo. Sólo una vez le contesta con fuego, y es cuando Juan, estrechando con un brazo á su esposa y con el otro á su hermano, les dice: «Quiero que os améis uno á otro, porque yo os amo á los dos; mira, Francesca, nosotros somos más que hermanos, somos los más ardientes amigos, y sólo la muerte puede separarnos.» «¡Sí, oh, sí, señor! — responde candorosamente Francesca. — ¡Sí que le amaré! ¿No es él mi hermano?»

Pablo se siente invadido por la pasión, y quiere huir de Rimini, á pesar de las calurosas súplicas de su hermano. «Pero, ¿por qué te quieres ir? — le dice. — ¿Será por alguna dama que viste en el séquito de Francesca? ¿No es verdad?» «No, hermano mío; ninguna mujer me arrastra fuera de esta casa», responde angustiosamente Paolo, temblando descubrir su pasión y resuelto á marcharse á Florencia en cuanto se celebre la boda.

Impresionado Juan por el anuncio de aquella separación, aparece su prima Lucrecia, viuda, sin hijos, envidiosa y agria, y que, fraguando en su ánimo el intento de envenenar toda ajena dicha, lanza en el corazón de Juan la duda más dolorosa. Los lamentos de Lucrecia son un último arranque lírico de exquisita factura, y Juan, emocionado, siente perdida su tranquilidad. El acto termina con la visión de Angela, la criada ciega, que sueña que sorprende á Francesca en el jardín en medio de las rosas, y oye una voz que lee, y un murmullo confuso y el rumor de un beso, y luego ve en un ataúd dos muertos, unidos por estrecho abrazo.

El segundo acto es magnífico: Juan cuenta á su hermano la visión de Angela, y le ruega no se separe de Francesca, siempre que él no pueda estar á su lado. Después reaparece Lucrecia, é interpretando la visión, le dice á Juan: «¿Y si el traidor fuese uno que anda en torno nuestro, aquí, á nuestras puertas, ó más próximo aún, quizá dentro de esta misma

casa? ¿Y si fuese uno que ha crecido y comido contigo, y cuya mano has oprimido diariamente entre las tuyas.....»

—¿Es Paolo?—grita dolorosamente Juan.

La decoración cambia, y tras una escena de hostería aparece Paolo librando terrible combate dentro de su alma y resolviendo morir por no poder soportar la vida.

En el tercer acto, Juan acude á la cueva de un nigromante en busca de un filtro que ligue á su alma el alma de Francesca, cuando se siente ruido de pasos; Juan se esconde, y entra Paolo en busca de un veneno que le arranque la vida, ya que no puede arrancar de su alma el amor culpable que siente por la mujer de su hermano. Juan oye la terrible confesión y vacila entre sus celos, que le impulsan á clavar su puñal en el corazón de su hermano, y el amor intenso que á ese mismo hermano ha profesado siempre. Un correo de Pesaro que le anuncia un motín, no le deja reflexionar sobre su angustiosa situación. Paolo en tanto, resuelto á morir, quiere ver por última vez á su adorada, y el acto termina con la clásica escena dantesca: Paolo penetra en el jardín de Rimini al rayar el alba, y encuentra á Francesca leyendo la historia caballeresca de los amores de Ginebra y Lanzarote; continúan entre ambos la lectura, y al llegar al célebre pasaje, Paolo besa en los labios á Francesca, y cae el telón.

En el cuarto y último acto, Lucrecia aconseja á Juan que finja marchar á la guerra, y Paolo, engañado y sin poderse resolver á morir, llama á la puerta de Francesca; ésta, impresionada por las palabras de Lucrecia, á quien ha confiado su amor, se niega á recibirlo; Paolo llama á la ventana, y de tal modo insiste, que Francesca le recibe. Lucrecia, comprendiendo que ha ido demasiado lejos, busca como loca á Juan por el castillo para evitar el fatal desenlace. Pero ya es tarde; y cuando llega á la cámara de Francesca y quiere abrir las cortinas para entrar, aparece Juan con las manos ensangrentadas y con horrible calma, que pronto se trueca en loco furor.

—¡Luz, luz!—grita, poniendo en conmoción todo el castillo.

Y en medio de sus amigos y servidores cae de rodillas, besando la frente de los dos cadáveres y gritando:

—¡La maldición! ¡La maldición de Caín! ¡Desde ahora andaré errante, solo para siempre!

*
* *

EL NUEVO DRAMA DE IBSEN.—Francamente declaramos que, poniendo de nuestra parte la mejor voluntad del mundo, no hemos podido llegar á entusiasmarnos con la nueva creación de Ibsen, y que hasta nos parece lisa y llanamente, dejándonos de hipocresías, simbolismos y embolismos, una producción que no vale la pena del ruido que hace, y que no la cambiaríamos por ninguna de nuestro Echegaray. Pero es moda alabar las producciones del Norte, por descoloridas y hermosas que sean, y claro está que, tratándose del fruto del trabajo de Ibsen, por fuerza ha de ser algo maravilloso. Pero, en fin, ya que nosotros no podemos extasiarnos, demos cuenta del nuevo drama, traducido por la *Revue de París*, y extasiéase quien quiera, pues hay que respetar todos los gustos.

La última obra de Ibsen lleva el fantástico título de *Cuando nosotros, muertos, despertemos*, ó *Cuando despertemos entre los muertos*, y su argumento se reduce, según *La Nueva Antología*, á lo siguiente: Un matrimonio, formado por el famoso escultor Rubek y la rozagante Maya, ha ido á tomar baños en una playa de Noruega, donde el marido se encuentra con Irene, su antiguo modelo de la estatua *El día de la Resurrección*, á la que debe su gloria y sus riquezas, y la mujer tropieza por su lado con el cazador de osos Ulfheim; la inteligencia se establece entre estas almas en seguida, y las parejas se dan cita para el otro día, independientemente unos de otros, en la cima del cercano monte.

En el segundo acto aparecen en el monte Rubek y Maya, que se dan largas explicaciones al encontrarse, declarando Maya que está dispuesta á ceder á Irene su puesto en la casa

marital ó á compartirlo con ella; luego se marcha en busca del cazador de osos, cantando con él desde lo alto del monte que «ya es libre como un pájaro», mientras su marido se avista con Irene, quedando en realizar la proyectada ascensión y pasar juntos una noche de verano en el monte.

El tercero y último acto se reduce á la bajada de Maya y Ulfheim y á la subida de Rubek é Irene; las dos parejas se encuentran cuando Maya y Ulfheim han hecho el pacto de unirse, y una nube se viene condensando en la cima de la montaña; Ulfheim aconseja á Rubek y á su compañera que se refugien en una cabaña mientras él envía gente á buscarlos; pero Irene se niega, y la ascensión continúa hasta que casi desaparecen cubiertos por la nube. De pronto, mientras todavía se oye el canto de libertad de Maya desde abajo, arriba brota fragoroso estruendo, una avalancha se desprende, y arrastra y sepulta á Rubek y á Irene.

—*Pax vobiscum!*—dice, trazando la señal de la cruz, una especie de diaconisa, vestida de negro, que acompaña á Irene á todas partes.

Y el telón cae entre aplausos estrepitosos del público escandinavo y alemán.

HISTORIA

HISTORIA ANECDÓTICA DE LA GUERRA ANGLO-BOER. — Digna es de admiración—dice Samuel Cornut en la *Revue Bleue*—la paciencia romana con que Inglaterra presencia los reveses de sus armas; pero es más admirable el valor y la inteligencia que despliegan los boers. El triunfo de los ingleses sería el espectáculo, siempre repugnante, de un coloso aplastando á un mirmidón; la victoria de los boers, por el contrario, renueva la era de los tiempos heroicos, que parecían terminados para siempre.

Toda el Africa austral, en voz alta en unas comarcas y en

voz baja en otras, repite hoy el grito de Juana de Arco: «¡Hay que echar á los ingleses!» Es el grito que resuena sin cesar en todas partes, en discursos, proclamas, cartas y conversaciones. «Aquí aborrecen á los ingleses — escribe un voluntario búlgaro—más que nosotros á los turcos.» «No voy á reunirme con los míos—dice un joven boer que terminaba sus estudios en Europa— por odio ni por ambición; es una guerra nacional, es *mi* guerra, y cumplo mi deber; dentro de unos días estaré en Pretoria, y dos días después en el campo de batalla, de donde juro que volveremos victoriosos.»

Las mujeres, que ya en el éxodo de 1838 dieron brillante ejemplo de valor, cargando los fusiles de sus maridos y rechazando á hachazos á los 10.000 zulús que intentaron asaltar su campamento formado por carros de camino, con las ruedas atadas, no sólo se dedican ahora al cuidado de los heridos, sino que se complacen en tomar parte en la defensa de la República, impulsando á sus hijos á tomar las armas, acompañando á sus esposos y declarando guerra á muerte á todo lo inglés. «Todos mis hijos — escribe una señora de Pretoria— han aprendido hasta ahora el inglés; pero os prometo que mi hija segunda no sabrá jamás ni una palabra de esa lengua; ó los ingleses nos vencerán y procribirán nuestro lenguaje, ó nosotros los echaremos, echando con ellos de nuestros labios hasta la última palabra inglesa.» De la estación de Pretoria salía un *comando* aclamado por la multitud, cuando una mujer descubre en uno de los vagones á su hijo, de diez y siete años, que se marchaba sin haberla advertido. «Más pronto ó más tarde me hubiera tenido qui ir, madre—le dijo—y más vale que me vaya ahora.» — «¡Vete, hijo mío, haces bien!» fue la sencilla respuesta de la madre.

Las mujeres boers no se contentan con lanzar en Pretoria estériles gritos de venganza. Se las ve en la mayor parte de los comandos en marcha, y si no siempre permanecen en los campamentos, hacen en ellos frecuentes apariciones, compartiendo la tienda de sus esposos y de sus hijos. «Ayer recibimos

la visita — escribía un soldado de Bloemfontein acampado ante Kimberley—de algunas señoras, que vinieron en un vagón de bueyes y que pasaron algunas horas con nosotros.» Estas escenas se repiten con frecuencia.

En una ambulancia donde se encuentran unos junto á otros los heridos ingleses y los boers, un boer que todavía podía arrastrarse, pero que estaba muerto de sed, se acerca á la cama de un inglés, que tenía á su lado dos botellas. «Me muero de sed — le dijo; — dadme de beber.» «Con mucho gusto — contestó el inglés;— en esa botella hay agua y en esta wis-ky; pero si quereis de ésta, hay que gritar ¡Viva la Reina!» «¡Pobre señora! — dijo el boer; — yo nada tengo contra ella; ¡Viva la Reina!» Como se ve, estos aldeanos son prácticos y no se cuidan de presentarse al estilo clásico de romanos de tragedia; tienen sus horas de expansión, en las que se entretienen en cambiar con el enemigo despachos heliográficos chanceros, ó en anunciar triunfalmente la captura de un león ó un cocodrilo. En el mismo ardor de la lucha saben inspirarse en otras pasiones que la matanza, y así se vió en la batalla de Belmont á un padre acudir á sostener á su hijo, herido en la nuca, dejándose hacer prisionero para poder cuidarle mejor, y viéndole poco después espirar en sus brazos.

La táctica boer se ha hecho ya famosa. El voluntario búlgaro de quien atrás hemos hablado, la resume en esta fórmula: «atrincherarse y sostenerse hasta la muerte en sus trincheras». Nunca se hará conocer y amar bastante á los bravos héroes que se sacrificaron por los suyos en el encuentro de Elandslaagte: los boers habian sido sorprendidos: eran 300 contra 7.000; ocho de ellos «los ocho», como los llaman en el Transvaal, cubrieron la retirada de sus compañeros, haciendo frente por sí solos á los 7.000 ingleses; sucumbieron, pero salvaron á 200 compatriotas, habiendo quedado tan desfigurados por el furor con que los enemigos destrozaron sus cuerpos, que algunos no han podido ser identificados, conservándose, sin embargo, los nombres del Dr. Coster, Yonge, Vanden

Brook, J. Moora, Van Cittert y Martín Schaink, que merecen pasar á la Historia por tal hazaña.

El Dr. Coster, holandés, era antes de la guerra fiscal en Pretoria. Indignado de la mala fe de los negociadores ingleses, apremiaba á Krüger para romper por todo y declarar la guerra. El prudente Krüger fumaba su pipa y sonreía silenciosamente; Coster, exaltado, no pudo contenerse y le dijo: «¡Vaya! Tenéis miedo á los ingleses, Presidente!» El tío Pablo se quitó lentamente la pipa de los labios, escupió en la ceniza, guiñó el ojo, y respondió tranquilamente: «¡Je, je! holandesito; cuando se declare la guerra, os largaréis á escape á vuestra Holanda, y nos dejaréis encima á los ingleses.» Coster, mortificado, dimitió, saliendo de su casa para ir á morir gloriosamente en Elandslaagte.

De Yonge era un sabio de primer orden. El ministro de Instrucción pública, el profesor Mansvelt, cuyo secretario era, ha saludado sus despojos con estas palabras: «¡De Yonge! ¡Tú estabas siempre en primera fila en las batallas, la libertad de tu país te fue más querida que la vida, tu misma muerte ha servido de baluarte á cientos de tus hermanos! ¡Has sido un hombre!»

Martín Schaink, holandés también, era el Tirteo de esta guerra, combatiendo con la lira y con la espada, y dando su vida á los veinticuatro años por su país adoptivo. He aquí una de sus enérgicas poesías: «¿Oís rugir los leones británicos? Toda el Africa Austral se estremece como ante el fragor del trueno; pero nuestro pueblo, harto de verse aplastado bajo el yugo de los que quieren esclavizarle, se subleva. Al galope de sus rápidos caballos, de las ciudades y de las aldeas, de las montañas y de los valles, acuden los hijos del Africa Austral. Son robustos é inquebrantables como robles, y en el corazón de estos héroes jamás penetró el miedo. No son, sin embargo, más que pastores y no están acostumbrados á la guerra. Pero quien confía en Dios, es fuerte en su misma debilidad».

ENCICLOPEDIA

EL GENIO INVENTIVO DE LA MUJER.—El negociado de patentes de invención de los Estados Unidos ha reunido en una sección especial de la Atlante Exposición los modelos de invenciones presentados exclusivamente por mujeres, y al ver tantas cosas ingeniosas, útiles y hasta maravillosas—dice Neuville en la *Revue des Revues*—se queda uno sorprendido de los recursos inesperados del genio femenino.

La primera patente obtenida por una mujer americana en este siglo, fue la concedida en 5 de Mayo de 1809 á María Kies por una máquina de tejer paja con trama de seda ó hilo. La segunda fue la de María Brush, en 21 de Julio de 1815, por un corsé. La tercera la de Sofía Asher, en 11 de Setiembre de 1819, por una crema y un polvo para pasteles. La cuarta la de tres señoras, en 10 de Julio de 1840, para la conservación de los colores. Después viene otro nuevo corsé, en 1841, de Isabel Adam; una heladora, de María Johnson, en 1843; un telescopio submarino, de Sarah Mather, en 1845; una camisa de hombre, de Magdalena Tassie, en 1847; una pluma con depósito, de Susana Taylor, en 1858; una segadora, de Isabel Burlington, en 1860; una escalera, de Sarah Weeler, y un vendaje, de Marta Wellis, en 1861; una rueda de locomotora, de María Montgomery, en 1864; una mesa de hospital, de Sarah Hussey, en 1865; un perfeccionamiento para la fabricación de torrecillas en las máquinas, de Carolina Laman, en 1871; un sistema de señales pirotécnicas, de Marta Corton; un cosmético, de Enriqueta Gill; un regenerador de los cabellos, de Sally Macnetty; un procedimiento para fabricar cigarros, de Juana María Innes, en 1872, y un ferrocarril con elevador, de María Walton, en 1881.

Después los privilegios se multiplican, refiriéndose la mayor parte de los concedidos en estos últimos años, á máqui-

nas de escribir y de tejer, artículos de mobiliario, papelería, juguetes, instrumentos de música, *trucs* de teatros, específicos farmacéuticos, utensilios de cocina y jardinería y máquinas agrícolas; figurando entre los más originales una hama-ca para dos personas y un guarda-barros para pantalones de hombre. El más gracioso de todos es el obtenido por una señora de Oakland, que ha inventado un guarda-bigotes.

¿Qué producen estas patentes? Hay de todo. Muchas producen poco, y algunas llegan á producir una fortuna, como la de 25.000 francos de renta que se ha hecho la inventora de un simple abrochador de guantes y la de un sujeta-corsé. Las patentes más lucrativas son las concernientes á filtros caseros, juguetes y rompe-cabezas. El juguete nuevo recorre el mundo entero, y el que inventa alguno está seguro de sacar buen partido de su idea, sobresaliendo en esta inventiva el ingenio de las mujeres. En América todo el mundo quiere inventar algo, á lo que ayuda no poco lo extendidos que allí se hallan en todas las escuelas los estudios de física y química, base de casi todas las invenciones.

En Francia la mujer no tiene tanta inventiva, aunque puede, sin embargo, figurar dignamente al lado de las americanas. Sólo en los tres años últimos han obtenido cerca de 200 patentes de invención, si bien entre ellas dominan, sin duda por el carácter especial de las francesas, las invenciones de fantasía. Así, la señorita Auerbach, inventa un peine que hace llegar directamente el líquido al cuero cabelludo; la señorita Koller, una envoltura de cigarrillos preparada con hojas de rosa comprimidas; la señorita Doré, un espectáculo destinado á la «parodia de la danza serpentina, ejecutada por perros, osos y monos»; la señorita Aermont, un velodromo de sala; la señora Grouwald, un limpiadientes aromático con efecto anti-séptico y capa superficial soluble; la señora Fritsche, una cadenita galvánica de efectos sanitarios; la señora Schaeffer, una bola de friccionar en una concha; la señorita Baumann, un vehículo marítimo y aéreo; la señorita Granetias, una na-

vaja que se cierra y abre automáticamente; la señorita Stroe-mer, una mariposa porta-flores; la señorita Dosne, una máquina para escribir en el bolsillo (¡!) ó en cualquiera otra posición. Las más chocantes son las invenciones de las señoras Guerin y Brandeau (fondo ideal, de costado movable para pantalones de señoras ciclistas) y de la señora Zeitlinger (venda higiénica para mujeres con cojinete en forma de barco, convexo en la línea media y cóncava en los bordes).

«La mujer francesa—dice Neuville—seguirá siendo invencible é inimitable en las creaciones en que preside el gusto, y que exigen esa suprema delicadeza de sentimiento, esa exquisita sensación de lo bello, privilegio exclusivo de la parisién. Esas son las verdaderas inventoras; pero tienen el talento de no sacar patente de sus invenciones.»

IMPRESIONES Y NOTAS

LOS TEATROS DE ÓPERA.—Al estudio de la organización de estos teatros dedica Bernheim un artículo en *La Nouvelle Revue*, mostrando la diferencia existente entre los teatros franceses y los alemanes. El derecho de los pobres, que en París llega á la undécima de los ingresos, no existe en Berlín ni en Viena, siendo también desconocida la explotación, más ó menos ostensible, de los billetes de autor y de claque, que tantos abusos y fraudes ocasionan en París. El espectador que en Alemania quiere tener una localidad, hace la petición en una tarjeta postal la víspera de la representación, y está seguro de recibir entre nueve y diez de la mañana los billetes que ha pedido, sin más que abonar un suplemento de 60 céntimos.

Mil quinientas personas viven en París del presupuesto de la Opera, que reparte cada año, por término medio, 2.000.000 entre los cantantes, los 154 artistas de baile, los 101 coristas, los 106 músicos de la orquesta, con sus tres jefes, el jefe y sub-jefe de coros, los seis jefes de canto, los dos maestros y tres

acompañantes de baile, los seis profesores de danza, el profesor de pantomima, los dos jefes maquinistas, los dos sastres y los tres jefes de almacén. Además entrega 251.433 francos á los autores y 288.797 á los pobres de la beneficencia.

*
* *

ANGLO-SAJONES Y LATINOS.—Alfredo Fouillée dedica en la *Revue des Deux Mondes* un artículo á la candente cuestión de la decadencia de las razas, mostrando el ningún valor de las teorías que sostienen los que afirman la inferioridad nativa ó la degeneración de los sedicentes novolatinos, constituyéndose vigorosamente en adversario de los admiradores del poder anglo-sajón, lo mismo que el profesor Herbert (1). Cada uno de los pueblos cuya decadencia se proclama—dice contestando especialmente á Ferrero y Sergi—tiene su valor, sus méritos, su papel que representar en el presente y sus esperanzas legítimas en el porvenir. Con argumentos no fácilmente rebatibles, por fundarse en hechos positivos, prueba Fouillée que la supremacía marítima inglesa no es ni puede ser eterna, y que si el porvenir se presenta sombrío para las razas latinas, no se presenta tampoco claro para los anglo-sajones, no siendo la supremacía definitiva asunto de razas ni de sangre, sino merecido galardón de los más sabios, más industrioses y más morales.

*
* *

LAS SIMPATÍAS POR LOS PUEBLOS.—Max Nordau, en la *Deutsche Revue*, intenta demostrar que las simpatías, á veces exageradas y llevadas á la exaltación del sacrificio, que sienten unos pueblos por otros, son debidas con frecuencia á causas puramente estéticas, y que la política internacional de los Go-

(1) Véase más atrás en este mismo número *La educación inglesa*.

biernos debe emanciparse de esas simpatías que apasionan á las masas, pero ante las cuales debe encogerse de hombros todo hombre de Estado formal y responsable.

Europa entera se inflamó en el primer tercio de este siglo por la independencia griega, por el recuerdo de los héroes de Salamina y las Termópilas, siendo los Milcíades y los Pericles, en unión de Platón, Fidias y Demóstenes, los verdaderos abogados de los Ipsilanti y Condouriotis, y estando á punto Fallmerayer de ser declarado bárbaro por empeñarse en demostrar que los griegos de hoy no tienen parentesco étnico ninguno con los antiguos helenos. Del mismo modo los suizos deben al *Guillermo Tell* de Schiller casi toda su fama y el respeto que inspiran á los demás pueblos, como la buena acogida que los títulos de renta española tienen en los mercados europeos es debida principalmente á Cervantes, á la Alhambra y á Don Juan Tenorio, y como la erección de Italia en reino tienen que agradecerla los súbditos de los Saboyas al recuerdo del Dante, de Vinci y de Miguel Angel.

Algo, y aun mucho, hay, en efecto, de verdad en lo que dice Max Nordau; pero de ninguna manera puede admitirse que este influjo estético sea absoluto, ni siquiera decisivo. Conveniencias religiosas, políticas, morales é internacionales son las que verdaderamente han determinado la resurrección de los reinos de Grecia y de Italia, siendo el elemento estético uno de tantos de los que han contribuído á inspirar esas reivindicaciones. Por lo que hace á España, el ejemplo elegido por Max Nordau no puede ser más inoportuno. Ni España ve sus títulos bien cotizados, ni menos los ha visto cuando más falta tenía de crédito para hacer frente á sus gastos, siendo impropio de un Max Nordau hablar del influjo de Cervantes y de la Alhambra en los agiotistas. El sentimiento estético (aparte de mil otras conveniencias) hubiera debido poner al lado de España las simpatías de todo el mundo culto, y Europa entera y América toda hubiera debido levantarse, no ya para ayudar á España platónicamente en la lucha con los Estados Unidos,

sino para regalarle, si no la hubiera tenido, la isla de Cuba como perpetuo monumento de gratitud á la nación descubridora de América. Ese hubiera sido el espectáculo bello exigido por la estética, como fue espectáculo hermoso el obsequio de las carabelas del Centenario de Colón y la triunfal recepción de los Infantes y del Duque de Veragua en los Estados Unidos.

*
* *

DELITOS Y PENAS DE LA CIVILIZACIÓN MODERNA.—La civilización actual, con el desarrollo adquirido por ciertas aplicaciones de la ciencia, ha tenido que crear nuevas penas para delitos que antes no podían existir, y á cuyo estudio consagra Samuel Barrow, en el *Forum*, un curioso artículo, dedicado especialmente á dar á conocer la penalidad establecida en los diferentes Estados de la Unión norteamericana, que es donde más atención se ha prestado á estos asuntos, por lo mismo que allí afectan á tantos intereses.

El robo de electricidad en perjuicio de un particular ó de una Compañía es sumamente fácil de cometer, y, para contener su desarrollo, este robo se castiga con multa de 50 duros ó prisión de noventa días en el Connecticut, con multa de 100 á 500 duros en Montana, prisión de tres meses en Michigan, de seis meses en Maryland, Nueva Jersey y Iowa, y multa hasta de 1.000 duros y trabajos forzados hasta doce meses en Georgia.

El Ohío ha acordado reservar en las calles, paseos y avenidas cierto espacio para los ciclistas, y en Connecticut se acaban de votar cuatro leyes concernientes al ciclismo: el que robe una bicicleta de 25 duros será castigado con un año de cárcel; el que se sirva de bicicleta ajena sin permiso del dueño pagará una multa de 50 duros; las bicicletas no pueden circular sin sirena ni cruzar por sitios de mucho tránsito á una velocidad mayor de 10 millas por hora, so pena de castigos severos; el deterioro de los caminos destinados á los ciclistas

se castiga con multa de 50 duros y prisión de tres meses; y el hecho de arrojar clavos, puntas y demás objetos capaces de deteriorar las bicicletas se pena con multa de 50 duros.

*
* *

DEDUCCIONES DE LA GUERRA ANGLO-BOER. — Del notable estudio sobre *La guerra*, hecho por Juan Bloch, y grandemente elogiado por la prensa militar, se deducen varias conclusiones consideradas por el jefe del partido liberal inglés, Lord Campbell como la «clave de los sucesos del Transvaal», como en efecto han venido á demostrarlo los hechos ocurridos, brillantísima confirmación de las previsiones del autor. He aquí estas conclusiones:

1.^a Que la guerra del porvenir será una guerra de sitios y atrincheramientos, siendo imposible, sin inmensas pérdidas y gran superioridad numérica, ejecutar ataques de frente.—2.^a Que, en igualdad de fuerzas, la guerra moderna durará mucho más tiempo que las guerras pasadas. — 3.^a Que las victorias decisivas serán raras, tomando en seguida los vencidos nuevas posiciones preparadas de antemano á retaguardia.—4.^a Que los tiradores inutilizarán rápidamente la artillería, matando hombres y caballos.—5.^a Que los reconocimientos serán casi imposibles, y la posición del enemigo no se conocerá sino por el fuego de sus trincheras.—6.^a Que aun entonces, gracias á la pólvora sin humo, será imposible determinar de un modo preciso donde se encuentra el enemigo. — 7.^a Que las tentativas de sorpresas del enemigo tendrán frecuentemente por resultado una contrasorpresa. — 8.^a Que los atrincheramientos contruídos como protección contra la artillería y el fusil moderno, serán invisibles. — 9.^a Que las pérdidas de Oficiales serán considerables.—10.^a Que el servicio de ambulancia, gracias al gran alcance de las armas modernas, se hará bajo el fuego, y de esto resultarán acusaciones mutuas de abuso del pabellón de la Cruz Roja.

FERNANDO ARAUJO.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

La evolución de la historia, por Valentin Letelier; 2.^a ed., tomo primero. Santiago de Chile, 1900.—Un volumen de 351 páginas, sin indicación de precio.

El libro este, aunque está en español, no ha sido escrito por un español. Ha sido escrito por un americano, por un chileno. Pero por un chileno que conoce muy bien las cosas de España, sobre todo su literatura científica, la literatura histórica, sociológica, jurídica y pedagógica de España; al contrario de lo que sucede con tantos otros sudamericanos, americanos españoles, que pretenden ponerse en relaciones con Europa —con Francia singularmente,—sin servirse del intermediario España. Por su parte, el Sr. Letelier ha logrado entre nuestros hombres de ciencia un especial aprecio por sus luminosos estudios de diferente índole: de pedagogía (*Filosofía de la educación*), de cuestiones sociales (*Los pobres*), de crítica y propaganda (*La lucha por la cultura, Ellos y nosotros*), de Derecho administrativo (*Concepto del Derecho administrativo*), etc.

La evolución de la historia es la segunda edición, completamente renovada, de una Memoria, *Por qué se rehace continuamente la historia*, escrita por el autor en 1886 y premiada en un certamen abierto por el Consejo de Instrucción pública de Chile en dicho año. En ella discute el Sr. Letelier todos los problemas de crítica histórica: las fuentes de la historia, las tradiciones, la mitología, las leyendas, la crónica,

la historia constituída como verdadera ciencia, valor de tales fuentes, valor de las diferentes clases de testimonios, la historia y sus relaciones con la sociología. El tomo ahora publicado abarca cinco capítulos, en los que el autor trata los problemas primeramente indicados, dejando para un segundo tomo el ocuparse de los restantes.

Para hacer su estudio ha consultado el autor muchas y buenas fuentes. Su espíritu, de verdad científico, se revela en esta obra mejor acaso que en otra alguna. Habla de todas las cuestiones con mucha serenidad, discreción y sentido crítico. Se nota, además, su escrupulosidad en el uso de las citas; no hace ninguna sino de libros que hayan pasado por sus manos.

P. DORADO.

Les idées égalitaires—*Etude sociologique*, par G. Bouglé. Un vol. 250 págs.—1899. París: F. Alcán. Su precio, 3,75 francos.

El autor de esta interesantísima monografía es un sociólogo que *practica*; es decir, es un sociólogo que procura no ya exponer una doctrina más acerca de lo que debe ser la sociología, ó una nueva concepción del fenómeno social, sino investigar un fenómeno social de existencia positiva en las sociedades modernas—las *ideas igualitarias*, base éstas de una porción de instituciones—y explicarlo, aplicando ó desarrollando una doctrina sociológica.

El Sr. Bouglé, siguiendo sin duda las inspiraciones generales de dos de los representantes más eminentes de la sociología moderna, E. Durkheim y G. Simmel, estudia el fenómeno complejísimo de las ideas igualitarias, y se esfuerza por demostrar no la significación moral ó política de las mismas, sino las causas reales y efectivas á que responden. En las primeras líneas de la introducción de tan excelente libro expone su autor la orientación «científica» de su propósito: «Pocas ideas—dice—parecen hoy más vivas, más activas y que más

apasionen que la idea de igualdad de los hombres; pocos asuntos, por esto, pueden ofrecerse que á la vez sean tan tentadores y tan difíciles de someter á un estudio científico. Como nunca, hoy se corre el riesgo ante un objeto que de modo tal suscita los sentimientos más encontrados, de confundir lo verdadero con lo que se quiere, la realidad y el ideal, la ciencia y la práctica. He ahí por qué es necesario distinguir metódicamente unas de otras las diferentes series de problemas que irradian de las ideas igualitarias. Nuestro primer cuidado debe, pues, ser, separar de los problemas prácticos, morales ó técnicos, los problemas científicos, y de la masa de estos, el problema *sociológico* del igualitarismo.»

Y el problema sociológico consiste, en efecto, en explicar las causas de las ideas igualitarias; no las causas ideales, ni el por qué filosófico de estos sentimientos de igualdad humana que hoy impulsan á las gentes en la vida social, sino las causas verdaderamente positivas, en virtud de las cuales en nuestra civilización, se reputa necesario estimar á los hombres como iguales y á tratarlos como iguales. No pretende el autor responder á la pregunta ¿debemos tratar á los hombres como iguales? si no á esta otra: ¿cómo explicar este fenómeno social de la igualdad humana? Porque no basta acudir á la difusión de las doctrinas del igualitarismo; la propaganda teórica no puede ser suficiente para explicar el fenómeno; es necesario analizar las condiciones particulares de los movimientos sociales que acompañan, y además producen, las ideas igualitarias y sus consecuencias.

El autor, por lo demás, no plantea el problema general de toda la explicación *científica* de las ideas igualitarias, sino que ciñe su indagación á la explicación sociológica, y esto en los términos que impone su concepción de la sociología, *stricto sensu*, como ciencia de las formas de las sociedades, de sus causas y de sus consecuencias: lo que á nuestro parecer, escribe, el Sr. B. constituye el problema puramente sociológico de las ideas igualitarias, es la investigación entre las diferentes con-

diciones de su éxito, de «aquellas que figuran en el campo de las formas sociales». «Entre las diferentes formas sociales que podemos distinguir, ¿cuáles son las que favorecen la expansión del igualitarismo, de tal suerte, que su presencia por sí sola en un país y en una época proporcionaría una explicación parcial del progreso que verifiquen las ideas igualitarias? Tal es, concluye, la cuestión precisa que queremos proponernos».

Y tal es, en verdad, la cuestión de *sociología especial* que el Sr. Bouglé trata en su libro de una manera magistral, rigurosamente científica, imparcial, y con un método que estimo fecundísimo en las investigaciones sociológicas. El Sr. Bouglé llega á mostrar el carácter propio en el desarrollo natural de las formas sociales de los pueblos civilizados modernos, de las ideas igualitarias. Su investigación comprende dos partes: en la primera define las ideas igualitarias, expone la realidad de las mismas, y estudia su explicación antropológica, ideológica y sociológica; en la segunda es en donde en rigor está la explicación sociológica que el autor hace examinando la cantidad y la cualidad de las unidades sociales, la complicación de las sociedades y su unificación.

ADOLFO POSADA.

Clínica social, por el Dr. D. Federico Rubio y Galí.—Un folleto de 39 páginas (extracto de la *Revista Ibero-americana de Ciencias médicas*), sin indicación de precio.

Hasta ahora no conocía yo nada de lo escrito por el ilustre y venerable D. Federico Rubio; sólo había oído y leído elogios de él, de su ciencia, de su caridad, de la excelsitud de su alma. Pero ahora veo por mis propios ojos que es un hombre de primer orden (que por desgracia abundan poco en esta tierra), de un ojo clínico para conocer y diagnosticar las enfermedades sociales, tan educado y tan fino como pueda tenerlo para las enfermedades individuales; de un intenso amor al

progreso y á las cosas grandes; de una fuerte repugnancia á nuestros tan abundantes vividorzuelos ó *ainéticos*, como él los llama. Será el Dr. Rubio un gran médico y un notable cirujano; el sociólogo no le va en zaga. ¡Oh! si tuviéramos esparcidos por España muchos médicos (ó muchos que no lo fueran) de su temple y de un ángulo visual tan abierto como el suyo, ¡otro gallo nos cantara! Entonces sí que podíamos decir que eso de la regeneración iba á ser verdad.

Yo he leído el folleto *Clínica social* con muchísima complacencia; no sólo he encontrado latente y palpitante en todo él un vivo y bien fundado anhelo de mejoramiento y un arraigadísimo odio á tanta injusticia y tanto cáncer como nos están consumiendo, sino que también he hallado en sus pocas páginas más substancia, más ideas, y, sobre todo, más sugerencias y puntos de vista que otras veces en numerosos y abultados volúmenes, donde todo suele ser escoria. ¡Cómo cala el autor y qué bien diagnostica las enfermedades sociales! Este opúsculo y otros así debían difundirse mucho, á manera de cartillas populares (análogas á las que en otros países se usan); con ello se aleccionaría á tanto ignorante como anda por España. Tampoco sería malo que el Dr. Rubio diese algunas conferencias sobre los asuntos de que en el presente folleto trata, en el Ateneo de Madrid, y aun en el Congreso de los Diputados, donde hay tantísimo legislador con los ojos cerrados y el corazón seco.

¿Qué decir del contenido de la *brochure*? En ella se tratan cuestiones médicas propiamente tales, cuestiones sociales y cuestiones de etnología española, todas ellas con maestría y con aquella elocuencia que indefectiblemente acompaña al que dice las cosas con calurosa y honrada convicción, con ardiente sinceridad, con toda el alma.

No respondo, sin embargo, de que las observaciones que hace tocante á los *vaqueros* sean exactas. No tengo datos para juzgar de ellas, y por lo mismo me reservo mi juicio sobre el particular.

P. DORADO.

Vues contemporaines de Sociologie et de Morale sociale, por Henry Lagrèsille; un volumen, 268 páginas. París: Giard y Brière, librerías-editores, 1899.—Un volumen. Su precio, 5 francos.

La tendencia filosófica que revela el libro del Sr. Lagrèsille es de las que, sin remedio, tienen que producirse en el campo de la sociología. No discutiré en esta nota la exactitud del punto de vista del autor de las *Vues contemporaines*, en lo que éste tiene de personal, sobre todo, la teoría de las «ideas vivas»; pero lo que no cabe discutir es lo razonable, en general, de la orientación en que se coloca, orientación que únicamente puede juzgarse en el respecto de su oportunidad, toda vez que es para mí una cuestión grave, que no sabríamos, en verdad, si resolver por la afirmativa, la de si, en efecto, ha llegado el momento de reducir á unidad las concepciones modernas de la sociología. En otros términos, considero que el pensamiento humano, obedeciendo á un ritmo interior, por razón del cual á todo período idealista parece seguir un trabajo de análisis y de descomposición, que á la larga se resuelve en síntesis cada vez más coherentes y concentradas, provocará en las regiones de la sociología, hoy en plena labor de análisis y de destrucción, una tendencia reconstitutiva, sintética, verdaderamente filosófica y hasta metafísica. Pero pongo en duda que hayamos llegado al momento en que semejante movimiento de reacción científica pueda producirse con plena eficacia y alcance positivo. De todas suertes, el ensayo del señor Lagrèsille es necesario estimarlo en todo lo que vale, como síntoma revelador muy significativo.

Pero veamos en qué consiste.

«Al publicar—dice—estas ojeadas sobre Sociología y Moral, nos hemos propuesto sobre todo emitir nuestras ideas acerca de los fundamentos de la sociología, fundamentos que, siendo metafísicos, psicológicos, morales, encuentran su principio en la metafísica, al igual que en la psicología y en la moral: en segundo lugar, nuestro fin es el de bosquejar suma-

riamente una sociología de conjunto, con su unidad, pero indicando en ella sus cuadros y problemas...»

El autor presenta luego lo que puede estimarse como el punto fundamental de su concepción metafísica, para reducir á unidad la sociología. Está el punto de referencia en una «teoría de las ideas que sirve de base á la noción misma de sociedad, la de las ideas vivas—ideas, quiero decir, que existen vivas».—Trátase de una resurrección del platonismo. «El desenvolvimiento completamente nuevo—escribe el Sr. L.—que damos á la teoría platónica de las ideas en nuestros diversos escritos, encuentra en Sociología, según se verá, una amplia aplicación; al propio tiempo que es una solución del problema filosófico esencial, enlaza la forma social de la vida á todas las demás formas naturales de vida.» Como se ve, lo característico, y después de todo, lo más interesante del ensayo del Sr. L., es su propósito de presentar las sociedades humanas no como serie de meros fenómenos concretos, parto adecuado para investigaciones empíricas, sino como expresión determinada de concepciones íntimamente relacionadas con una amplia y completa concepción de la vida universal. Ya había mucho de esto en la filosofía de Guyau, y sobre todo en el sistema filosófico de Krause.

Pero no me es posible seguir al autor en las diversas consideraciones que hace para desarrollar su tesis. Limitaréme, para terminar, á indicar el contenido del interesante libro del Sr. Lagrésille. Trata éste en capítulos sucesivos de los fundamentos de la Sociología, de la moral social, de la moral política, de la económica y de la internacional.

ADOLFO POSADA.

La educación militar, por D. José Ibáñez Marín.—Madrid, 1899.—Folleto de 75 páginas, edición de regalo.

He leído esta obrita con verdadero deleite. Me ha gustado mucho el espíritu y la sinceridad con que el Sr. Ibáñez Marín

E. M.—*Marzo 1900.*

13

escribe. Y eso que todavía no dice todo lo que quisiera, por falta de la necesaria libertad para ello, libertad de que no goza casi nunca el soldado. No deja, sin embargo, de lamentarse de ello el autor y de protestar como puede. «Por imposiciones—escribe en el prólogo—de *jerarquía y condición*, he parapetado mis juicios tras opiniones reverendas y nada sospechosas. Hubiera podido acaso decir por mí mismo lo que otros han escrito, pero *ofrecía riesgos tal independencia...*» ¡Qué lástima!

La síntesis del pensamiento del Sr. Ibáñez Marín es que en España anda el ejército tan mal como todo; que anda mal, principalmente por causa de la ignorancia de generales, oficiales y soldados; que hay que rehacerlo, y que no puede rehacerse sino como lo han rehecho otros pueblos que se han encontrado en circunstancias análogas á las en que ahora está España, á saber: adquiriendo cultura, cultura y cultura, no sólo técnica, sino general.

Desarrolla esta tesis en cuatro capítulos: *El primer soldado* (el Rey); *El generalato*; *El cuerpo de oficiales*; *El cuartel, escuela de la patria*. Para mí, los más interesantes son los dos últimos.

Mi enhorabuena, Sr. Ibáñez Marín. Y usted debe saber que no es interesada.

P. DORADO.

Indianer und Anglo-Amerikaner.—Ein geschichtlicher Ueberblick, von Georg Friederici.—Braunschweig, 1900.—Un vol. de 147 págs.; sin indicación de precio.

El autor de este libro es un militar, pero no de los «de misa y olla», como los que por acá suelen usarse, sino culto y trabajador de veras. Con dicho libro presta una muy aceptable *contribución* á la vez á la etnología y á la historia, pues enseña al propio tiempo cuál era el carácter y cuáles las con-

diciones nativas, por decirlo así, de los indios de Norte América, y cuál ha sido la conducta que con ellos han seguido los conquistadores y dominadores de ellos desde el siglo XVI acá.

La obra está bien hecha. Los datos abundan mucho en ella. No se ha puesto á escribirla el señor Friederici sin enterarse convenientemente antes de lo que iba á hacer. Al efecto, ha residido bastante tiempo en la Unión americana y ha hecho frecuentes viajes dentro de ella para conocer bien la materia de que iba á tratar. Además, ha tenido presente buen número de libros que más ó menos directamente tratan del asunto.

El contenido del que ha escrito el señor Friederici es el siguiente, expuesto en pocas palabras, según lo consiente una nota bibliográfica.

Los aborígenes de Norte América tenían, á la época de las conquistas europeas, buen carácter y muy sanas costumbres. Recibieron hospitalaria y amistosamente á los recién llegados, á los conquistadores, á quienes casi veneraron. Estos, en cambio, los trataron mal, cazándolos y reduciéndolos á esclavitud. Así lo hicieron lo mismo los españoles que los portugueses, los franceses que los ingleses, como se comprueba (y lo comprueba el autor) con el testimonio de multitud de escritores.

Los aborígenes que los conquistadores encontraron eran hijos de salvajes, pero ellos no eran salvajes. Por la descripción (por la apología, más bien) que Friederici hace de los indios de Norte América, se infiere que el estado social de los mismos antes de la entrada de los europeos era semejante al de los germanos de que nos habla Tácito. Como éstos, desconocían, ó poco menos, la propiedad individual.

El proceder que los ingleses emplearon con los referidos aborígenes fue brutal é inícuo. Todos los atropellos y demás cometidos con aquellas pobres gentes los consideraban justos. El autor cita numerosos casos y testimonios que así lo demuestran.

Pero lo que constituye el verdadero asunto del libro de Friederici y lo que ocupa el número mayor de páginas de él

es la descripción histórica de la conducta observada con los indios por los Estados Unidos, luego que llegaron á formar una nación independiente. No nos es posible resumir lo que el autor dice, porque casi todo ello es exposición de hechos. Baste saber que el juicio de Friederici y el que uno se forma leyendo aquellos relatos no son nada favorables á la gran República. Como dice el autor, los españoles fueron más humanos con los indios en los siglos XVI y XVII, aún no siéndolo mucho, que los norteamericanos de hoy. Entre otras cosas, los Estados Unidos, luego de hacerse independientes, celebraron pactos y convenios con las tribus de indios (igual que con diversos Estados), pero lejos de respetar esos pactos, lo que han hecho es tomarlos como pretexto y capa para cometer á su sombra mil abusos de toda clase contra la otra parte.

P. DORADO.

El positivismo filosófico y su influencia en el estado actual de la sociedad humana, por D. Ignacio Gamboa.—Mérida de Yucatán, 1899.—Un folleto de 75 páginas, sin indicación de precio.

El título promete mucho, pero dentro no hay nada; es un *titulus sine re*. Recuerde el lector aquellos discursos gárrulos, formados con cuatro banalidades, que los estudiantes suelen leer en sus Academias, y tendrá una idea exacta del trabajo del Sr. Gamboa, escrito también en forma de discurso.

P. DORADO.

La política actual en Filipinas.—Manila, 1899. Sin más firma que «Los filipinos».—Folleto de 13 páginas, sin indicación de precio.

Es una advertencia á los americanos para que, si quieren continuar en Filipinas, muden de conducta, pues la que actualmente sigue el general Otis es análoga á la que observaron los españoles, la cual ya se sabe qué resultados dió. La aspiración del ó de los que hayan escrito el folleto no es la soberanía de los Estados Unidos sobre Filipinas, sino la libertad y la independencia de estas islas.

P. DORADO.

OBRAS NUEVAS

- A los españoles con hambre y sed de justicia.—Un escritor estrechado y exprimido. En 8.º, 32 págs.: 1 peseta.
- Alamán (L.)—Obras. Tomo I. Disertaciones sobre la historia de Méjico.—México: Imp. de V. Agüeros. 1899. En 8.º, LXVIII-447 págs. con láminas: 6 pesetas.
Biblioteca de Autores Mexicanos, tomo 25.
- Alcoverio y Carós (J.)—Suspirs y fantasías; versos. En 8.º, 78 págs.: 1,50 pesetas.
- Alvarez Quintero (S. y J.)—El traje de luces; sainete. En 4.º. 51 págs.: 1 peseta.
- Arbiol (Fr. A.)—La familia regulada, con doctrina de la Sagrada Escritura y santos Padres de la Iglesia católica. En 8.º, 960 págs.: 3 pesetas.
- Arniches (C.)—La Cara de Dios; drama. En 4.º, 90 págs.: 2 pesetas.
- Idem y Lucio (C.)—El último chulo; sainete. En 4.º, 42 págs.: 1 peseta.
- Aza (V.)—La sala de armas; pasillo cómico en un acto. En 4.º, 43 páginas y 6 de música: 1 peseta.
- Blasco Ibáñez (V.)—A la sombra de la higuera. (Cuentos valencianos). En 12.º: 155 págs.: 50 cénts.
- Idem.—La condenada. (Cuentos varios). En 8.º, 293 págs.: 2 pesetas.
- Bullón (E.)—Alfonso de Castro y la ciencia penal. En 8.º, 139 págs.: 2 pesetas.
- Burgos (J. de).—La familia de Sicur; sainete. En 4.º, 49 págs.: 1 peseta.
- Caamaño (A.)—La marusiña; zarzuela en un acto. En 4.º, 45 página : 1 peseta.
- Cabré y Estany (D.)—Supresión del diario-borrador. En 8.º, 21 págs.: 2 pesetas.
- Canella (F.) y Bellmunt (O.)—Guía general del viajero en Asturias. En 8.º, XVI-162 págs.: 1,50 pesetas.
- Colección de Escritores castellanos. Tomo 116. Estudios de historia y de crítica literaria, por D. Leo-

- poldo Augusto de Cueto, Marqués de Valmar.—Los hijos vengadores de la literatura dramática: *Orestes, El Cid, Hamlet*.—Étude sur le *Cancionero de Bae-na*.—Sentido moral en el teatro.—La leyenda de Virginia en el teatro. En 8.º, 437 págs.: 4 pesetas.
- Coll y Bofill (J.)—La enseñanza médica en España. En 4.º, 53 páginas: 2 pesetas.
- Costa (J.)—Quiénes deben gobernar después de la catástrofe. En 8.º, 47 págs., con retrato y autógrafo del autor: 1 peseta.
- Devolx y García (J.)—Odas y leyendas. En 8.º mayor, 298 páginas: 3 pesetas.
- Dowdem (E.)—Historia de la literatura francesa, por D. Eduardo Dowden, Ll. D. (Dublín), D. C, L. (Orford), Ll. D. (Edimburgo), profesor de Literatura inglesa en la Universidad de Dublín; traducida por Enrique Soms y Castelim, profesor de Literatura griega en la Universidad de Madrid. En 4.º, 464 págs.: 9 pesetas.
- Fernández Arias (A.)—El voluntario; juguete cómico. En 8.º, 23 páginas: 1 peseta.
- Fernández Valbuena (R.)—La Sagrada Escritura como fuente histórica. En 8.º, 41 págs.: 50 cént.
- Ferrer é Izquierdo (M.)—Lope de Rueda; estudio histórico-crítico de la vida y obras de este autor. En 8.º, VIII-113 págs.: 2 pesetas.
- Figuerola (C. B.)—María; poesías. En 8.º, 114 págs.: 1,75 pesetas.
- Gabba (C. F.)—Cuestiones prácticas de Derecho civil moderno, traducción de Adolfo Posada, profesor de la Universidad de Oviedo. *Tomo I. Derecho personal y Derecho real. Tomo II. Derecho hereditario; Derecho de las obligaciones*. En 4.º, 2 tomos, 374 y 410 págs.: 15 pesetas.
- Germán (E.)—La viticultura nueva. En 4.º, 24 págs.: 1 peseta.
- Gómez Núñez (S.)—La guerra hispanoamericana. *La Habana*. Influencia de las plazas de guerra. (Con un plano general tirado en siete colores, seis planos parciales y 34 fotograbados). En 8.º, 195 págs.: 5 pesetas.
- Jackson Veyán (J.)—Curro López; zarzuela en un acto. En 4.º, 33 páginas: 1 peseta.
- Idem.—La cariñosa; zarzuela en un acto. En 4.º, 48 págs.: 1 peseta.
- Jordana y Morera (J.)—Algunas voces forestales y otras que guardan relación con las mismas, confrontadas todas con el Diccionario de la Real Academia Española. En 4.º, ix-320 pág.: 6 pesetas.
- Jovellanos (G. M. de).—La satire de Jovellanos contre la mauvaise éducation de la noblesse (1787), publiée y annoté par Alfred Morel-Fatio, Directeur adjoint à l'Écols pratique des hautes études. En 4.º, 48 págs.: 5 pesetas.
- Larra (hijo) (L. de).—La menina ó «El timo del portugués»; zarzuela en un acto. En 4.º, 34 páginas: 1 peseta.
- Limendoux (F.) y López Marín (E.)—Venus-Salón; fantasía cómicolírica en un acto. En 4.º, 35 páginas: 1 peseta.
- López (I.)—Contabilidad mercantil, modelo del sistema de partida doble. En 8.º mayor, apaisado, 94-98 y 37 págs.: 3 pesetas.
- Macaulay (L.)—Vida, memorias y cartas de Lord Macaulay, dásalas á

- luz su sobrino Jorge O. Trevelyan, miembro del Parlamento Británico. En 4.º, 2 tomos, 400 y 309 págs.: 14 pesetas.
- Macías y Ortiz de Zúñiga (J.)—Quisicosas. En 8.º mayor, 142 páginas: 1,50 pesetas.
- Marquina (E.)—Odas. En 8.º, 136 páginas: 2 pesetas.
- Medina (J. T.)—Biblioteca Hispano-chilena (1523-1817). Memoria presentada á la Universidad de Chile, en conformidad á lo dispuesto en el art. 22 de la ley sobre instrucción secundaria y superior de 9 de Enero de 1879. *Tomo III*. Santiago de Chile. Impreso y grabado en casa del autor. 1899. En 4.º mayor, 575 págs., con varias reproducciones de portadas: 50 pesetas.
- Merino (G.)—Fruta del tiempo, apuntes para escribir una fantasía en un acto. En 4.º, 41 páginas: 1 peseta.
- Mínguez y Vicente (M.)—Tratado de estadística. *Segunda parte*. Teoría de la estadística. *Tomo II*. Estadística gráfica. En 4.º, 76 páginas y dos láminas: 1,50 pesetas.
- Mirets y Sans (J.)—Investigación histórica sobre el vizcondado de Castellbó con datos inéditos de los Condes de Urgell y de los Vizcondes de Ager. En 4.º, 388 páginas, grabados y dos láminas: 3 pesetas.
- Montes de Oca y Obregón (I.)—Sermón de Epifanía predicado en Roma el 7 de Enero de 1900, durante el solemne octavario que hace la Pía Sociedad de las Misiones en la iglesia de San Andrés del Valle. En 8.º, 31 páginas.
No se ha puesto á la venta.
- Moreno Sequeira (J.)—El repatria-
- do; monólogo dramático. En 4.º, 14 págs.: 1 peseta.
- Pardo Bazán (E.)—Discurso inaugural del Ateneo de Valencia pronunciado en el Paraninfo de la Universidad de Valencia la noche del 29 de Diciembre de 1899. En 8.º, 33 págs.: 1 peseta.
- Pérez Ardá.—Ensayos poéticos. En 8.º, 92 págs.: 1 peseta.
- Perrín (G.) y Palacios (M. de).—El testamento del siglo; propósito en un acto y cuatro cuadros. En 4.º, 50 págs.: 1 peseta.
- Idem.—La seña Frasquita; zarzuela cómica en un acto y cinco cuadros. En 4.º, 44 págs., 1 peseta.
- Pino (F. del), Lozano (J.) y Barragán (G.)—Diccionario popular enciclopédico de la lengua española. En folio. *Se reparte por cuadernos semanales de 16 páginas cada uno*: 30 céntimos.
- Piñerúa Alvarez (E.)—Química moderna. Programa de química general. En 8.º, 30 págs. Encartonado: 1,50 pesetas.
- Poal y Jofresa (J.)—Complemento á «La protección del derecho inmobiliario». En 4.º mayor, 55 páginas: 11 peseta.
- Idem.—Estudios jurídicos y notariales. En 8.º, 223 págs.: 4 pesetas.
- Ramírez de Arellano (R.)—La Banda Real de Castilla; estudio sobre esta Orden de Caballería y de la causa por que el Rey Don Pedro puso los blasones de ella en los Alcázares de Sevilla y Carmona. En 8.º mayor, 65 págs.: 2 pesetas.
- Ramón y Cajal (S.)—Reglas y consejos de investigación biológica. En 8.º mayor, 123 págs.: 2,50 pesetas.
- Ramos Carrión (M.)—La muela del

- juicio; pasillo cómico. En 4.º, 39 páginas: 1 peseta.
- Rouanet (L.)—La sculpture sur bois au Musée de Valladolid. En 4.º, 15 págs. con grabados.
No se ha puesto á la venta.
- Sánchez Ramos (E.) y Sabrás y Causapés (T.)—Primer curso de Matemáticas. En 4.º, 112 páginas: 2 pesetas.
- Sanchis (V.)—La granjería andante. I La Política en camisa. II La moral..... disparada. En 8.º, 350 páginas: 4 pesetas.
- Santamaría (V.)—La responsabilidad notarial. *Tomo I*. Parte orgánica del notariado (Ley y Reglamento). En 4.º, 308 págs.: 5 pesetas.
- Scævola (Q. M.)—Legislación española. Código civil comentado y concordado extensamente con arreglo á la edición oficial. *Tomo XVI*. De la sucesión intestada. Precauciones que deben adoptarse cuando la viuda queda en cinta. En 4.º, 617 págs.: 7 pesetas.
- Segura (F.)—Irún; juguete cómico en un acto. En 4.º, 31 págs.: 1 peseta.
- Señorans Blanco (A.)—Ráfagas. En 8.º, 117 págs.: 3,50 pesetas.
- Seviñé y Miqueláiz (B.)—Historia de la civilización de ambos continentes; origen y vicisitudes de varias naciones. En 4.º, 902 páginas: 12 pesetas.
- Tamayo y Baus (M.)—Obras. *Tomo IV*. Del dicho al hecho.—Más vale maña que fuerza.—Un drama nuevo.—No hay mal que por bien no venga.—Los hombres de bien. En 8.º, 522 págs.: 5 pesetas.
- Tarazona (A.)—Memoria sobre el eclipse total de sol de 28 de Mayo de 1900. En 4.º, 109 páginas.
No se ha puesto á la venta.
- Turgueneff (J.)—Tierras vírgenes; novela. En 4.º, 358 págs.: 5 pesetas.
- Ugarte (J. de).—Algunas ideas prácticas y consideraciones sobre las fuerzas armadas de un país. En 8.º, 96 págs.: 1,50 pesetas.

INDICE

	<u>Págs.</u>
<i>Sendas peligrosas</i> (novela), conclusión, por J. L. Heiberg.....	5
<i>Retos y desafíos</i> , por Juan Pérez de Guzmán.....	39
<i>Poetas americanos: El canto del guerrero; Canción del destierro</i> , por Antonio González Díaz (Brasileño).....	59
<i>La Literatura moderna en Francia</i> , por Emilia Pardo Bazán.....	63
<i>Discursos á la Nación Alemana</i> , por Juan T. Fichte.....	80
<i>Dominación y guerras de España en los Países Bajos</i> , por Francis- co Barado.....	96
<i>Los ascendientes de Bolívar</i> , por Nicolás Pérez Merino.....	113
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....	123
<i>Revista Hispanoamericana</i> , por Iob.....	134
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	153
<i>Notas bibliográficas</i> , por P. Dorado y A. Posada.....	187
<i>Obras nuevas</i>	197

CATÁLOGO

por orden alfabético de materias, de las obras que se venden en la Administración de LA ESPAÑA MODERNA, Cuesta de Santo Domingo, número 16, principal, Madrid.

ANTROPOLOGIA

- Ferri.** — Antropología criminal, 3 pesetas.—Nuevos estudios de antropología criminal, 3 pesetas.
- Lombroso.** — Antropología y psiquiatría, 3 pesetas.—El hipnotismo, 3 pesetas.—Aplicaciones judiciales y médicas de la antropología criminal, 3 pesetas.—Ultimos progresos de la Antropología criminal, 3 pesetas.—En colaboración con Ferry, Garofalo y Fiorreffi: La Escuela criminológico positivista, 7 pesetas.
- Westermarck.**—El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

ARTE

- Taine.**—Filosofía del Arte, 3 pesetas.—La pintura en los Países Bajos, 3 pesetas.—El ideal en el Arte, 3 pesetas.—El Arte en Grecia, 3 pesetas.—Nápoles, 3 pesetas.—Roma, 2 tomos, 6 pesetas.—Florencia, 3 pesetas.—Venecia, 3 pesetas.—Milán, 3 pesetas.

BIOGRAFÍA

- Araujo.**—Goya, 3 pesetas.—
- Asensio.**—Pinzón, 3 pesetas.—Fernán Caballero, 1 peseta.
- Barbey.**—El Dandismo y Jorge Brummel, 3 pesetas.

- Becerro de Bengoa.**—Trueba, 1 peseta.
- Bergeret.**—Mouton (Merinos) 1 peseta.
- Bourget.**—Taine, 0,50 pesetas.
- Campoamor.**—Cánovas, 1 peseta.
- Dorado.**—Concepción Arenal, 1 peseta.
- Fernández Guerra.**—Hartzenbusch, 1 peseta.
- Fernán-Flor.**—Zorrilla, 1 peseta.—Tamayo, 1 peseta.
- Gautier.**—Nerval y Baudelaire, 3 pesetas.—Madama de Girardin y Balzac, 3 pesetas.—Heine, 1 peseta.
- Gladstone.**—Los Grandes Nombres, 5 pesetas.—Lord Macaulay, 1 peseta.
- Goethe.**—Memorias, 5 pesetas.
- Haussonville.**—La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.
- Heine.**—Memorias, 3 pesetas.
- Lange.**—Luis Viver, 2,50 pesetas.
- Macaulay.**—Vida, Memorias y Cartas, 2 tomos, 14 pesetas.—La Educación de Lord Macaulay, 7 pesetas.
- Maupassant.**—Zola, 1 peseta.
- Menéndez y Pelayo.**—Núñez de Arce, 1 peseta.—Martínez de la Rosa, 1 peseta.
- Meneval.**—María Stuardo, 6 ptas.

Molins.— Bretón de los Herreros, 1 peseta.

Pardo Bazán.—El P. Coloma, 2 pesetas.—Alarcón, 1 peseta.—Campoamor, 1 peseta.

Passarge.—Ibsen, 1 peseta.

Picón.—Ayala, 1 peseta.

Renan.—Mi infancia y mi juventud, (agotada).—Memorias íntimas, 2 tomos, 6 pesetas.

Sainte-Beuve.—Tres mujeres, 3 pesetas.—Retratos de mujeres, 3 pesetas.

Stuart-Mill.—Mis Memorias, 3 ptas.

Tolstoy.—Mi infancia, 3 pesetas.—Mi Juventud, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.

Valera.—Ventura de la Vega, 1 pta.

Wagner.—Recuerdos de mi vida, 3 pesetas.

Zola.—Jorge Sand, 1 peseta.—Víctor Hugo, 1 peseta.—Balzac, 1 peseta.—Daudet, 1 peseta.—Sardou, 1 peseta.—Dumas, 1 peseta.—Flaubert, 1 peseta.—Chateaubriand, 1 peseta.—Goncourt, 1 peseta.—Mousset, 1 peseta.—Gautier, 1 peseta.—Stendhal, 1 peseta.—Sainte-Beuve, 1 peseta.

CRITICA LITERARIA

Caro.—Nuestras costumbres literarias, 3 pesetas.—La crítica en la actualidad, 3 pesetas.

Zola.—Estudios literarios, 3 pesetas.—Mis odios, 3 pesetas.—Nuevos estudios literarios, 3 pesetas.—Estudios críticos, 3 pesetas.—El naturalismo en el teatro, 2 tomos, 6 pesetas.—Los novelistas naturalistas, 2 tomos, 6 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.

ECONOMIA

Buylla, Neumann, Kleinwach-

ter, Nasse, Wagner, Mithof y Lexis.—Economía, 12 pesetas.

Goschen.—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.

Kells Ingram.—Historia de la Economía política, 7 pesetas.

Laveleye.—Economía política, 7 pesetas.

Rogers.—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.

FILOSOFÍA

Caro.—El pesimismo en el siglo XIX, 3 pesetas.—El suicidio y la civilización, 3 pesetas.—Littre y el positivismo, 3 pesetas.—El derecho y la fuerza, 3 pesetas.

Collins.—Resumen de la filosofía de Spencer, 2 tomos, 15 pesetas.

Fouillée.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.

Lubbock.—El Empleo de la vida, 3 pesetas.—La vida dichosa, 3 ptas.

Nietzsche.—Así hablaba Zaratustra, 7 pesetas.

Schopenhauer.—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El Mundo como voluntad y como representación, 12 pesetas.—Estudios escogidos, 3 pesetas.

Spencer.—*Principios de Sociología.* Comprende: Los datos de la Sociología, 2 tomos, 12 pesetas.—Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas, 9 pesetas.—Las instituciones sociales, 7 pesetas.—Las instituciones políticas, 2 tomos, 12 pesetas.—Las instituciones eclesiásticas, 6 pesetas.

Idem.—*Principios de moral.* Comprenden: La moral de los diversos pueblos y La moral personal, 7 pesetas.—La justicia, 7 pesetas.—La beneficencia, 6 pesetas.

- Idem.**—El organismo social, 7 ptas.—
El progreso, 7 pesetas.—Exceso
de legislación, 7 pesetas.—De las
leyes en general, 8 pesetas. Ética
de las prisiones, 10 pesetas.
Stahl.—Historia de la Filosofía del
Derecho, 12 pesetas.
Taine.—Filosofía del Arte, 3 ptas.

HIGIENE

- Hirsch, Stokvis, Kochs, Würz-
burg.** — *Estudios de higiene gene-
ral*, 3 pesetas. Comprende las si-
guientes monografías: Desarrollo
histórico de la higiene pública, por
Hirsch, profesor en Berlín.—Pa-
tología comparada de las razas,
por Stokvis, profesor en Amster-
dam.—Las infecciones, por Kochs,
profesor en Berlín, y Cómo decaen
las naciones. Causas y remedios,
por Würzburg, jefe de estadística
de Berlín.

HISTORIA

- Campe.** — Historia de América, 2
tomos, 6 pesetas.
Dowden.—Historia de la Literatu-
ra francesa, 9 pesetas.
Fouillée.—Historia de la Filosofía,
2 tomos, 12 pesetas.
Garnet.—Historia de la Literatura
Italiana, 9 pesetas.
Goncourt.—Historia de María An-
tonieta, 7 pesetas.—Historia de
la Pompadour, 6 pesetas.
Murray.—Historia de la Literatura
clásica griega, 10 pesetas.
Renán.—Estudio de Historia reli-
giosa, 6 pesetas.—Las Vidas de los
santos, 6 pesetas.
Stahl.—Historia de la Filosofía del
Derecho, 12 pesetas.
Taine.—Historia de la Literatura
Inglesa contemporánea, 7 pesetas.

—Historia de la Literatura Ingle-
sa, Los Orígenes, 7 pesetas.

Tolstoy.—El sitio de Sebastopol,
3 pesetas.

Westermarck.—El matrimonio en
la especie humana, 12 pesetas.

Uriel.—Historia de Chile, 8 pesetas.

Wolf.—Historia de las Literaturas
Castellana y portuguesa, con no-
tas de M. Menéndez y Pelayo,
2 volúmenes, 15 pesetas.

JURISPRUDENCIA

Aguanno.—La Génesis y la evolu-
ción del Derecho civil, 15 pesetas.

—La Reforma integral de la legis-
lación civil, (2.^a parte de La Géne-
sis), 4 pesetas.

Arenal.—El Derecho de Gracia, 3
pesetas.—El Visitador del preso, 3
pesetas.—El Delito colectivo, 1,50
pesetas.

Asser.—Derecho internacional pri-
vado, 6 pesetas.

Burgess.—Ciencia política y Dere-
cho constitucional comparado, 2
tomos, 14 pesetas.

Carnevale.—Filosofía jurídica, 5 pe-
setas.—La Cuestión de la pena de
muerte, 3 pesetas.

Dorado Montero.—Problemas ju-
rídicos contemporáneos, 3 pesetas.
—El Reformatorio de Elmira (De-
recho penal), 3 pesetas.

Fouillée.—Novísimo concepto del
Derecho en Alemania, Inglaterra
y Francia, 7 pesetas.

Framarino.—Lógica de las pruebas
(en Derecho penal), 2 tomos, 15 ps.

Gabba.—Derecho civil moderno, 2
tomos, 15 pesetas.

Garofalo.—La criminología, 10 pe-
setas.—Indemnizaciones á las víc-
timas del delito (2.^a parte de La
criminología), 4 pesetas.

- Giuriati.**—Los errores judiciales, 7 pesetas.
- González.**—Derecho usual, 5 ptas.
- Goodnow.**—Derecho administrativo comparado, 2 tomos, 14 pesetas.
- Gross.**—Manual del Juez, 12 ptas.
- Gumpłowicz.**—Derecho político-filosófico, 10 pesetas.
- Hunter.**—Sumario de Derecho romano, 4 pesetas.
- Ihering.**—Cuestiones jurídicas, 5 pesetas.
- Krüger.**—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano, 7 ptas.
- Lombroso, Ferry, Garofalo y Fioretti.**—La escuela criminológico-positivista, 7 pesetas.
- Macaulay.**—Estudios jurídicos, 2 tomos, 6 pesetas.
- Manduca.**—El procedimiento penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.
- Martens.**—Derecho Internacional (público y privado), 3 ts., 22 ptas.
- Meyer.**—La administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria.—Introducción y exposición de la organización administrativa en España, por A. Posada, 5 pesetas.
- Miraglia.**—Filosofía del Derecho, 2 tomos, 15 pesetas.
- Mommsen.**—Derecho público romano, 12 pesetas.
- Neumann.**—Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.
- Posada.**—La Administración política y la Administración social, 5 pesetas.
- Ricci.**—Tratado de las pruebas en Derecho civil, 2 tomos, 20 pesetas.
- Savigny.**—De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del Derecho, 3 pesetas.
- Sighele.**—El delito de dos, 4 pesetas.—La muchedumbre delincuente, 4 pesetas.—La teoría positiva de la complicidad, 5 pesetas.
- Spencer.**—La Justicia, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.
- Stahl.**—Historia de la filosofía del Derecho, 12 pesetas.
- Sumner-Maine.**—El antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.—La guerra según el derecho internacional, 4 pesetas.—Historia del Derecho, 8 pesetas.—Las instituciones primitivas, 7 pesetas.
- Supino.**—Derecho mercantil, 12 pesetas.
- Tarde.**—Las transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—El duelo y el delito político, 3 pesetas.—La criminalidad comparada, 3 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 pesetas.
- Varios autores.**—(Aguanno, Altamira, Aramburu, Arenal, Buylla, Carnevale, Dorado, Fioretti, Ferri, Lombroso, Pérez Oliva, Posada, Salillas, Sanz y Escartín, Silió, Tarde, Torres-Campos y Vida).—La Nueva Ciencia Jurídica, 2 tomos, 15 pesetas.
- Idem.**—(Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, F. Pello, F. Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumpłowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etcétera).—El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 pesetas.
- Vivante.**—Derecho mercantil, 10 pesetas.

MISCELANEA

- Alcofurado.**—Cartas amatorias de la Monja Mariana Alcofurado, 3 pesetas.
- Baudelaire.**—Los paraísos artificiales, 3 pesetas.
- Castro.**—El libro de los galicismos, 3 pesetas.
- Gautier.**—Bajo las bombas prusianas, 3 pesetas.
- Gay.**—Salones célebres, 3 pesetas.
- Hamilton.**—Lógica parlamentaria, 2 pesetas.
- Lemonnier.**—La Carnicería (Sedan) 3 pesetas.
- Stead.**—El Gobierno de New York, 3 pesetas.
- Stendhal.**—El Amor, 3 pesetas.—Curiosidades amatorias, 3 pesetas.
- Tolstoy.**—Fisiología de la guerra, 3 pesetas.—Placeres viciosos, 3 ptas.
- Varios autores.**—(Thebussem, Manuel del Palacio, Picón, Campoamor, Pardo Bazán, Zorrilla, Palacio Valdés, Ferrari, Oller, Sellés, Valbuena, etc.)—Novelas y caprichos, 3 pesetas.

NOVELA

- Balzac.**—Eugenio Graudet, 3 pesetas.—Papá Goriot, 3 pesetas.—Ursula Mironet, 3 pesetas.—César Birotteau, 3 pesetas.—La quiebra de César Birotteau, 3 pesetas.
- Barbey d'Aurevilly.**—El Cabecilla, 3 pesetas.—Venganza de una mujer, 3 pesetas.—Las Diabólicas, 3 pesetas.—Una historia sin nombre, 3 pesetas.—La Hechizada, 3 pesetas.
- Cherbuliez.**—Miss Rovel, 3 pesetas.—La tema de Juan Tozudo, 3 pesetas.—Amores frágiles, 3 pesetas.—Paula Meré, 3 pesetas.—Meta Holdenis, 3 pesetas.

- Coppée.**—Un idilio, 3 pesetas.
- Daudet.**—Jack, 2 tomos, 6 pesetas.—La Evangelista, 3 pesetas.—El sitio de París, 3 pesetas.—Novelas del lunes, 3 pesetas.—Cartas de mi molino, 3 pesetas.—Tartarín en los Alpes, 3 pesetas.—Cuentos y fantasías, 3 pesetas.
- Dostoyuski.**—La Casa de los muertos, 3 pesetas.—La novela del presidio, 3 pesetas.
- Ferrán.**—Obras completas, 3 pesetas.
- Flaubert.**—Un corazón sencillo, 3 pesetas.
- Goncourt.**—Querida, 3 pesetas.—Renata Mauperin, 3 pesetas.—Germinia Lacerteux, 3 pesetas.—La Elisa, 3 pesetas.—La Faustin, 3 pesetas.—La señora Gervaisais, 3 pesetas.
- Korolenko.**—El Desertor de Sajalín, 2,50 pesetas.
- Lemonnier.**—La Carnicería (Sedan), 3 pesetas.
- Merimée.**—Colomba, 3 pesetas.—Mis perlas, 3 pesetas.
- Neera.**—Teresa, 3 pesetas.
- Rod.**—El Silencio, 3 pesetas.
- Sardou.**—La Perla Negra, 3 pesetas.
- Sudermann.**—El Deseo, 3,50 ptas.
- Tolstoy.**—La sonata á Kreutzer, 3 pesetas.—Marido y mujer, 3 pesetas.—Dos generaciones, 3 pesetas.—El Ahorcado, 3 pesetas.—El príncipe Nekhli, 3 pesetas.—En el Cáucaso, 3 pesetas.—La Muerte, 3 pesetas.—El sitio de Sebastopol, 3 pesetas.—Los Cosacos, 3 pesetas.—Ivan el Imbécil, 3 pesetas.—El canto del cisne, 3 pesetas.—El camino de la vida, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.—Los Hambrientos, 3 pesetas.

Turguenef.—Humo, 3 pesetas.—Nido de hidalgos, 3 pesetas.—El Judío, 3 pesetas.—El rey Lear de la Estepa, 3 pesetas.—Un desesperado, 3 pesetas.—Primer amor 3 pesetas.—Aguas primaverales, 3 pesetas.—Demetrio Rudin, 3 pesetas.—El Reloj, 3 pesetas.—Padres é hijos, 3 pesetas.—La Guillotina, 3 pesetas.—Tierras vírgenes, 5 pesetas.

Varios autores.—Ramillete de cuentos, 3 pesetas.—Tesoro de Cuentos, 3 pesetas.—Cuentos escogidos, 3 pesetas.

Zola.—Las veladas de Medan, 3 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.—Los novelistas naturalistas, 2 tomos, 6 ptas.—El Doctor Pascual, 2 tomos, 6 pesetas.—Los hombros de la Marquesa, 3 pesetas.

PEDAGOGÍA

Buisson.—La educación popular de los adultos en Inglaterra, 6 pesetas.

Guyau.—La educación y la herencia, 8 pesetas.

Macaulay.—La educación, 7 ptas.

Tolstoy.—La escuela de Yasnaya Poliana, 3 pesetas.

POESIAS

Campoamor.—Ternezas y flores, Ayes del alma, Fábulas; todo en un tomo, 3 pesetas.—Doloras, Cantares, Humoradas; todo en un tomo, 3 pesetas.

Ferrán.—Obras completas, 3 pesetas.

SOCIOLOGÍA

Caro.—El suicidio y la civilización, 3 pesetas.—El derecho y la fuerza, 3 pesetas.

Engels.—Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado, 6 pesetas.

Fouillée.—La ciencia social contemporánea, 8 pesetas.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.

Garofalo.—La superstición socialista, 5 pesetas.

Giddings.—Principios de Sociología, 10 pesetas.

Grave.—La sociedad futura, 8 pts.

Gumpowicz.—Lucha de razas, 8 pesetas.

Janet.—La familia, 5 pesetas.

Kid.—La Evolución social, 7 pesetas.

Max-Muller.—Origen y desarrollo de la religión, 7 pesetas.

Spencer.—*Principios de Sociología.* Comprenden: Los datos de la Sociología, 2 tomos, 12 pesetas.—Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas, 9 pesetas.—Las instituciones sociales, 7 pesetas.—Las instituciones políticas, 2 tomos, 12 pesetas.—Las instituciones eclesiásticas, 6 pesetas.

Idem.—*Principios de moral.* Comprenden: La moral de los diversos pueblos y La moral personal, 7 pesetas.—La justicia, 7 pesetas.—La beneficencia, 6 pesetas.

Idem.—El organismo social, 7 pts.—El progreso, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

Sumner-Maine.—Las instituciones primitivas, 7 pesetas.

Tarde.—Las transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 pesetas.

Tolstoy.—Placeres viciosos, 3 pesetas.—El dinero y el trabajo, 3 pesetas.—El Trabajo, 3 pesetas.—

Los Hambrientos, 3 pesetas. —
 ¿Qué hacer? 3 pesetas.— Lo que
 debe hacerse, 3 pesetas.

Varios autores.—(Aguanno, Alas,
 Azcárate, Bances, Benito, Busta-
 mante, Buylla, Costa, Dorado, Pe-
 llo, Prida, García Lastra, Gide,
 Giner de los Ríos, González Serra-
 no, Gumpłowicz, López Selva,
 Menger, Pedregal, Pella y Forgas,
 Posada, Rico, Richard, Sela, Una y
 Sarthou, etc.)— El Derecho y la
 Sociología contemporáneos, 12 pe-
 setas.

Westermarck.—El matrimonio en
 la especie humana, 12 pesetas.

TEATRO

Ibsen.—Casa de muñeca, 3 pesetas.
 — Los Aparecidos y Edda Gabler,
 2 dramas, 3 pesetas.— La dama del
 mar y Un enemigo del Pueblo,
 2 dramas, 3 pesetas.

Zola.—El Naturalismo en el teatro,
 2 tomos, 6 pesetas.

VIAJES

Darwin.—Viaje de un naturalista
 alrededor del mundo, 2 tomos, 15
 pesetas.

Taine.—La Inglaterra, 7 pesetas.

Tcheng-Ki-Tong.—La China con-
 temporánea, 3 pesetas.

LOS GRANDES AUTORES CONTEMPORÁNEOS

Neera.—Teresa, 3 pesetas.

Rod.—El Silencio, 3 pesetas.

Lemonnier.—La Carnicería (Sedán), 3 pesetas.

Sudermann.—El Deseo, 3,50 pesetas.

Korolenko.—El Desertor de Sajalín, 2,50 pesetas.

Turguenef.—Tierras Vírgenes, 5 pesetas.